

para el médico va a ser la de aprender a discriminar los unos de los otros.

Ahora bien, en las ocasiones en las cuales los procesos violentos o azarosos puedan ser controlados, el médico debe actuar, y debe hacerlo con prontitud y energía. Sin embargo, cuando la situación del individuo responde a un proceso espontáneo surgido de la naturaleza en su transcurrir normal o cuando se trata de una enfermedad cuya historia natural es inexorable, la actitud verdaderamente razonable del médico es *abstenerse de toda acción*, ya que interviniendo, lo único que conseguirá es agregar sufrimiento y daño al ya existente.

Pero: ¿no es acaso la enfermedad algo violento y anómalo al individuo, y en consecuencia debemos atacarla? Ciertamente. Sin embargo, el médico prudente y sabio sólo actúa cuando tiene una evidencia razonable de que puede alterar el curso natural de la enfermedad, curso natural que él conoce bien por haberlo estudiado en un sinnúmero de casos. Al médico griego, entonces, a diferencia del médico actual, no sólo se le enseñaba cómo actuar, sino también cómo y cuándo no actuar. Esto, como veremos más adelante, no depende sólo de una diferencia de estilo pedagógico, sino que tiene que ver con algo mucho más profundo, y que es, en definitiva, el modo de concebir al hombre y a su enfermedad.

#### *Naturaleza y ética*

En una visión de la naturaleza, entonces —tal y cual la concibieron los médicos hipocráticos y la transmitieron en herencia a una buena parte de médicos hasta nuestros días—, tan importante como el saber actuar, es el saber abstenerse. Es por ello que la falta moral más grande que un médico hipocrático podía cometer era la irracionalidad o la desmesura, prototipo de la falta contra naturaleza. Visto lo mismo con mayor profundidad filosófica podemos decir que el mérito del pensamiento ético griego estuvo en ver que el actuar mal radicaba en atentar contra la razón, ya sea en la ignorancia de ella, ya sea en el actuar voluntariamente, sustrayéndosele.

No resulta difícil ver, a partir de lo anteriormente mencionado, que, en una concepción como ésta, actuar mal y actuar contra naturaleza resultan sinónimos estrictos. En efecto, si lo propio de la naturaleza humana es la de ser un animal racional, la perfección del actuar libre del hombre está en que éste se despliegue en conformidad y armonía con la razón. Y dado

que la naturaleza en toda su infinita variedad no es en su núcleo más íntimo sino inteligibilidad, racionalidad y sabiduría, actuar conforme a la razón no es sino actuar en el más irrestricto respeto de aquello sobre lo cual la naturaleza de las cosas nos instruye.

Esta es, en una síntesis muy esquemática y apretada, la esencia del legado filosófico helénico a la Medicina y a la cultura. Tomar plena conciencia de este legado tiene una doble importancia: filosófica e histórica. Filosófica, porque la visión griega, más allá que una variante cultural circunstancialmente determinada, ha sido siempre reconocida como constituyendo un aporte permanente a la cultura universal. Histórica, porque una gran parte de nuestra cultura cívica, médica, filosófica e inclusive teológica ha sido construida sobre estas bases o con la ayuda de ellas. No podemos, en consecuencia, entender plenamente lo que somos como ciudadanos, como médicos o como filósofos, sin remontarnos a estas bases. Y más aún, en la medida en que pensemos que estas bases poseen un valor imperecedero y permanente, no podemos seguir siendo lo que somos sin reconocernos en ellas y sin actuar en concordancia.

## II. LA IDEA DE NATURALEZA EN EL PENSAMIENTO MODERNO

Sin embargo, nuestro esquemático panorama conceptual e histórico sería incompleto, si no consideráramos una nueva idea de la naturaleza y de la técnica, que ha venido imponiéndose en la cultura occidental a partir del siglo XVII (3).

En efecto, desde la primera mitad del s. XVII, y en explícita oposición a una antropología y una cosmología en buena medida tributarias del pensamiento griego, ha venido desarrollándose e imponiéndose en Occidente una nueva manera de concebir al hombre y al mundo. Esta nueva manera, en muchos aspectos original y objetivamente valiosa, ignorante como lo fue y sigue siendo de los aportes objetivos de la visión tradicional, no podía dejar de enfrentarse en términos de ideas, de personas y de cultura, con la antropología y con la cosmovisión clásicas. Este insensato enfrentamiento, ilustrado históricamente en el conflicto entre Galileo Galilei y el tribunal del Santo Oficio, ha seguido manifestándose de múltiples aunque menos espectaculares maneras. Es nuestra convicción y nuestra tesis que

los graves problemas éticos suscitados hoy en día en relación al desarrollo de la investigación biológica y de la técnica médica, no son sino otra escaramuza en este ya multiseccular conflicto.

#### *El nacimiento de una nueva ciencia*

Evocar el surgimiento de la nueva visión del mundo que caracteriza a la modernidad, es evocar a la vez los nombres de sus grandes protagonistas. No porque su pensamiento y su acción sean capaces de dar plena cuenta de lo que a partir del siglo XVII viene ocurriendo, sino más bien porque su pensamiento y su obra tipifican o ejemplifican bien las características de este proceso cultural. Con gran frecuencia los grandes nombres o los supuestos protagonistas no son tanto los causantes de los nuevos descubrimientos, como los testigos más cercanos o los expositores más lúcidos de lo que de todas maneras ya estaba ocurriendo o tenía que ocurrir. Si evocamos entonces los nombres de Galileo Galilei, René Descartes e Isaac Newton, lo hacemos con todas las reservas que venimos de manifestar.

Como suele ocurrir en las grandes batallas, los contrincantes se atacan por su lado más débil, y por ahí suele ser por donde claudican. Sin duda alguna, el lado más flaco del edificio científico griego era la mecánica, y en particular la mecánica aristotélica. En realidad Galilei no es en ningún caso el primero en advertir sus deficiencias, pero es a él que le corresponderá constituirse en su verdugo. Paradojalmente, no es sino continuando la senda abierta por el griego Arquímedes, que Galilei logrará llevar a cabo su misión.

Galilei, inicialmente él mismo un aristotélico, se vio enfrentado a las dificultades para explicar en términos causales el desplazamiento de los cuerpos, y en particular los movimientos contra naturaleza, como el lanzamiento de proyectiles, ya que éstos continuaban aún en la aparente ausencia de motor. Este tipo de explicaciones causales suponía en último término el llegar a conocer la naturaleza íntima de los cuerpos y dar cuenta a partir de ésta de sus conductas. Una forma alternativa, que ya también había comenzado a desarrollarse antes que él, era la de optar por describir matemáticamente un tal movimiento, abstracción hecha de la naturaleza específica de los cuerpos, salvo en aquellos aspectos que se prestaran a la medida cuantitativa y en definitiva a la matematización. El movimiento local que-

daba, entonces, reducido sólo a lo que en él pudiera ser susceptible de tratamiento matemático.

El sobresaliente ingenio especulativo y matemático de Galilei, su metódico y sagaz espíritu de observación, junto a su personalidad beligerante y a sus inigualables dotes de polemista, terminaron por imponer sus ideas y sus métodos en el estudio de la mecánica. Sin embargo, la que muy bien pudo ser una manera alternativa y complementaria de estudiar el movimiento local de los cuerpos, se transformó, ya en la mente de Galilei, en una nueva manera de concebir el mundo y al hombre que lo habita. Visión que descalificaba como irreal toda visión cualitativa u ontológica de la realidad. Poco importó el que la mayor parte de los argumentos galileanos se apoyaran en postulados filosóficamente discutibles, o que prácticamente no hubiese hecho ninguno de los experimentos que citaba para apoyar sus teorías; ya sea porque estos experimentos eran para la época prácticamente irrealizables, ya sea porque nunca tuvo la paciencia de llevarlos a cabo, o porque eran lisa y llanamente imposibles.

La posición que se impuso se apoyaba en argumentos irrefutables. En efecto: ¿qué importancia puede tener el intentar conocer una supuesta naturaleza oculta y transfenomenal de las cosas, cuando en la práctica su búsqueda lo único que hace es llevar a resultados equivocados y arbitrarios? ¿Por qué no descansar más bien para el conocimiento de las cosas del mundo físico en este nuevo modo de hacer ciencia? Ahora bien, si este nuevo modo de conocer las cosas de la Naturaleza conduce a resultados fáciles de objetivar y permite el desarrollo de nuevos aparatos y técnicas: ¿no será acaso que esta sí que es verdadera ciencia y conocimiento de las cosas?, ¿qué sentido tiene seguir afirmando contra toda evidencia que las cosas que observamos encuentran su explicación última en un más allá inteligible y luminoso?, ¿no es todo eso más bien una colección de arbitrariedades?

Siendo también matemático y físico, René Descartes va a llegar a estas mismas conclusiones, pero por un camino completamente diferente. En su Física, Descartes nunca llegó a ser verdaderamente galileano. Es a partir de una crítica general del conocimiento que Descartes llega a la conclusión de que lo único que tienen de inteligibles (y, por lo tanto, de real) los cuerpos son sus propiedades ligadas a la extensión. Nuevamente, pero por otro camino, es declarada intrascendente la pretensión de

encontrar, a la raíz de las propiedades físicas de los seres llamados naturales, otra cosa que no sea lo que puede ser deducible de la idea clara y distinta de extensión o de corporeidad.

Para completar el esquema desde el punto de vista de la dinámica, Isaac Newton aportará al conjunto las correspondientes fuerzas matematizadas, coronando el todo con axiomáticas leyes naturales que garanticen el determinismo operativo de los entes físicos, que había sido evacuado junto con la idea de naturaleza.

Ya sea siguiendo el dualismo cartesiano o la nueva ciencia galileana, el hecho es que la nueva visión del hombre, surgida de esta reforma, una vez completada, habrá vaciado al cuerpo humano y al cosmos griego de toda traza de inteligibilidad, que no sea de tipo físico-geométrico-matemático. Lejos habrá quedado atrás la idea de un fondo íntimo de inteligibilidad, a la vez luminoso e inagotable en las cosas, en cuya racionalidad descansa la expresión ordenada y armoniosa de sus manifestaciones. El hombre y el universo enteros pasan de ser un orden bello y armónico, del cual no están ausentes el azar y la violencia, a constituirse en complejos e ingeniosos artilugios mecánicos que para comprenderlos lo único que hay que hacer es desmontar.

### III. MEDICINA MODERNA, NATURALEZA Y TECNICA

#### *La lógica de la Medicina moderna*

¿Qué consecuencias ha tenido todo esto para la Medicina y de qué modo nos aporta luces para comprender los problemas a los que se ve enfrentada hoy?

Las consecuencias más evidentes las podemos ver en primer lugar en la concepción actual que se tiene de los seres vivos y, en particular, del hombre sano y del hombre enfermo. En esta visión los seres vivos son concebidos como complejos moleculares altamente estructurados, que, sin sentido ninguno y por razones estrictamente azarosas, surgieron en épocas pretéritas y se perpetuaron gracias a su capacidad autorreplicativa. Esta propiedad autorreplicativa, junto a otras propiedades vitales como el metabolismo y la morfogénesis, habrían emergido en un momento dado como un efecto derivado de la sola complejidad.

Posteriormente, en virtud de un proceso puramente mecánico de variación y de selec-

ción, los sistemas vivientes habrían adquirido una complejidad creciente que se acompañó del surgimiento de nuevas propiedades emergentes como, por ejemplo: el conocimiento. Este conocimiento sería una especie de correlato autoconsciente de otro fenómeno, también reductible a lo mecánico, que es el procesamiento de información, el cual ya se viene haciendo desde el comienzo de los tiempos en lo que se conoce como material genético.

Ahora bien, ya sea que se conciba a este correlato autoconsciente o yo psicológico como una *res cogitans* (realidad pensante) escindida de la materia, al modo cartesiano, como lo hace Eccles (4), o como un puro epifenómeno de ésta como lo piensan Maturana y Changeaux (5), el hecho es que para ambas visiones el cuerpo humano es concebido ya sea como un mero instrumento del yo, en el caso de los dualistas, ya sea como una máquina hipercompleja, para los materialistas. En la práctica, empero, sea que se piense el yo como algo real, sea que se lo piense como una fantasmagoría epifenomenal de la materia, el hecho es que en ambas versiones el que asume en definitiva el dominio y el control sobre el cuerpo es esta misteriosa y exigente subjetividad. Exigente, porque ella ha ido tomando conciencia progresiva de su autonomía del cuerpo, de su poder sobre él, de sus insaciables aspiraciones y de su derecho omnímodo de satisfacerlas.

Pero junto con lo anterior este ego ha ido tomando conciencia de dónde se encuentra la raíz última de sus insatisfacciones. En efecto, si bien es cierto que es a través del cuerpo que el ego aplaca su sed de autorrealización, es este mismo cuerpo el que se constituye en definitiva en el mayor obstáculo para su plena felicidad. La enfermedad, la deformidad, la fealdad física, la fatiga, el sufrimiento, la limitación, la vejez y la muerte ocurren a causa o por culpa de las imperfecciones de nuestro cuerpo. Este producto de los vaivenes del azar es imperfecto, está mal hecho o inconcluso, hay mucho por hacer todavía en él. ¿Qué hacer para corregirlo o completarlo? ¿A quién compete esa tarea?

No puede ser otro que el ego el que tenga que asumir, quiéralo o no, esa responsabilidad; es su imperativo ético. Combatir la enfermedad, la polución, la fealdad, el sufrimiento, la deformidad física, el malestar psicológico, la ancianidad, la muerte, con los medios técnicos cada vez más poderosos e invasivos de los cuales dispone, aparece como la principal res-

ponsabilidad ética de nuestra cultura. Y aunque algunas de estas aplicaciones pudieran en un principio chocar a la sensibilidad rutinaria de la masa, una vez que ésta se habitúa a presenciarla, cualquier medio termina apareciendo, tarde o temprano, como legítimo para controlar estos males.

El control prenatal, la esterilización eugénica, las técnicas de fertilización artificial, el trasplante indiscriminado de órganos, el uso incontrolado de ventiladores mecánicos, de maniobras de resucitación y otras medidas de prolongación de la vida no son sino unas pocas de las acciones que aparecen como comprensibles en esta lógica, ya que en el plano de las aplicaciones técnicas a la curación de la enfermedad no hay ni puede haber ninguna limitación o regulación a su aplicación, que pueda surgir de la naturaleza misma un cuerpo carente de todo significado.

#### *Entre el vértigo y el hastío*

Sin embargo, el hombre actual ha comenzado a tomar progresiva conciencia de los colosales problemas individuales y colectivos a los cuales la lógica inmanente al desarrollo científico-técnico contemporáneo lo ha ido conduciendo. En efecto, la tan ansiada felicidad a la que el desarrollo de la ciencia y de la técnica nos hizo apostar, parece alejarse cada vez más en la distancia, mientras que, por otra parte, asistimos al ascenso exponencial de los costos de la mantención de la aventura y a la secuela de daños y de sufrimiento que va dejando en su camino. El hastío y la aversión hacia la ciencia y hacia la técnica comienzan callada, pero eficazmente a hacerse lugar. Podemos decir, sin exagerar, que estamos asistiendo en los tiempos actuales tanto a la apoteosis del desarrollo científico-técnico como al comienzo de su destrucción. Por una parte una porción de la humanidad pareciera exigir que este llamado progreso se continúe y se acelere, y presionan porque se proporcionen todos los medios y se eliminen todos los obstáculos que puedan interponerse en su camino. Por otra parte, el grupo creciente de los desencantados, que temen con o sin fundamento su perdición, comienzan a hacer oír sus voces contra el que consideran el gran culpable: el desarrollo científico-técnico.

Entre el vértigo irresponsable de un cada vez más ilusorio progreso y el desencanto radical de la ciencia y de la técnica: ¿queda lugar para una tercera posición? ¿Hay alguna posi-

bilidad de salida de este incómodo punto al que hemos venido a parar? Creemos que sí.

#### *Una posibilidad de solución*

Pensamos que la única verdadera solución al dilema, que muy esquemáticamente acabamos de esbozar, no puede sino venir de una vuelta a los puntos de partida. En la cultura como en la filosofía y la navegación un error pequeño al principio se hace grande al final. Debemos reexaminar el problema y ver dónde estuvo el error. No es demasiado tarde para intentar conciliar aquello que nunca debió estar disociado.

Nadie podría razonablemente desconocer el aporte inmenso que significó para el conocimiento del mundo físico y para el progreso de la técnica y de la humanidad el nacimiento y el desarrollo de la ciencia físico-matemática y su aplicación a la comprensión de vastos sectores de la realidad natural. Negar valor objetivo a la ciencia y a la técnica modernas significaría intentar hacer un retorno imposible a estados de desarrollo material y espiritual ya superados, por lo menos, por un vasto sector de la humanidad.

Sin embargo, así como hoy la ciencia y la técnica piden y exigen de la comunidad, cada vez como menos eco, consideración y respeto, del mismo modo es necesario pedirle a los científicos y técnicos —y ya no a la ciencia ni a la técnica en abstracto— que atenúen la soberbia y la ignorancia que han venido teniendo en relación a la Ética y a la Filosofía. No es posible que, teniendo ante sus ojos las muestras patentes del drama y del sufrimiento causado, sigan insistiendo en una visión mítica del progreso científico-técnico indefinido.

Pero: ¿qué Ética y qué Filosofía?, se nos dirá. Una ética y una filosofía, que junto con asumir, en su integridad, aquello que en la ciencia, en la técnica y en la filosofía modernas, haya de verdaderamente valioso, sea capaz de conectar con el rico patrimonio que el pensamiento clásico venía constituyendo desde los griegos, hasta la ruptura intelectual y moral que comienza a gestarse en el siglo XVII. Es necesario y es posible reintentar una visión antropológica sintética que logre dar cuenta en términos filosóficos de aquello que a la experiencia común del hombre de la calle le aparece como obvio; esto es que aquel "yo" que respira, se nutre, crece y se alimenta, es el mismo que huele, escucha, ama y razona. Si nuestra concepción moderna reduccionista del

ser vivo no es capaz de integrar elementos conceptuales de orden ontológico, que no por ser cualitativos son menos reales, esta concepción debe ser perfeccionada o si no dejada de lado, pero no podemos sacrificar al hombre de la calle porque nuestras concepciones no son capaces de dar cuenta de él.

Habrà que pedirles además a esta Etica y a esta Filosofía —cuyo fortalecimiento es también un desafío— que nos enseñen a redescubrir el maravillamiento ante el misterio inteligible de las cosas, y a volver a observar con cariño y admiración a esta Naturaleza, que a la vez ama mostrarse y ocultarse. Tendremos que pedirle, a ésta, visión del hombre y del mundo, que nos enseñe a redescubrir en el hombre enfermo su insondable riqueza y su rica individualidad que, más allá de sus aspectos objetivables y cuantificables por la ciencia empírica, clama por amor, compasión y respeto. Tenemos que dejar —como decía un médico sabio— de servirnos con mezquindad de las personas y de los enfermos, para volver a servirlos con devoción.

La técnica tiene que poder volver a subordinarse a la Naturaleza, que lejos de ser una colección de elementos sin sentido, producto de un devenir azaroso, revela —como a los médicos hipocráticos—, a quien la sabe observar, un caudal de justicia y armonía. No se trata de invocar una divinización supersticiosa, timorata y absurda a la Naturaleza —como lo propugnan las nuevas corrientes neopaganas—, ni de dejar de reconocer sus límites. Se trata de que la técnica vuelva a actuar con la naturaleza y no contra ella.

Tenemos los hombres que poder volver a redescubrir la realidad, el sentido y la vocación de nuestro cuerpo; frágil, limitado, sexuado, marchitable y perecedero como es. Ya que el ser humano no es un ego subsistente y despótico, encerrado en la cárcel de una carne perecedera y vulnerable, sino que es con su cuerpo, por su cuerpo y en su cuerpo que el hombre vive todo lo que vive. Y para que así, nuevamente solidarios con nuestra corporeidad, no permitamos que se toque injustamente ni una sola célula del cuerpo de nuestros hermanos, por pequeña, malformada o indeseada que ésta sea.

Tenemos, finalmente, los hombres que redescubrir, con la ayuda de nuestra multisecular y olvidada sabiduría antropológica y ética, que con todo lo admirable y bella que resulta la manifestación de la naturaleza corpórea en el

mundo, en las cosas y en el hombre, ésta no es sino una participación infinitamente alejada y pobre de la belleza y de la grandeza de las realidades espirituales. Sabiduría, veracidad, lealtad, fidelidad, justicia, prudencia, sinceridad, compasión, amistad, amor de Dios y de los hombres. He allí cualidades intelectuales y morales que ningún desarrollo científico ni técnico podrá por sí mismo nunca proporcionar. En efecto, las realidades espirituales se sitúan en un más allá del ámbito de la producción o de la técnica. Sólo con el sano y recto ejercicio de la libertad el hombre se construye a sí mismo. He aquí el marco lógico para el gobierno y la autoconstrucción del hombre por sí mismo. Es en el asumir este ámbito de realidades que como médicos, como amigos, como hermanos, seremos capaces de reconocer, apreciar, suscitar y favorecer estas cualidades, aun al interior mismo de la peor de las enfermedades o de la más triste de las deformidades. Porque esa es la verdadera victoria del espíritu sobre el cuerpo, no la que lo somete, lo tiraniza, lo maltrata o lo esclaviza, sino aquella que reconociéndolo, asumiéndolo y amándolo lo supera sin medida.

Y si llegáramos a descubrir o a redescubrir todo esto, llegará quizás el momento que, hurgando en el misterio de la naturaleza, podremos quizás ver y entender lo que los griegos nunca llegaron sino muy remotamente a entrever, y esto es que la razón de ser última de toda inteligibilidad, belleza, bondad y armonía, existente en grados infinitamente multiplicados y variados en toda naturaleza corporal o espiritual, radica en la belleza, verdad y bondad infinitas de quien la creó, la gobierna y la mantiene con providente amor y sabiduría.

## REFERENCIAS

1. LAIN-ENTRALGO, P. *La medicina hipocrática*, en: Lain-Entralgo, P. (editor) *Historia Universal de la Medicina* (7 vols.) Salvat (Barcelona) 1972.
2. ARISTOTELES, *Física* Libro II, caps. 4, 5 y 6.
3. Entre otros muchos estudios: JONAS, H. *Philosophical Essays: from ancient creed to technological man*, Univ. Chicago Press (Chicago) 1974; BURTT, E.A. *The metaphysical foundations of modern physical science* Doubleday (New York) 1932.
4. ECCLES, J.C. *Observando la realidad*, Springer Verlag (Berlin) 1970.
5. MATURANA, H.; VARELA, F. *De máquinas y seres vivos*, Universitaria (Santiago de Chile) 1972; CHANGAUX, J.P. *L'homme neuronal*, Fayard (Paris) 1983.

# Declaración de la Facultad de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile acerca de las recomendaciones de la campaña contra el SIDA

Santiago, enero de 1992

La Facultad de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile ha estimado necesario intervenir en el debate suscitado por la campaña contra el SIDA, del Ministerio de Salud.

1. Para prevenir la transmisión sexual del SIDA la abstinencia o la relación estable con una pareja sana son las únicas posibilidades totalmente seguras actualmente conocidas.
2. La campaña no orienta claramente a la población sobre las consecuencias de distintas
3. conductas sexuales y, en este sentido, objetamos la presentación que ella hace, en un mismo plano, de conducta de alto riesgo, como el cambio frecuente de pareja, con aquellas sin riesgo.
3. La recomendación sobre el uso de preservativos, como una alternativa de prevención en aquellos individuos que cambian de pareja sexual con cierta frecuencia, tiene el peligro de crear una sensación de falsa seguridad sobre la eficacia de estos dispositivos. Al respecto, la información científica

disponible es alarmante. Una revisión reciente, solicitada por la Organización Mundial de la Salud, sobre la efectividad del uso de preservativos para prevenir diversas enfermedades de transmisión sexual en grupos de muy alto riesgo, indica que quienes usan preservativos regularmente tienen una posibilidad de contagio de las enfermedades de transmisión sexual tradicionales, que es 30% más baja que quienes nunca usan este método. En el caso del SIDA, el uso regular de preservativos disminuyó la posibilidad de contagio sólo en un 60%, lo que indica que en individuos con una vida sexual desordenada el uso de preservativos es poco eficaz para prevenir esta enfermedad. Desgraciadamente, la ineficacia del preservativo también se manifiesta en el caso de parejas estables. Un estudio realizado en parejas en las cuales sólo uno de sus miembros estaba contagiado con el virus del SIDA, demostró que el uso regular de preservativos no pudo evitar que, en un plazo breve, la transmisión de la enfermedad se produjera en un 30% de los casos. A la información descrita se agregan los resultados de pruebas de laboratorio en las cuales se comprobó que el virus causante del SIDA puede traspasar ciertos tipos de preservativos.

4. La conducta moral que recomienda el ma-

gisterio de la Iglesia es plenamente coincidente con lo que más conviene a la naturaleza humana. En este sentido, el ejercicio de la sexualidad no es un acto moralmente neutro. Más aún, en la situación epidémica actual el cambio frecuente de pareja es una conducta francamente contraria al bien común y, por lo tanto, indeseable aun desde una perspectiva desprovista de todo contenido religioso.

5. Apreciamos el esfuerzo que ha hecho el Ministerio de Salud en esta campaña como, asimismo, la enorme dificultad que implica lograr un cambio de conducta sexual en la población de alto riesgo y un cambio cultural de toda nuestra sociedad en un plazo breve; sin embargo, considerando las razones expuestas, debemos lamentar que los aspectos de la campaña relativos a la prevención del SIDA sean ambiguos en su contenido y peligrosos en su aval involuntario a conductas sexuales de alto riesgo y a un ejercicio hedonista de la sexualidad.

6. Por último, creemos que este es un momento propicio para que las familias de Chile dialoguen sobre sus valores, sobre el sentido de la cultura que estamos construyendo y, en forma muy especial, sobre el significado del amor y el don prodigioso de la sexualidad humana.

# Cuarto Centenario del Descubrimiento de América\*

**Monseñor Ramón Angel Jara R.**

*Eminente sacerdote chileno ordenado en 1875. Notable por su oratoria sagrada, que alcanzó prestigio internacional. Cofundador de la Universidad Católica de Chile. Fue su primer Secretario General y Catedrático de Derecho Canónico. Obispo de Ancud y de La Serena.*



Cristóbal Colón con los monjes de La Rábida.

**Discurso final pronunciado en la Solemne Asamblea, en honor de Cristóbal Colón, con motivo del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América**

Illmo. y Rvdmo. Señor:<sup>1</sup>

Señores Ministros:<sup>2</sup>

<sup>1</sup> El Reverendísimo Arzobispo de Santiago, doctor don Mariano Casanova.

<sup>2</sup> El señor Ministro de Justicia e Instrucción Pública don Máximo del Campo y los señores Representantes de las naciones extranjeras.

\* Obras Oratorias. Tomo II, Escuela Tipográfica. La Gracitidad Nacional, Santiago, 1920 (pp. 271-276).

Señores:

Con esta espléndida Asamblea ponemos término a las inusitadas fiestas con que en este mes hemos conmemorado el hallazgo feliz de un mundo perdido entre los mares.

Parece que la América aguardaba solamente que sus pueblos conquistasen en porfiada y noble lid el laurel de la libertad, para hacer la apoteosis de aquel hombre extraordinario que al desposarla con la civilización, le trajo por dones, entre los brazos de una cruz, la fe que

conduce al cielo, y entre los pliegues de la bandera de Castilla, la rica herencia de la altivez y del valor.

Era preciso, señores, que transcurrieran cuatro siglos para que la hija de Colón pudiera labrar con la propagación del Evangelio, con la construcción de sus ciudades, con la fundación de sus escuelas, con el desarrollo de las artes, con el empuje del progreso y, más que todo, con la emancipación de sus hijos, las piedras preciosas que formasen, para la frente de su augusto padre, una corona digna de su grandeza y de su gloria.

Y para ello la ciencia ha agotado sus estudios; las letras han escrito páginas brillantes; la poesía ha pulsado su lira con plectro de oro; la música ha cantado en notas armoniosas el génesis de la América; las artes han levantado soberbios monumentos; las industrias han aglomerado sus productos, y, como reparación maravillosa de las eternas peregrinaciones que los reyes de la Europa impusieron a Colón para aceptar el mundo que ofrecía, hoy los tronos, los magistrados y las naciones se inclinan reverentes al oír el grito de *¡Gloria a Colón!* que por medio del telégrafo manda la América a todos los ámbitos del mundo.

¡Con sobrada razón, el Padre de la cristiandad, el Soberano Pontífice, ha querido que en la mañana feliz del 12 de octubre, de todos los templos católicos se elevara al solio del Altísimo el himno de acción de gracias!

Y en cuanto a Colón, nada más justo, señores. Si al lado de los reyes recibió, aquí en la tierra, los homenajes de la España agradecida, es de esperar que ahora haya recibido las ofrendas de todo el orbe en los palacios de Dios.

Tales son los haces de luz con que la historia y la fama han vestido el escenario de la vida de Colón. Deleitoso estudio sería recorrer una a una las fuentes de sus proyectos, los episodios de sus viajes y los esfuerzos titánicos de su fe cristiana y de su hidalgo corazón. Y, sin embargo, es mi cometido en esta hora, cambiar esas decoraciones de oro y grana por las telas sombrías que oscurecieron la existencia del ilustre Descubridor; o mejor dicho, traigo la misión de derramar una gota de amargura en esta copa que estamos libando en el festín de la gloria.

Digo mal, señores: la tribulación y el dolor son nubes que empañan, pero no apagan la luz; así como las tormentas no amenguan la majestad del mar, no se abate la montaña con

lo recios vendavales, ni las negras manchas debilitan el foco vivísimo del sol...

¡Admirable providencia que ha hecho de los santos y de los héroes faros conductores de la pobre humanidad, cuyos senderos son de abrojos y de espinas! Sería nuestra desesperación si viéramos que en las cumbres de la virtud, de la sabiduría y del poder, los genios quedaban rescatados de todo humano sufrimiento. Al contrario, sírvenos de lección, estímulo y consuelo al ver que aun a las águilas que vuelan majestuosas en la altura alcanza la saeta envenenada del dolor.

Todo en los grandes hombres rinde beneficio. Lo estamos palpando, señores: ¿qué detalle de la vida de Colón, qué rasgo de su fisonomía moral e intelectual no han sido aprovechados? Para fijar el sitio en que se mecía su cuna han sido desempolvados centenares de documentos de las bibliotecas de Sevilla, Córcega y la Liguria. Para recordar la hospitalidad que los humildes franciscanos dispensaron a Colón, cuando mendigaba pan para su hijo y dinero para comprar un mundo, los derruidos claustros de La Rábida han sido restaurados y las celdas de Juan Pérez y de Antonio de Marchena han sido enriquecidas para recibir a los embajadores del orbe y ofrecer asiento a la noble Señora que hoy regenta el trono de aquella Reina que, según un poeta:

*de su corona desprendió un tesoro  
para engastar un mundo a su corona.*

Con el deseo de tocar las aguas que rompieron con su quilla las carabelas descubridoras, centenares de barcos y naves de remotos países han ido a saludar el 3 de agosto al histórico puerto de Palos.

Un Congreso internacional de jurisperitos ha rendido homenaje en la Península Ibérica a la ciencia de Colón; como ricas preseas de los descubrimientos de las Indias, Génova ha reunido en vasto museo los recuerdos de nuestras tribus salvajes; Madrid, Sevilla y Barcelona han inmortalizado en el mármol el carácter inquebrantable de Colón; Valladolid ha despertado de su sueño para cubrir de flores el sitio en que el Descubridor, abandonado de los hombres, pero no del cielo, exhaló el último suspiro; y como ofrenda a la fecundidad de su genio, la ciudad de Chicago, en Norte América, asombrará a las edades con el banquete soberbio a que serán convidadas todas las ciencias, las industrias y las artes.

Pero en la vida de Colón hay algo más, señores. Han sido honrados sus estudios, sus vigilijs, sus proyectos, sus viajes, sus descubrimientos, sus recompensas y hasta el temple moral de su alma. Estos son los rayos de luz que circundaron su frente. Pero ¿y las espinas que hincaron en sus sienas la ingratitud, la emulación y la perfidia de los hombres? ¿Y aquellos gritos de muerte con que le recibieron las turbas azuzadas por el menguado Bobadilla? ¿Y aquel inundo calabozo en que el Almirante fue encerrado en la isla de Santo Domingo, teatro de sus desvelos por la suerte de los indios? ¿Y aquellas duras cadenas con que fueron aherrojadas sus venerables manos a bordo de la nave que le condujo cautivo a España? ¿Y aquella humillante prisión en Cádiz, bajo el mismo cielo donde sus manos habían clavado un sol que no tenía ocaso para la nación española?

¿Sólo esas lágrimas, esas humillaciones y esos martirios, serán estériles para el mundo, cuando sabemos que la cruz será siempre más fecunda que el Tabor?

¡Ah, señores!, menos grande es Colón desafiando impávido las tormentas del océano que atravesando imperturbable por el revuelto mar del populacho que le insulta. Menor hazaña es tronchar las cadenas que aprisionaban a la América, que consentir grillos en aquellos brazos de gigante que fueran capaces de conducir un mundo. Y menos enaltecen al insigne navegante las ovaciones de la corte y de los grandes cuando le recibieron victorioso en Barcelona, que el grito de indignación y de amenaza alzado por todos los pueblos de la España cuando supieron que llegaba prisionero el hombre suscitado por Dios para recompensar con un nuevo continente a la nación, única en la historia, que había peleado ochocientos años por su fe y su libertad.

Pues bien, señores, ¡qué otros eternicen los triunfos del Descubridor de América con museos y congresos, y estatuas y columnas! Yo vengo a reclamar para mi patria, en nombre de la Iglesia, los dolores y las cadenas de aquel héroe para alivio de los pobres e infelices encarcelados...

Desde los siglos del paganismo, en que los primitivos cristianos eran arrastrados a las prisiones de los déspotas romanos, la Iglesia ha mirado la visita y protección de los encarcelados como una de las primeras obras que deben recomendarse a la misericordia de los fieles. En todo tiempo los desgraciados prisioneros han sido objeto de su especial solici-

tud; ella ha bendecido cuantos institutos se han formado para auxiliarles, y es una página brillante de sus anales la creación de la Orden Mercedaria, destinada especialmente a la redención de los cautivos, cuando las prisiones mahometanas eran más bien torturas y sepulcros en que morían los cristianos.

Nada más natural. La cárcel, por sí sola, no corrige al delincuente. Con la privación de la libertad ella le sujeta para que su inteligencia oscurecida y su voluntad depravada se depuren y transformen por cuantos medios sean posibles: la religión, el trabajo, la educación, la economía, la higiene y cien factores más.

Sin la combinación de estos elementos y trocadas las cárceles únicamente en lugares de reclusión, pueden convertirse en un mal verdadero.

"Los castigos solos son ineficaces, ha dicho un célebre jurisconsulto francés; porque engendran el crimen, y la sociedad estará sosteniendo, sin saberlo, escuelas de malhechores. Por eso no han faltado espíritus exagerados que lamentando este mal han llegado a proponer, como pena más eficaz, el sello de la infamia, y la supresión de las cárceles, puesto que ellos aceleran y enardecen la corrupción"<sup>3</sup>

Felizmente, no tendrán aplicación entre nosotros las violentas medidas de aquel ilustre publicista. La solicitud con que el Supremo Gobierno viene atendiendo a los establecimientos penales y el laudable celo con que sirve su puesto el Director General de las prisiones han mejorado notablemente la situación de nuestros reos. Sólo falta que la caridad privada realice aquellas obras que son propias de una sociedad cristiana y que no podrán cargarse a la autoridad sin que la mantención de las cárceles, por crecidos gastos que originan, se hiciera casi imposible.

Para nuestros mayores, la visita y socorro de los encarcelados era un deber primario; pero, sea que la multiplicación de las obras de beneficencia y de regeneración social hayan distraído nuestras miradas de aquellos sitios, donde no una, sino todas las obras de misericordia abren ancho campo; sea que por estar a cargo del Estado la administración de las cárceles se haya engendrado la idea de que es innecesaria la cooperación individual, el hecho es, señores, que la generación presente ha

<sup>3</sup> M. Bresson, *Prisons et emprisonnement*. Cap. 11, p. 9.

venido a conocer nuestras prisiones sólo ayer, cuando en vez del vicio y la miseria, encerraban el honor y la virtud.

Existen en la República ochenta y cuatro establecimientos penales entre penitenciarías, cárceles, presidios y casas de corrección, sin contar los depósitos de policía y las cárceles rurales. Hay en ellas un número aproximativo de seis mil reos, de los cuales cerca de tres mil se encuentran en Santiago.

Bastan estas cifras, señores, para comprender las gravísimas necesidades del cuerpo y del espíritu que están reclamando urgente remedio en nuestras cárceles.

¡Cuántos infelices, a solas con su conciencia en las eternas noches del remordimiento, anhelan un corazón amigo a quien abrir las heridas íntimas del alma! ¡Cuántos hijos pródigos nacidos en el desahogo, tal vez en la opulencia, carecen de ropa para cubrir su cuerpo y de un toco lecho para descansar sus miembros! ¡A cuántos padres desventurados he visto golpear su frente con los impulsos de la desesperación, al pensar que la inocente esposa y los tiernos hijos están purgando con el hambre y la miseria el delito que a él le desterró del hogar! ¡Cuántos pobres extranjeros ven pasar los meses y los años sin que llegue hasta sus rejas ni una voz que les compadezca, ni siquiera una letra que les hable de la patria y de la familia ausentes! Y ¿quién podría contar las inteligencias inculcas para quienes toda enseñanza sería una benéfica semilla y un lenitivo que calmaría sus penas? Y aun que nos mortifique el decirlo ¿cuánta parte no tienen el olvido y el alejamiento de las cárceles en esas frecuentes recaídas en atroces crímenes, hijos muchas veces del despecho y del aborrecimiento a la sociedad, que pudo, como a las fieras la música, doblegar sus pasiones con la dulce caridad?

No conozco, señores, la proporción de los reos que habiendo salido de nuestras cárceles, vuelven a ellas por un nuevo delito. Sólo sé, por mis apuntes de viajero, que de la cárcel modelo de Madrid, donde la caridad privada auxilia poderosamente a la acción de la justicia, los reincidentes están en una proporción de 12 ó 15 por ciento. En cambio, de las prisiones de Francia, donde por espíritu sectario han sido cerradas las puertas al sacerdote, a la religiosa y al buen cristiano, la estadística de los últimos años arroja el dato pavoroso de un 48 y hasta de un 50 por ciento de criminales reincidentes.

Estas ligeras observaciones son suficientes, señores, para justificar el noble proyecto concebido por la Junta Directiva del Cuarto Centenario de Colón. Encargada por el Reverendísimo Metropolitano de Santiago de llevar a cabo la solemne celebración del descubrimiento de América, no ha querido poner fin a su cometido, sin dejar una obra duradera que refleje los sentimientos maternales de la Iglesia y que corresponda a los grandes dolores que forman la página postrera de la vida de Colón, a quien podríamos llamar el *protomártir* de la civilización americana.

Las bellas fiestas de estos días pasarán; se apagará en los aires el rumor de los aplausos que hemos tributado a los vencedores del Parnaso y de las florestas de Apolo; se hundirá en la noche del olvido la memoria de los espléndidos homenajes que Santiago, Valparaíso y las principales ciudades de la República han ofrecido al nombre ilustre de Colón. Es preciso dejar una huella del levantado espíritu con que hemos celebrado al gran Descubridor de nuestro suelo; y para que las cadenas de un inocente logren aligerar el peso de las que arrastran los culpables, propongo a la Asamblea, en nombre de la Junta Directiva, la creación en Chile de una sociedad destinada al socorro y alivio de los encarcelados; y si lo queréis, aquí mismo será bautizada con el nombre glorioso de *Cristóbal Colón*.

Prenda de favorable acogida son los respetables nombres de los dos primeros socios fundadores: el Excelentísimo Presidente de la República y el Reverendísimo Arzobispo de Santiago. Augurio de las bendiciones del cielo es la feliz coincidencia de haber nacido esta obra en los momentos mismos en que el representante de Dios en la tierra, el Soberano Pontífice, acaba de interponer su paternal valimiento ante el Gobierno de Chile en demanda de gracia y mitigación de pena para los pobres encarcelados.

Ayudemos todos, señores, a esta santa empresa, y no sabremos medir el bien que ella puede realizar. ¿Quién les hubiera dicho a los padres de la patria, cuando, proscritos en la isla de Juan Fernández, formaron el Instituto de Dolores, que iban a enjugar más lágrimas que gotas de rocío ha derramado la noche sobre las flores de nuestros campos?

¡Ah!, regeneremos a los culpables por todos los medios que estén a nuestro alcance, y ellos, a semejanza de Colón, que miraba sus cadenas como preciadas reliquias y quería que fuesen enterradas con él, llegarán a ben-

decir los hierros del cautiverio que los trocaron en útiles ciudadanos. Acordémonos que los reos son nuestros hermanos. Deber imprescindible es suplir con los consuelos de la fe, y con los tesoros de la misericordia a la separación del hogar y a la privación de la libertad.

Entonces, cada prisionero, con lágrimas de gratitud, podrá repetir las palabras de Colón en el poema de Campoamor:

*“¡Siempre creí que en los humanos duelos  
cuando el mundo se va, vienen los cielos!”*

# Sobre la Universidad Hispánica\*

**Dr. Pedro Lain Entralgo**

*Catedrático de la Historia de la Medicina  
y ex Rector de la Universidad de Madrid. Director  
del Instituto Arnaldo de Vilanova del Consejo Superior  
de Investigaciones Científicas. Miembro de las  
Reales Academias Españolas de la Lengua,  
de Medicina y de la Historia. Madrid.*

No quedaría tranquila mi conciencia si no declarase ante vosotros, muy *ex abrupto*, el doble azar en cuya virtud ha recaído sobre mí el honroso oficio de presidir esta Asamblea de las Universidades Hispánicas. Azar hay, ciertamente, en el hecho de que tal Asamblea se haya constituido en Madrid. ¿Por qué no en Salamanca, cuyo bien sonante

nombre nos convoca? ¿O por qué no a la sombra apacible del rosado y áureo barroco de Lima, o entre las piedras aún niñas y ya fuertes de la Ciudad Universitaria mexicana, o en un aula de la calle Viamonte, junto a la barranca ubérrima del Río de la Plata, o en la clara, dulce y diserta altitud de Bogotá o de Quito, o en Santiago de Chile, donde son malva los montes y cavilosos los hombres, o en cualquiera de las cien Universidades donde la septicentaria Salamanca es vista como madre o como hermana? Y si es azaroso que hoy estemos en Madrid, y no en cualquiera de esas

\* Discurso pronunciado en la sesión inaugural de la Asamblea de Universidades Hispánicas. Madrid, 5 de octubre de 1953.

cien ciudades de España y América, más aún el que sea yo, y no otro con mejores títulos personales, quien ocasionalmente se halle al frente de la errabunda Universidad complutense. Pero la dignidad de la existencia humana, que obliga tantas veces a rebelarse contra el azar —y de ahí el viejo mote *noblesse oblige*—, pide en otras conformarse humilde y lúcidamente con su dominio inexorable. Ese es mi caso, aquí y ahora. Seré, pues, dócil al doble imperativo que sobre mí pesa, y os daré la bienvenida haciendo palabra castellana buena parte de la intimidad intelectual de un universitario español que no puede dejar de ser modesto y no quiere dejar de ser ambicioso.

Pertenece a esa intimidad —y es justo que a tal pertenencia corresponda hoy un primer término— el sentimiento de nuestra común filialidad con Salamanca. Permitid que un doctrino de Compluto os diga cómo extiende su filiación salmanticense. A fines del siglo XV, en virtud de uno de esos sucesos en que el acontecimiento histórico se aproxima al milagro, España, país disgregado y nada eminente durante la primera mitad de esa centuria, logra forjar su unidad, siente en su seno un gozoso dolor de parto y se dispone a salir de sí. Momento auroral y delicado. Como en un libro memorable apuntó Ganivet, España se derrama por todo el planeta según las cuatro direcciones de la rosa de los vientos: el norte europeo, el sur africano, el oriente mediterráneo y el poniente americano. Pero esa múltiple salida hacia el universo mundo distó de ser pura acción impulsiva. Los hombres rectores de la empresa —Fernando e Isabel, Cisneros, Carlos V— quisieron muy deliberadamente que la expansión de España fuese lúcida, y que la Universidad irradiase la lumbrera de esa lucidez. Así nació Alcalá, la primera hija de Salamanca y la primera Universidad renacentista española; y así nacieron, apenas comenzada la gesta americana, los estudios generales de Santo Domingo, Lima, México, y todos cuantos tras ellos pueblan de viejos saberes la ancha fracción española del Nuevo Mundo. La Universidad es uno de los constitutivos germinales de la naciente vida americana: a los pocos decenios del descubrimiento, el teólogo, el jurista, el comentador de Platón y Aristóteles y el secuaz de Galeno y Vesalio acompañan sin distancia —noble y conmovedora verdad histórica— al conquistador y al misionero.

No fue sólo institucional la maternidad de Salamanca; fue también espiritual y ejemplar. Mediado el siglo XVI, la materna, la vieja, la

medieval Universidad salmantina supo henchirse de savia nueva y mostrar a todas las hijas cómo entonces era posible aunar la tradición y la originalidad oportuna: es el momento estelar de Soto, Vitoria y Suárez, de los helenistas y hebraístas, de Fray Luis; ese en el cual los varones salmantenses enseñan a todo el orbe cómo los cuerpos pesados caen hacia la tierra, cómo los hombres deben convivir sobre ésta y cómo el espíritu humano puede elevarse, sin negarse a sí mismo, conforme a la sentencia del claro verso leonino, “hasta llegar a la más alta esfera”. Quienes como Soto, preludian a Galileo, conviven con aquellos que, como Vitoria y Suárez, saben no contentarse repitiendo a Santo Tomás.

Quedémonos ahí; abstengámonos de considerar la historia de Salamanca y Alcalá, tras los primeros decenios del siglo XVII. Ello no es ahora muy necesario, porque mi propósito consistía tan sólo en declarar cómo veo yo mi filialidad complutense y vuestra filialidad americana con la común madre Salamanca. Pienso, además, que no hemos venido a esta Asamblea sólo para recordar; tanto menos, cuanto que no hay recuerdo sin consideración de lo porvenir. “El recordar —escribía hace años Ortega— se hace en vista del porvenir, y de ahí que si nos analizamos mientras estamos entregados a la memoria observaremos que al rememorar bizqueamos, y que mientras recordamos con un ojo el pasado, con el otro seguimos atentos al porvenir, como refiriendo constantemente lo que fue a lo que puede ser. El recuerdo es la carrerilla que el hombre toma para dar un brinco enérgico sobre el futuro” (*O. C.*, V, 460).

Y si el recuerdo del hombre es así, ¿cuál es el futuro posible hacia el cual miramos hoy, recordando nuestro pasado?, ¿sobre qué porvenir quisiéramos brincar, desde este presente que hoy nos ha juntado? Una respuesta se adelanta hacia nosotros: nos hemos reunido para definir y afirmar nuestra comunidad. Pero esta frase, conviene advertirlo claramente, es tan sólo el enunciado de un problema. Porque, ¿cómo se define y cómo se afirma una comunidad? Tal interrogación pone ante nuestros ojos una de las contradicciones que laten en los senos del mundo que nos rodea. Asistimos, en efecto, al espectáculo de un esfuerzo reiterado por constituir “comunidades de derechos”, a manera de fundamento de la convivencia humana. Y si un derecho no es otra cosa, en su raíz, que un título de existencia “frente a” —frente a otra persona, frente a una

institución, etc.—, síguese de ahí que la invocación de derechos conducirá, en el mejor de los casos, hacia la fundación de “sociedades” de naciones o de individuos, en modo alguno hacia la constitución de “comunidades” de pueblos o de personas, por usar una vez más el ya clásico esquema de Tönnies. Las comunidades genuinas suponen siempre un deber comunal y respectivo; una previa entrega, que a la postre tiene que ser voluntaria y amorosa, por parte de aquel que quiere ser miembro del todo en que la comunidad consiste. Sólo en el deber y por el deber puede haber comunidades; mientras no se acepte la radical verdad de este sencillo aserto, las prédicas en pro de la comunidad de los hombres no pasarán de ser coplas de Calafnos. Nosotros, los universitarios, entendemos todo esto muy bien, porque lo primario en nosotros, aquello por lo cual somos universitarios, es justamente un hábito de servicio: servimos a la expresión de la verdad, y frente a la verdad, amigos, no caben derechos. Si, en cuanto hombres, sólo podemos conquistar y gozar astillas de verdad, y si, como es patente, la verdad nos envuelve, nos penetra y puede siempre más que nosotros, frente a ella sólo cabe el deber. Así acontece que el universitario, cuando lo es por vocación verdadera, sea a la vez el ente humano más propenso a la individualidad personal, porque la vocación individualiza, y más dispuesto a la comunidad, porque su deber de servir a la verdad le vincula con todos cuantos sienten ese deber en los secretos senos del alma.

Bien está, pues, que nos preguntemos por los deberes en cuya virtud podemos definir y afirmar nuestra peculiar comunidad, esta comunidad de hombres y universitarios hispánicos que hoy nos convoca. Y puesto que las reglas de nuestro oficio enseñan que siempre conviene distinguir para unir, distingamos ahora con algún cuidado los deberes genéricos y específicos que como universitarios nos corresponden.

## DEBERES GENERICOS

Pocas palabras, escasas y escuetas palabras bastarán para declarar lo que todo maestro universitario debe sentir en lo más íntimo de su *cor intellectuale*. Mas también en el ámbito de esas pocas palabras es preciso distinguir. Hay, en efecto, deberes que obligan al universitario en cuanto tal: deberes para todo tiempo, el tiempo medieval de la más antigua Salaman-

ca, el tiempo renacentista de la juventud de Alcalá y el indeciso tiempo histórico de nuestras vidas. Hay también, junto a ellos, otros deberes de orden genérico, pero circunstancial: son aquellos que nos conciernen en cuanto universitarios domiciliados en una determinada época de la historia de Occidente, la nuestra.

Los deberes universitarios para todo tiempo —y, en consecuencia, para cualquier tiempo— pueden ser compendiados en tres breves mandamientos: 1. Servir por oficio a la verdad, buscándola con ahínco dondequiera que esté, aceptándola con gusto, cualquiera que sea su origen, enseñándola sin tregua, conforme a la dignidad que el ser verdad confiere. 2. Distinguir humilde y esforzadamente en nuestra enseñanza lo verdadero de lo probable, y lo probable de lo que no pasa de ser posible. 3. Enseñar día a día, para que nuestros discípulos nos superen en el modo de ser “hombres de verdad”: verdaderamente hombres y hombres seriamente vocados a lo verdadero. Puesto que nos acercamos al centenario de San Agustín, no será inadecuado recordar aquella línea de las *Confesiones* en que el santo manifiesta su descubrimiento del *gaudium de veritate*. “Alegría de la verdad”: he ahí la emoción más propia del universitario, el sentimiento que su palabra debe hacer gozar a cuantos la oyen y desde el momento en que la oyen. Sin esa tierna y sutil alegría, su oficio docente nunca dejaría de ser y parecer rutina pedantesca y adocenada.

Mas también como universitarios de este tiempo nos corresponden y obligan algunos deberes de orden genérico. Refiérome con ello a la ya crónica y tópica denuncia de una crisis de la Universidad. Creo muy de veras que esa crisis es real, mas no creo que deba ser sorprendente. La Universidad, institución propia del mundo histórico que ahora solemos llamar “occidental”, nació en una determinada situación de la existencia humana, y ha sufrido y expresado todas las vicisitudes históricas de esa existencia: sólo a través de una crisis pudo hacerse renacentista la institución universitaria de la Edad Media, y no menos “críticas” han sido las transformaciones ulteriores de la Universidad moderna. La Ilustración, el Romanticismo y el Positivismo han grabado su impronta en la figura y en la vida de la Universidad; y no sólo por el cambio que a lo largo de los siglos modernos han ido experimentando los saberes humanos y el contenido de las enseñanzas universitarias, sino también por su respectiva

influencia sobre la contextura sociológica de la institución misma y sobre la incardinación de ésta en el mundo histórico y social. La situación del docente en la Universidad y en la sociedad de 1900 –valga este ejemplo– dista mucho de las que sus antecesores vivieron en 1700 o en 1300. No hay duda: la Universidad tiene que disponerse a sobrellevar y a sobrepasar todas las crisis de la historia del hombre. Hoy sufrimos una de ellas, especialmente grave y honda, a cuya estructura pertenecen, por lo menos, los siguientes rasgos: 1. La irrupción de la masa en el ámbito de la Universidad. La Universidad, querámoslo o no, se va masificando, incluso en los países que más recios valladares quieren oponer a ese enojoso proceso de masificación. Ya no es, como antaño, una reunión de maestros y escolares, éstos en número poco mayor que el de las musas, y unidos todos en compañía amistosa para aprender un saber nuevo o dialogar en torno a los saberes antiguos. Ello obliga a revisar seriamente los módulos de nuestra institución, porque la calidad intelectual de la masa –aunque ésta sea muy “bachillera”– no permite resolver el problema creando un número indefinido de nuevas Universidades. 2. La penetración de la política. Un examen atento de lo que en todo el mundo ha sido la vida universitaria desde hace treinta años, nos hace descubrir que la política ha ido penetrando en medida creciente dentro de la Universidad. Quiero subrayar la expresión ponderativa “en medida creciente”. Siempre hubo alguna dosis de política en los entresijos de la Universidad; nunca ha sido plenamente cierto que ésta se limitase a cultivar y enseñar “la ciencia por la ciencia”, y el investigar históricamente la verdad de tal aserto sería un lindo tema de trabajo. Pero es preciso reconocer que la penetración de la política en el recinto de la institución universitaria es ahora mucho más intensa: basta observar lo que sucede en todos los meridianos del planeta, desde Pekín a San Francisco de California. El influjo del destino histórico sobre la configuración de la existencia humana es más profundo, vigoroso y extenso que nunca, y la Universidad no ha podido quedar ajena a tal realidad. El problema consiste en que la política no ahogue o desfigure el más elemental de los deberes genéricos del universitario: su servicio a la verdad. Si la Universidad deja que la política penetre en sus claustros de modo que en sus enseñanzas sea vulnerada la verdad, o lo que honrada y fundadamente puede ser tenido por verdadero, será traidora a su propia esencia

y quedará manchada por la indignidad. Pero si su actividad política se limita al cultivo preferente de ciertas verdades y a la educación de sus alumnos para una más digna y lúcida convivencia humana en el mundo histórico a que pertenecen, la Universidad cumplirá uno de los deberes que impone este tiempo; deberes ante los cuales –confesémoslo– es inútil el gesto de cerrar la puerta. 3. Se ha operado, en fin, un cambio considerable en la función social de la inteligencia, y hasta en el modo de entender lo que la inteligencia sea. Hace pocos años, una mente preclara de nuestra lengua, la del maestro Zubiri, describía de modo muy ceñido y certero la situación de la inteligencia en el mundo actual. En medio de tantos y tan delicados saberes científicos –decía Zubiri– el intelectual ha llegado a encontrarse confuso, desorientado y descontento consigo mismo. Confuso, porque las distintas ciencias carecen de perfil riguroso y de ordenación jerárquica: en siendo, como se dice, “positivas”, todas ellas parecen estar en el mismo plano. Desorientado, porque muchas veces no sabe qué hacer con las verdades por él descubiertas; verdades que el mundo en torno selecciona muy pronto según su utilidad inmediata y “usándolas sin entenderlas”. Descontento, también, porque las raíces de sus saberes científicos suelen ser cortas, y no le llegan hasta el fondo del alma. El intelectual se siente perdido en el enorme piélago de la ciencia que él mismo ha hecho.

Siendo todo esto cierto, ¿qué puede hacer el universitario? ¿Cómo podrá afrontar digna y eficazmente esa situación crítica de la Universidad, comprometida por igual en cuanto institución educadora y en cuanto institución destinada a la búsqueda y la transmisión de la verdad? Es cierto que todavía no se sabe bien cuál puede ser la respuesta suficiente. Pero no es menos cierto –y conviene pensar en ello con alguna frecuencia– que el buen cumplimiento de los deberes universitarios que antes llamé “para todo tiempo” será siempre un modo inicial y fundamental para cumplir rectamente los deberes impuestos por el tiempo en que nos ha tocado vivir. Existimos, sin duda, en una situación histórica problemática y azorante, y a veces no sabemos qué hacer con nuestras Universidades; pero si los universitarios y quienes nos rigen actuamos como *homines bonae voluntatis*, y no sólo como hombres de buenos deseos, yo os aseguro que la Universidad no dejará de ser eficaz e idónea en todos los eventos históricos posibles.

## NUESTRO DEBER ESPECIFICO

Junto a los deberes que nos obligan genéricamente como universitarios de cualquier tiempo y de este tiempo, hay otros que nos conciernen específicamente en cuanto universitarios hispánicos; en ellos ha de consistir el fundamento de nuestra peculiar comunidad. ¿Cuáles son esos deberes? Grave y delicada cuestión, a la cual contesta en buena parte lo ya dicho acerca del valor ocasional de los deberes para todo tiempo. Mas no creo que baste con ello. Es preciso, pues, buscar una respuesta más satisfactoria.

Esa apetecida respuesta ha recibido más de una vez una formulación tan fácil y plausible como insuficiente: nuestro deber consistiría, según ella, en cultivar como universitarios todo aquello que nos define como hombres hispánicos. Pero ese alquitarado cultivo, ¿nos permitiría ser plena y satisfactoriamente universitarios en el mundo actual? Y, por otra parte, ¿qué es lo hispánico, desde el punto de vista de nuestra condición de universitarios? Impónese, amigos, la necesidad de una autovisión penetrante y sincera.

¿Qué es lo hispánico, para quien siente en su alma el mandato de una vocación intelectual? El tema ha hecho estremecerse, desde hace cien años, a las mentes españolas mejor templadas. Para demostrarlo, traeré ante vosotros el testimonio de dos universitarios egregios: Marcelino Menéndez Pelayo y Miguel de Unamuno.

En su discurso de ingreso en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, allá por el año 1891, decía Menéndez Pelayo a los españoles, y aun a todos los hispánicos: "El ánimo se ensancha y augura mejores días, y hasta sueña con ver en plazo no remoto levantarse de nuevo en este erial en que vivimos algo que se parezca a un pensamiento propio y castizo, no porque servilmente vaya a calcar formas que ya fenecieron, sino porque *adquiriendo plena conciencia de sí mismo*, conciencia que sólo puede dar el estudio de la historia, y entrando, por decirlo así, *en total posesión de su herencia*, que ha desdeñado como harapos de mendigo, cuando era patrimonio de príncipe, empiece a realizar de un modo consciente y racional las evoluciones que desde hace más de un siglo viene realizando con temeraria y ciega inconsciencia". Conseguiría España una vida intelectual satisfactoria y eficaz, según don Marcelino, adquiriendo "plena conciencia de sí misma" y entrando "en total posesión de su

herencia". Pero ese bienintencionado récipe, ¿podría entonces, puede hoy ser suficiente para el logro de la meta a que se le destinaba? El sentido práctico y la tendencia a la acción, la tendencia intelectual al armonismo y al criticismo, la vivacidad en el sentimiento del yo, son las notas descriptivas que Menéndez Pelayo atribuyó al alma española, en sus vigorosos ensayos por reducir a clara conciencia las contrarias vicisitudes de nuestra historia. ¿Quién podrá contentarse hoy con el cultivo universitario de ese tradicional modo de ser? Los hallazgos de Cajal, ¿hubiesen sido posibles en una Universidad a tales límites contraída?

Bajo otro indumento, esa es también la actitud de Miguel de Unamuno. Soñando el futuro intelectual de España, en la hipótesis de que los españoles quisieran ser fieles a sí mismos, busca Unamuno la clave de ser hispánico en las páginas de nuestro máximo libro, y escribe: "Nuestro quijotismo, impaciente por lo final y absoluto, sería fecundísimo en la corriente del relativismo; nuestro sanchopancismo opondría acaso un dique al análisis que, destruyendo los hechos, sólo su polvo nos deja". Refiérese Unamuno, como es obvio, a la ciencia relativista y antisustancial del tiempo en que él escribía. Pero, diciendo eso, ¿no coincidía en lo esencial con Menéndez Pelayo? ¿No nos proponía a los universitarios hispánicos la consigna de seguir siendo "lo que ya éramos", y de serlo intelectual, universitariamente?

Admitamos con docilidad el esquema unamuniano —también Menéndez Pelayo lo aceptaría de buen grado—, y veamos el término a que conducen, puras y escindidas, la virtualidad quijotesca y la virtualidad sanchopancesca del español.

La primera de esas dos virtualidades, la quijotesca, tiene como último fundamento la instalación de la existencia en un finalismo absoluto, y consiste en pensar y actuar —o, por lo menos, en querer pensar y actuar— sólo desde el fin absoluto a que tienden el pensamiento y la acción del hombre. Más aún: en pensar y actuar como si ese fin postrero y sumo fuese "ya" —el "ya" del "Ya se acerca, Señor, o ya es llegada", primer verso del hermoso soneto de Hernando de Acuña— pura, efectiva y exclusiva actualidad. Pensad si *los hispánicos de ambas riberas* no hemos sido fieles una y otra vez a ese modo quijotesco de ser. Mas también sabemos cuáles son los términos extremos de tan excelsa actitud vital. Por una parte, el redentor carente de técnica, el hombre que pretende redimir a sus semejantes con sólo la

técnica elemental y sublime del creer, el predicar y el morir. Por otra, la actitud vital del que oye la ciencia desde su creída instalación en el fin absoluto, para ignorar esa ciencia si la juzga "peligrosa", para concorderla con su creencia en lo absoluto si la encuentra "cómoda", y para apologizar con ardor la verdad suficiente de la fe, cuando descubre que el saber científico es objetivamente "insatisfactorio". Hay muchos hispánicos, en efecto, que sienten un extraño gozo cuando logran descubrir que la ciencia del hombre es menguada e insatisfactoria. En verdad, siempre lo será; pero no parece bien que los hijos de Adán se complazcan morosa y pesimistamente en degustar su propia insuficiencia. La razón humana es limitada, pero no tiende naturalmente hacia el error, sino hacia la verdad: con mucha energía lo afirmó la Iglesia católica, frente a la pesimista doctrina del tradicionalismo filosófico. Y si es así nuestra naturaleza, ¿cómo no sentirse movido a contemplar con alguna fruición las verdades conquistadas por el ingenio humano? Término extremo del puro finalismo absoluto es, en fin, el tipo del soñador abandonado. Recordad la infinita soledad de don Quijote vencido y cuerdo; y, si me permitís entrar donde no debo, porque la parcela de la historia que yo cultivo es demasiado estrecha, recordad vosotros, americanos, la soledad, la amargura y el abandono finales de los dos máximos héroes de vuestra independencia: Bolívar y San Martín. Esa trágica soledad terminal de los dos grandes emancipadores, ¿no es la soledad del hombre que no posee recursos técnicos suficientes para dar realidad a su sueño, y que, al fin, se siente vencido por la no soñada realidad? Seamos sinceros: la pura instalación quijotesca en el finalismo absoluto es muchas veces sublime, pero siempre es insuficiente para quien aspire a vivir con plenitud en la historia de este mundo terreno.

Miremos ahora, desde un punto de vista intelectual y universitario, la actitud sancho-pancesca, el realismo sensorial e inmediato. O, con otras palabras, la actitud del espíritu humano consistente en pensar y actuar sólo desde el fin ofrecido por aquello que inmediatamente llega a sentirse. ¿Cuántos y cuántos son los españoles y los hispanoamericanos que consumen su vida sin apenas salir de esa disposición espiritual? Pero no nos perdamos en el ditirambo o en el treno cuantitativos y examinemos, como en el caso precedente, los términos extremos a que el inmediato sensorialismo sancho-pancesco conduce. Es uno

el puro *hedonismo* instintivo. Mirad si nuestros hombres, los vuestros y los míos, son ajenos a la lacra de no sobrepasar el mero goce de la realidad inmediata, sea amplia o estrecha la parcela de la realidad gozada. En el orden de la ciencia y de la técnica, esa actitud conduce al tipo del hombre con vocación de *chauffeur*, al simple utilizador de lo que otro inventó, sin hacerse problema de lo que la invención sea. El tan vituperado "¡Que inventen ellos!" unamuniano tenía como supuesto la frecuente disposición de los hombres hispánicos para el hábil e irreflexivo manejo del motor fabricado allende sus fronteras. Dejadme que exprese mi pensamiento mediante dos anécdotas contrapuestas. Uno de nuestros más ilustres médicos me contaba una vez que fue invitado por un rico hacendado sevillano para visitar tal cortijo de su propiedad. El invitante, hombre previsor, había encargado que todo estuviese bien dispuesto para recibir a su huésped. Llegó con éste al cortijo cuando caía la tarde, y ambos encontraron al capataz de la finca sentado a la puerta de la casa, el sombrero abatido sobre los ojos y mirando inmóvil hacia el sol poniente. Alguna de las faenas preparatorias había sido descuidada, y, al reconvenir por ello el dueño al servidor, éste, haciéndose testimonio de un delicado sancho-pancismo estético, respondió sin empacho: "¡Qué quiere usted, señor! ¡Estaba la tarde tan bonita!" El suceso resulta estéticamente conmovedor; mas también puede parecer terrible si se le mira como posible y no liviana rémora de un destino histórico más volcado a la ambición que al goce inmediato. Como contrapunto, otra anécdota, perteneciente a la experiencia universal. Todos hemos contemplado la proyección de una cinta cinematográfica italiana, de alto y desigual valor, titulada *Milagro en Milán*. Aparece en ella una comunidad de mendigos que viven alegre y esperanzadamente su propia miseria. Todos se sienten atraídos por la belleza del crepúsculo vespertino. Pero —¿lo recordáis?— entre ellos surge una pareja que descubre el punto de vista más favorable para la contemplación de los carmeses y violetas celestes, e instala en él una cuantas sillas destinadas a la industria de explotar la cotidiana maravilla vespéral. Parva y pícara cosa; pero ante esa escena estamos asistiendo, amigos, a la interposición de un artificio técnico, siquiera sea humildísimo, entre la realidad y su contemplador. Es la forma degradada, elemental y suburbana de la actitud mental que hizo posible a Galileo. El anteojo astronómico y el *occhialino* del gran

pisano, ¿qué fueron, a la postre, sino el resultado de modificar artificiosamente el contacto inmediato entre el ojo que ve y la realidad vista?

No hay duda: ni la creyente instalación en el fin absoluto de nuestra existencia, como si éste fuese ya realidad —heroica y maravillosa instalación, en verdad, cuando conduce a los modos de vivir de San Juan de la Cruz y San Francisco Javier—, ni la entrega, por el otro polo de la existencia hispánica, al puro goce inmediato y sensorial de la realidad, son suficientes para el hombre que de veras quiere ser intelectual y universitario. Lo cual nos obliga a considerar, junto a lo que tan egregiamente fuimos los hispánicos, lo que los hispánicos apenas hemos sido.

Tratemos de indagar con alguna precisión la actitud vital subyacente a la ciencia moderna, y aun a toda posible ciencia terrenal; exploremos con intención descriptiva los supuestos antropológicos, éticos y, en último extremo, creenciales de esa ciencia moderna, entendida como operación de quienes principalmente la han hecho durante los cinco siglos que subsiguen al descubrimiento de América. Yo diría —y ruego muy encarecidamente que mis palabras sean entendidas tal y como yo las escribo— que tales supuestos se concretan en una vivencia muy precisa y específica: la vivencia de lo relativo, como si fuese absoluto. En el alma de los acostumbrados a la indagación de las opiniones y las sentencias de los hombres, desde el punto de vista de la verdad suma y revelada, surgirá inmediatamente un estado de ánimo susceptible de ser expresado en dos palabras interjectivas: “¡Peligro, peligro!” No pretendo negar la licitud de tal exclamación. Pero antes de examinar honestamente en qué consiste tal peligro, procuremos señalar las distintas manifestaciones concretas de esa primaria actitud espiritual del hombre de ciencia.

Entre tantas posibles y observables, quiero destacar tres: el problematismo, el temporalismo y el accidentalismo. Llamo ahora “problematismo” a la fruición deportiva de la mente humana ante el problema en cuanto tal, y a la resignada o lúdica aceptación previa de la relatividad y la discutibilidad de las soluciones a que pueda llegar nuestra humana razón, frente a cada uno de los problemas por ella abordados. ¿Quién no recuerda el famoso ejemplo de Lessing en *Nathan der Weise*? El hombre que entre la verdad y el camino hacia la verdad opta, animoso, por este último es la encarna-

ción del hábito mental que acabo de llamar problematismo. La ciencia viene a ser en tal caso, más que un conjunto orgánico de saberes firmes, una sucesión inacabable de incitantes problemas. Con el nombre de “temporalismo” quiero aludir al gusto por la conquista de saberes cuya validez está previamente condenada a pasar. Sin ese placer de paladear espiritualmente lo que se sabe temporal, y sin los duros sacrificios que por el logro de tal placer han sido cumplidos, no existiría la ciencia actual: el hombre de ciencia se define, en muy buena medida, por su alegre disposición para vivir instalado en lo provisional. Por fin, el “accidentalismo”, la aceptación gustosa de verdades a la vez parciales y particulares. Nace inmediatamente de ella el especialismo científico, la activa renuncia del hombre de ciencia a un saber total y fundamental; y, cuando el especialismo se acentúa y coordina, aparece el trabajo intelectual en equipo, tan característico de la investigación científica de nuestro siglo.

Tengo por seguro que, si el hombre hubiese estado siempre transido por la “vocación de absoluto” que describí en párrafos precedentes, no habría aprendido a gozar la agri dulce fruición de lo problemático, lo temporal y lo accidental, y, por consecuencia, no existiría la ciencia moderna. Pero esa fruición no es y no puede ser puro juego; al contrario, exige la posesión y el ejercicio de una gavilla de virtudes menores, calladas, carentes de brillo heroico, aun cuando exigentes de un heroísmo hondo y silencioso: las virtudes llamadas auto-limitación, paciencia, humildad, método. “Todo ello —decía, hace pocas semanas, la más alta autoridad espiritual del planeta, hablando del trabajo científico— impone el respeto a los hechos, la prudencia en la enunciación de proposiciones, la sobriedad en el juicio, la modestia inspirada por la conciencia de los límites del saber humano; ello favorece la apertura del espíritu y la docilidad del verdadero hombre de ciencia, tan lejos de aferrarse a sus propias ideas cuando éstas se presentan insuficientemente fundadas; ello conduce, en fin, a examinar sin miedo las opiniones de otro y a juzgarlas”. Tales deben ser las virtudes del hombre cuya vocación consiste en servir a la verdad por el camino del saber científico.

Vengamos ahora a los diversos modos de entender la primaria actitud vital de la ciencia moderna, esa disposición del alma para vivir lo relativo como si fuese absoluto. En cuatro formas principales se ha realizado cuando los hombres han querido entregarse a ella con cierta

radicalidad: la forma agónica o angustiosa, la pantefista, la escindida y la itinerante. Si el hombre de ciencia siente que la relatividad de aquello que como tal hombre de ciencia contempla no tiene y no puede tener una entidad suma y absoluta, y si, a la vez, no cree que su personal comunicación con lo absoluto sea para él inteligible, el término de su situación espiritual suele revestir la figura psicológica de la angustia. En el supuesto de que a Unamuno se le pudiera llamar "hombre de ciencia", éste sería su caso. La interpretación pantefista de aquel aserto adviene cuando se niega la trascendencia real de lo absoluto y se cree de uno u otro modo que lo aparentemente relativo es absoluto en su efectiva realidad. Tal ha sido uno de los riesgos y una de las caídas más frecuentes de la ciencia moderna. La actitud vital del hombre de ciencia moderno llega a ser escindida cuando en los senos de su alma coinciden, más o menos incomunicados, el atenuamiento científico a la realidad, con su problematismo, su temporalismo y su accidentalismo, y una firme creencia en el fundamento último y absoluto de la realidad que estudia. Mas también es posible —y en ello consiste uno de los máximos hallazgos intelectuales del Cristianismo— que lo relativo aparezca ante la mente del hombre como relumbre de lo absoluto y camino hacia la Divinidad. Entonces, todo lo problemático, temporal y accidental se hace, para decirlo una vez más con la hermosa expresión de San Buenaventura, *itinerarium mentis in Deum*. Mas no sólo durante los siglos de la Edad Media, el Renacimiento y el Barroco católico ha podido entenderse así la relación entre lo relativo y lo absoluto; también ayer, también hoy mismo. En otro lugar he demostrado inequívocamente cómo la mente de Cajal concebía de ese modo el valor y la significación de la ciencia, y no con criterio muy distinto han estimado el conocimiento de la realidad hombres tan actuales y científicos como Eddington, Jeans y Einstein. "Mi religión —ha escrito Einstein, que no es, precisamente, un cristiano militante— consiste en la humilde admiración del espíritu ilimitable y superior que se revela a sí mismo en los menudos detalles que somos capaces de percibir con nuestra frágil y débil mente. Esta hondísima convicción emocional de la presencia de un superior poder razonante, revelado en el incomprensible universo, forma mi idea de Dios". Como veis, el sentir de San Buenaventura pervive en hombres bien alejados del siglo XIII y de la fe cristiana.

En cualquier caso, a los hispánicos nos importa subrayar que todos esos modos, rectos o descarriados, de entender la relación entre lo relativo y lo absoluto, presuponen una altísima estimación de la ciencia humana y de la dedicación a ella. La ciencia, en rigor, no es más que un oficio: el oficio del hombre que, como el alfarero a la fabricación de vasijas, ha consagrado su vida a la conquista, el conocimiento y la enseñanza de verdades. Desde un punto de vista cualitativo, poco importa que esas verdades parezcan, a veces mínimas, y a veces, esplendorosas; importa tan sólo que sean, si se me admite la redundancia, "verdaderas verdades". Y, mientras una sociedad no estime la jerarquía del oficio científico según lo que éste significa para la real dignidad del ser humano —gracias a la ciencia puede el hombre decir, como Don Quijote, pero con más fundada razón, "yo sé quién soy y quién puedo ser"—, no habrá en ella Universidades merecedoras de tal nombre. ¿Hasta qué punto ha sido satisfactoriamente estimada la ciencia dentro del mundo hispánico? No será difícil mencionar, como respuesta, varios nombres egregios: Cajal y Menéndez Pelayo, Rfo Hortega y Menéndez Pidal, Cuervo y Houssay. Pero esos nombres son todavía —confesémoslo— eminentes excepciones. Hacer que la excepción deje de serlo, conseguir que entre nosotros se constituya en hábito social la decorosa dedicación a la ciencia, es, creo, el más importante deber específico a que estamos obligados los universitarios hispánicos.

Con lo cual se nos plantea el problema fundamental. Nosotros, los hispánicos, ¿podremos ser a la vez, y por modo suficiente, "lo que éramos" y "lo que apenas hemos sido"? A lo largo de más de un siglo, vuestros países y el mío han sido objeto de vehementes tentativas de mutación. El progresismo hispánico —y *a fortiori*, ya en nuestros días, el marxismo— deben ser vistos como propuestas, más o menos utópicas, de una "conversión absoluta" de nuestros pueblos a la modernidad: los españoles habfan de aprestarse a un radical abandono de sus hábitos espirituales más peculiares y profundos si en verdad querían participar activa y eficazmente en la historia europea subsiguiente al siglo XVII. Frente a esas reiteradas tentativas, la resistencia del mundo hispánico ha solido basarse en la proclamación, más o menos íntegra y sincera, de una pura fidelidad a nuestros viejos modos de ser. Pienso que nosotros, los universitarios, no podemos contentarnos con afirmar una de esas dos actitudes

históricas. La primera de ellas debe promover en nosotros un teológico *non licet*, porque amamos nuestro pasado propio y porque, independientemente de nuestro amor por él, todo proyecto de futuro que no cuente con la historia pretérita será siempre utopía irrealizable; y la segunda, meramente defensiva, suscita en nuestro ánimo un ambicioso *non sufficit*, porque necesitamos con urgencia la ciencia terrenal, y ésta no se logra partiendo la vida entre un finalismo absoluto de linaje quijotesco y un sanchopancesco atenuamiento a la pura e inmediata sensorialidad. Pero, admitiendo aquella radical fidelidad espiritual a “lo que fuimos y todavía somos”, ¿es posible su coincidencia, en cuanto efectiva forma de vida, con una eficaz apropiación de “lo que apenas hemos sido”? Tal es el verdadero problema.

Yo no sé muy bien cómo hubiera podido plantearse la recta solución de ese problema durante el siglo XIX, la centuria de la apasionada niñez de Hispanoamérica y de la discordia interior de España; pero estoy seguro de que en el tiempo en que ahora existimos puede ser lícitamente abordada una solución idónea y satisfactoria. Me atrevo a pensar que esa deseable solución comprende tres modos de vida individual y social, distintos y complementarios entre sí:

1º. *La efectiva convivencia social de las dos formas de vida y de los hombres que las encarnan.* Nuestros países no podrán levantar la Universidad hasta la altura que el tiempo y nuestra ambición exigen de consuno, mientras en la sociedad hispánica no conviva y cooperen los investigadores de la verdad terrena que sepan serlo de modo eficaz sin negar ni combatir la trascendencia de lo absoluto —hoy casi todos los sabios son así: recuérdese el texto de Einstein—, y los definidores de lo absoluto que quieran serlo de modo cabal, comprendiendo y estimando la alta misión histórica y transhistórica de quienes han hecho de la ciencia terrena el fin principal de su vida. Para que la fuerza del testimonio sea mayor, recurriré a un ejemplo procedente del siglo XIX: el alto ejemplo del fisiólogo Claudio Bernard. Frente a la bien conocida doctrina historiológica del positivismo —visión de la historia como una sucesión de tres etapas: teológica, metafísica y positiva— escribe el gran fisiólogo: “En todos los conocimientos humanos y en todas las épocas hay una mezcla, en proporción mayor menor, de estas tres cosas: religión, filosofía y ciencia”. Y añade: “Estas tres nociones no podrán des-

truirse la una a la otra: las tres se depuran y se perfeccionan la una por la otra”. Eso que postuló uno de los hombres de ciencia más representativos del siglo XIX, esa convivencia social, mutuamente ventajosa, de la religión, la filosofía y la ciencia positiva, ¿llegará a ser una realidad ejemplar en los países integrantes del mundo hispánico?

2º. *Convivencia psicológica, dentro de una misma alma, de las actitudes espirituales antes descritas: la científica y la religiosa.* También aquí voy a recurrir a un significativo ejemplo del siglo XIX. En uno de sus discursos en la Academia de Medicina de París decía Pasteur: “En cada uno de nosotros hay dos seres: el *hombre de ciencia*, que hace tabla rasa de todo, y quiere remontarse hasta el conocimiento de la naturaleza por medio de la observación, la experiencia y el raciocinio, y el *hombre sensible*, que vive de la tradición, de la fe, de los sentimientos..., el que llora a los hijos muertos y cree que volverá a verlos, aunque no pueda probarlo, el hombre que se resigna a morir como muere un microbio...” Como en el alma de Pasteur, en no pocos hombres de ciencia —en muchos más de lo que suele pensarse— coexisten sin mutua interferencia y sin mutua implicación esas dos formas de vida.

Quien no sepa comprender esto, quien crea que los hombres tienen que ser por necesidad seres “de una pieza”, conforme a la significativa expresión castellana, no será capaz de obtener de ellos todo lo valioso que pueden dar de sí. Quiso Pasteur que se respetase tal escisión de su alma; deseó siempre resolver a su modo los problemas que esa doble personalidad le planteaba, y es bien sabido que los resolvió viviendo y muriendo cristianamente. Aunque la escisión anímica no suela ser un paradigma para los hombres vocados a sufrir la “sed inextinguible de absoluto” de que Sardinha habló, ¿habría sido Pasteur, sin ella, el sabio que tanto invocan los apologistas actuales?

3º. *La armónica conexión del saber científico y la fe religiosa en el alma del intelectual.* Esa conexión entre lo que se sabe y lo que se cree es equiparable a un suceso técnico nunca trivial, siempre maravilloso: la apertura de un túnel a través de una montaña. ¿Acaso por repetido deja de ser maravilloso el encuentro de los dos equipos de excavadores en el corazón del monte perforado? Quiero decir con ello que la empresa de articular armónicamente la ciencia y la fe exige en toda situación un esfuerzo animoso, arduo e inteligente. Pero, a

diferencia de los túneles materiales, que una vez abiertos perduran siglos, la conexión entre la ciencia y la fe tiene siempre una validez transitoria, y debe ser forjada de nuevo por cada hombre y en cada nueva vicisitud del espíritu humano: así lo pide la condición, a la vez íntima y viadora, de la naturaleza humana. Por mucho que admiremos la hermosa, coherente y ejemplar unidad de la ciencia y la fe en el alma de Santo Tomás, ¿cómo desconocer que esa ciencia era la de su tiempo y esa fe la suya?

La gran tarea intelectual del Cristianismo, que en los quince primeros siglos de su historia ha sabido asumir las dos grandes creaciones de la Antigüedad occidental, la filosofía griega y el derecho romano, consiste hoy —ha escrito Zubiri— en la adecuada asunción de la ciencia moderna, así la natural como la histórica. Alta y sugestiva empresa, a la cual no puede ni debe ser ajena la Universidad de los pueblos hispánicos. ¿Serán capaces nuestros pueblos de advertir la grandeza espiritual de ese incitante empeño histórico? ¿Se nos dará a los universitarios el ámbito de libertad, confianza y holgura vital que por su propia esencia requieren las obras de creación intelectual? ¿Llegará a existir en nosotros, los intelectuales universitarios, la abnegación suficiente para entregarnos a una tarea tan espinosa como inacabable?

## LA UNIVERSIDAD HISPANICA

Permitidme soñar que nos movemos, efectivamente, hacia esa encumbrada meta; dejadme creer que nuestros pueblos quieren de veras marchar hacia ella conforme a las tres vías antes señaladas: la convivencia social que definió Claudio Bernard, el desdoblamiento de la personalidad vivido en sí mismo por Pasteur y la armoniosa unidad de que Santo Tomás fue ejemplo; consentidme decir ante vosotros ilusionadamente, como ayer Menéndez Pelayo, que “el ánimo se ensancha y augura mejores días” cuando nuestro espíritu se ha resuelto a emprender ese prometedor camino. Sí: el ánimo se ensancha y enciende pensando lo que tan espléndido logro representaría en la economía inmanente y en la economía trascendente de la historia del hombre, y ponderando, a la vez, con emoción más modesta y recoleta, lo que en la intimidad de cada una de las almas significará la mínima y provisional parcela de verdad por ella conquistada. Quien de veras cree en la

realidad y el valor del espíritu, sabe bien que un acto íntimo y personal es a veces más importante que una grande y aparatosa batalla. ¿Vale más, por ventura, la batalla de Wagram que un versículo de la Epístola a los Gálatas o que una página del *Banquete*?

Pero no dejemos que el ensueño nos haga olvidar la concreta realidad. Entre la hazaña histórica y la obra personal se interpone siempre una tercera instancia, cuya figura es la institución; y la institución interpuesta entre nosotros y nuestra posible acción colectiva es, ante todo, la Universidad. ¿Son suficientes nuestras actuales Universidades para el cumplimiento satisfactorio de misión tan delicada y enorme? No es preciso acerar mucho la crítica para dar una respuesta negativa a esa interrogación. Falta a nuestras Universidades fuerza individual; fáltales asimismo mutua trabazón orgánica. Mientras procuramos que todas vayan adquiriendo, una a una, la fuerza de que individualmente carecen, ¿por qué no planear ahora el vínculo que orgánicamente las une? No se trata sino de descubrir un Mediterráneo. He ahí la entidad docente y administrativa llamada *Deutsche Universität*, dentro de la cual es posible que Karl Jaspers —valga aquí su único ejemplo— pase de Heidelberg a Basilea sin cambiar de casa intelectual; ved, por otra parte, al médico William Osler, que enseñó sucesivamente, sin más trámite que el oportuno llamamiento, en el Canadá, en la Johns Hopkins University y en Oxford. ¿Por qué, entonces, no admitir como institución posible y próxima la “Universidad Hispánica” o, si queréis, “Luso-hispánica”; institución que no habría de ser una Universidad más, sino la entidad corporativa de todas las que en nuestro mundo son ya mayores de edad, de modo que sus profesores y sus alumnos pudieran pasar libremente de una casa de estudios a otra, aquéllos por el interesado requerimiento de un determinado claustro universitario, éstos por el solo gusto de buscar los maestros y los ambientes que les fueran más gratos? Oí decir a Raúl Porras Barrenechea que nuestra convivencia no sería verdaderamente satisfactoria y eficaz mientras los hispanoamericanos no entendiesen el hecho de la conquista y la colonización de América, y mientras los españoles no comprendiésemos el hecho de la emancipación de los pueblos de Ultramar. Todo hace creer que, pasadas ya las Termópilas del siglo XIX, unos y otros hemos llegado a tan deseable sazón histórica. Pues bien, ¿por qué no aspirar a que los instrumentos intelectuales de nuestro desti-

no, las Universidades hispánicas, estos no bien atendidos recintos donde habita la juventud y deben habitar el pensamiento y la verdad, constituyan para todos nosotros una morada común? Este es el último de los temas que hoy quiero ofrecer a vuestra personal meditación. Y no sólo para los días que vais a pasar entre nosotros, en torno a la vieja Universidad

salmanticense o junto a esta Universidad madrileña, heredera de la alcafná, sino también para otros días, más reposados, en que desde vuestras patrias jóvenes recordéis a quienes en España hemos comprendido sin reserva vuestra emancipación y os hemos recibido ofreciéndoos nuestra mejor voluntad y nuestro más claro entendimiento.

# La Universidad del V Centenario

(Publicado en Artes y Letras de "El Mercurio", 17 mayo 1992)

## Profesor Raúl Mir Coll

*Licenciado en Derecho por la Universidad de Barcelona. Ha dirigido Congresos Internacionales de Universidades en Madrid y en Viena. Consejero Delegado del Grupo Expansión y Director del Programa VII Centenario de la Universidad Complutense de Madrid. Cargos directivos en la Sociedad Internacional para los Derechos Humanos de Frankfurt y en la Asociación para el Desarrollo de la Razón Práctica de Múnich. Ha publicado varios libros sobre cuestiones sociales y dictado numerosas conferencias en diversos países.*

**E**n 1992 España celebra el Quinto Centenario del Descubrimiento de América. Con tal motivo, la Administración del Estado, con sus distintos estamentos, las entidades privadas y la sociedad en general están haciendo un gran esfuerzo por ofrecer a la comunidad internacional una propuesta cultural seria y atractiva.

La Universidad Complutense de Madrid y la Universidad de Alcalá de Henares, en colaboración con la Sociedad Estatal Quinto Centenario, desean sumarse a estos acontecimientos y convocan a las universidades e institu-

ciones de todo el mundo a la participación en el Congreso Internacional de Universidades 1992, que llevará por título "La Universidad ante el Quinto Centenario".

Desde sus inicios la universidad se ha diferenciado de otras instituciones de enseñanza superior tales como la academia platónica, el liceo aristotélico o el Ateneo romano por su universalidad. Esta quedó expresada en la Edad Media por la presencia cosmopolita de los estudiantes, por el sentido universalista del saber, por la unidad de la lengua (el latín), por la similitud entre métodos y contenidos utilizados

por las distintas universidades y por la validez de los títulos. En los albores del siglo XXI la institución universitaria debe recuperar el sentido profundo de esa universalidad y construir, a partir de él, una plataforma de reflexión donde se debatan todos los aspectos relacionados con universidad.

La universidad no puede permanecer como mera espectadora en la celebración de una efeméride de semejante trascendencia, en la cual jugó un relevante papel. Cuatro décadas después del Descubrimiento se materializó la inquietud de la universidad por estar presente en las tierras descubiertas y participar plenamente en la configuración de la sociedad emergente.

En nuestros días, la aportación de la universidad a la formación de la cultura iberoamericana merece ser objeto de una reflexión profunda y rigurosa. El año 1992 es una oportunidad que nos brinda la historia para hacer un alto en el camino y volver la vista atrás, remontrándonos a los orígenes de la universidad y su implantación en el Nuevo Mundo. De este modo, buscar en la base de ese espíritu inicial los cimientos sobre los que construir una universidad más humana, más a la medida del hombre.

El Descubrimiento de América repercutió pronto y profundamente en la universidad española, en cuyas aulas se reflexiona sobre el hecho y se sientan las bases y los principios éticos, jurídicos y teológicos que deben orientar la acción; se evalúan los errores y se establecen los principios del nuevo orden internacional.

Apenas unas décadas después del Descubrimiento aparecen las primeras universidades en Indias. Los hitos que jalonan esta historia tienen su primera expresión en la petición que hace el obispo Fuenleal para fundar una universidad en Santo Domingo, en el año 1529, que sería aprobada definitivamente en 1558. Por aquellos años, Pizarro también expresa su intención de fundar universidades en Jauja (1533) y Lima (1553). Esta última, aprobada en 1559, constituye un claro ejemplo del talante con el que se disponían los estudios: en 1566 se enseñaban en esa universidad Sagrada Escritura, Artes y consta la existencia de una cátedra de lengua quechua, como testimonio de apertura y recepción de la cultura indígena. Más adelante aparecerá México, cuya fundación es solicitada al rey en 1537 por el virrey Mendoza, donde se estudia lo mejor de la tradición cultural europea y se abre camino a las nuevas culturas recién descubiertas.

La universidad afrontó el reto que le planteaba plenitud. A través de sus grandes pensadores la universidad española configuró el espíritu americano en el respeto a la dignidad de la persona y el Derecho de Gentes.

Estudiar el pasado de la universidad en Indias es destacar a la universidad como configuradora del espíritu americano. Espíritu imbuido por España a través de sus universidades y grandes pensadores y con la inquietud por la dignidad del indio, la preocupación por los justos títulos, el respeto y garantía de los derechos y fueros de la población americana, la evangelización y el mestizaje, entre otras tantas deslumbrantes materias.

Toda esa preocupación dio lugar al planteamiento del *Derecho de Gentes*, de un Derecho Internacional justo, una concepción del mundo como unidad política que tiene el poder de hacer leyes aplicables a todas las naciones y a todos los hombres.

Ese sentido de *unidad primigenia* (de idiosincrasia, de lengua, de cultura, de religión, etcétera); *esa universalidad ética debe ser resaltada y hacerse conocer porque fue, además, labor de España*. Por otra parte, fue la impronta de América y permanece todavía, a veces fallida, ocultada o reprimida en el espíritu americano.

La presencia de la universidad en el período de la Emancipación supuso una influencia en los próceres americanos y en la configuración de las nuevas naciones.

Ese ideal hace quiebra por diversas razones. Nuevos intereses económicos y políticos de las naciones iberoamericanas y europeas entran en relación. Pero, frente a este aspecto negativo de pérdida de la unidad primigenia, surge el aspecto positivo de la configuración de las nuevas naciones, de sus peculiaridades y particularismos. América se independiza como consecuencia lógica de un proceso de formación en la libertad. España le enseñó desde el primer momento a ser libre.

Ese proceso de configuración entra en nuestros días en una nueva etapa. Esas naciones redescubren su necesidad de retomar desde nuevas bases a aquella unión de América.

Esta impronta netamente hispanoamericana ha permanecido. Ese espíritu del Derecho de Gentes ha estado siempre presente. Se plasmó, por ejemplo, en la existencia actual del Derecho de Asilo, específico del Derecho Internacional Regional Americano. También ha habido y hay muchas iniciativas adelantadas a su tiempo; la primera convención diplomática:

el Convenio de La Habana de 1928, entre muchos otros ejemplos.

Las actuales circunstancias políticas y económicas impulsan a la integración de las naciones. La universidad debe nuevamente rescatar esos principios éticos del Derecho de Gentes para señalar el camino de la construcción del futuro.

Toda esta escuela de pensamiento ha tenido una influencia especial en momentos decisivos de la historia hispanoamericana. No podría estar ausente en esta ocasión.

Pero, pese a resaltar la construcción de este nuevo orden, debemos tener conciencia de la realidad de nuestro tiempo. Abordar los problemas más acuciantes de la convivencia humana (política, social, cultural), replanteando su análisis desde una ética de la paz. Aceptar el compromiso con nuestro tiempo y los imperativos de nuestra época.

Destacar la continuada vigencia de las actitudes y obsesiones morales que defendemos. Los principios morales que deben informar nuestro análisis para conseguir propuestas ponderadas y justas que indiquen vías de actuación basadas en la solidaridad, colaboración, equilibrio, integración y paz.

Debemos tener presente la influencia del magisterio universitario con su consiguiente importancia social y política. Ofrecer el ámbito de reunión y fomentar el pensamiento riguroso de la comunidad universitaria hispanoamericana.

El análisis detallado de la realidad universitaria del momento actual nos muestra que está afectada por una profunda crisis. La masificación, la excesiva especialización de determinadas ciencias, el utilitarismo con que muchos estudiantes enfocan su vida académica, la falta de profunda inquietud intelectual, la poca adecuación de los estudios al futuro profesional... son algunos de los problemas que ensombrecen el horizonte de la universidad.

Pero si es cierta esta descripción, no lo es menos que la crisis no parece ser tanto de tipo organizativo, de medios o académica cuanto de identidad. Se ha perdido el norte que orientaba y daba sentido al quehacer universitario, y las medidas que se adopten para encauzar su rumbo deben pasar por entender y tener muy presente cuál es el verdadero fin e identidad de la universidad. No basta recordar que deben buscarse soluciones reales que puedan reorientar el futuro de la universidad en el próximo siglo. Soluciones que potencien la vida universitaria, restablezcan su tono vital y hagan

que vuelva a desempeñar el papel fundamental que tiene asignado en la sociedad.

La universidad ha vivido siempre proyectada hacia la sociedad, y a ella debe servir, ofreciéndole los frutos de su esfuerzo por desentrañar el saber.

Una institución que se ocupe de investigar, aprender y enseñar saberes debe llegar a alcanzar la verdad que éstos entrañan. Si este principio general desaparece o no se tiene en cuenta, quien se resiente con todas sus consecuencias es el tejido social. Por ello, la defensa y la búsqueda de la verdad deben convertirse en el objetivo prioritario de nuestras vidas. Y en el mundo de la enseñanza el fin y el fundamento de esta búsqueda se encuentran irremediablemente vinculados a la institución universitaria.

En las aulas de las instituciones universitarias florece el germen del ideal democrático, porque en la "República Intelectual" la comprensión de los valores, de los ideales y de la realidad comunitaria únicamente es alcanzable con el compromiso interior de enriquecer nuestros conocimientos.

La universidad, no lo olvidemos, es la escuela del diálogo y la discrepancia. Es el centro de la confluencia de los fenómenos sociales. El punto de encuentro de incunables saberes y, en su sentido más etimológico, el respeto por la conducta del hombre.

La universidad debe convertirse en el motor de la sociedad hacia niveles de excelencia, de creatividad de vida humana en plenitud. Son los investigadores universitarios de España e Hispanoamérica quienes estudian los temas decisivos para el futuro de la comunidad hispana y los movimientos sociopolíticos que intentan mejorar la suerte de estos pueblos, los que deben llevar en su base una labor muy seria de investigación. La Teología de la Liberación, por ejemplo, hubiera debido contar desde el principio con una investigación a fondo de diversas cuestiones económicas, que los conocimientos teológicos y la buena voluntad de favorecer a las clases más necesitadas no bastan para abordar los problemas que tal movimiento quiere resolver.

Ha llegado el momento de plantear cómo debe orientarse la labor educativa, en todos los niveles, si se quiere elevar el poder de discernimiento crítico y la capacidad creativa en todos los estamentos del pueblo. Existen gobiernos hispanoamericanos que han mostrado últimamente gran interés por la "educación en valores". Una y otra vez se repite en diversos

países la necesidad de educar en valores y para la creatividad. Pero no se pasa de la fase de las meras intenciones. La educación supone ejercitación, y para practicar esta última en tareas formativas se requieren materiales. Es en este año de encuentros cuando debemos ofrecer estos materiales a los educadores. Si se comenzara esta colaboración en 1992, tal fecha quedaría como un hito en el proceso regenerativo que arrancaríamos de ella.

Por otro lado, se debe tener presente cuál es el estilo de pensar más adecuado a la mentalidad hispana. Es necesario sobrevolar los distintos métodos de pensamiento y escuelas filosóficas, y hacer ver cuál es la orientación que mejor responde a la idiosincrasia de las gentes hispanas. La adopción de estilos de pensar foráneos puede ser perturbadora para los pueblos si los aleja de sus fuentes y les inspira actitudes espirituales de colonizados.

Otro de los temas de máxima preocupación es cómo integrar los estudios técnicos y los humanísticos en los centros de estudio superiores. Hay que superar la dicotomía "ciencias-letras", "técnica-humanidades" y el tipo de humanidades que han de cultivar los estudiantes de ciencia y técnica, o cómo impartir los estudios de las humanidades, rectamente entendidas.

Romano Guardini señalaba como una de las características principales de la Nueva Epoca (la posmoderna) y del Nuevo Humanismo (el que debe cubrir el hueco abierto por la quiebra de la Edad Moderna) que el hombre nuevo cultivará la ciencia y la técnica, pero les dará un nuevo espíritu, un espíritu más humanista y solidario.

Las investigaciones anteriores deben culminar en la determinación de lo que ha de ser

el Nuevo Humanismo (nuevo en relación al de la Edad Moderna) que debemos instaurar en el momento actual, un Humanismo impulsado por el ideal de la solidaridad y la unidad, no por el del dominio y el egoísmo individualista.

El congreso puede convertirse en un hito en las relaciones de España e Hispanoamérica. A partir de ello ha de considerarse que ciertas posturas son anacrónicas y no tiene sentido alguno seguir sosteniéndolas. Lo único digno del momento presente es hacer historia, es decir, recoger las posibilidades que nos ofrece el pasado y labrar un futuro excelente.

Hay congresos que han hecho historia. Fueron acontecimientos históricos porque abrieron campos de posibilidades para el futuro.

Este congreso tiene todas las condiciones para convertirse en histórico, en el sentido riguroso de este término hoy día demasiado desgastado por su mal uso. Conmemora una fecha clave, se realiza en un momento de grandes cambios en Europa y de una temible depresión en Hispanoamérica.

Contamos con una idea fecunda y tenemos medios para hacerla valer.

Confiamos poder aclamar los vótores que hoy enardecen los paraninfos de las universidades al entonar el majestuoso "Gaudeamus Igitur" que José Víctor Scheffel supo entroncar con palabras y que sirve de justificación de leyendas, de atento ennoblecimiento, de respeto jerárquico entre profesores y alumnos y que con orgullo debemos escuchar en el Palacio de Exposiciones de Madrid al clausurarse el Congreso Internacional de Universidades 1992, que con tanta ilusión y empeño estamos organizando.

# Veinticinco años de la Escuela de Medicina de la Universidad Austral de Chile

Acto académico de conmemoración

## Dr. Claudio Zapata Ormeño

*Estudios médicos en la P.U.C.H. Título de Médico-Cirujano en la U. de Chile (1966). Residencia en Medicina Interna en el Hospital Clínico de la P.U.C.H. Profesor Titular de Medicina Interna, ex Director de la Oficina de Graduados, ex Director del Instituto de Hematología y actual Decano de la Universidad Austral de Chile. Ha sido distinguido como Maestro de la Promoción Médica U.A.C.H. (1982) y con el Premio "Rodolfo Armas Cruz" (1985).*



*"Al atardecer de la vida,  
te examinarán en el Amor".*

Esta reveladora sentencia de San Juan de la Cruz, el místico fraile carmelita, fallecido hace cuatrocientos años, será el núcleo de mi discurso al clausurar este solemne acto académico, con el que hemos celebrado gozosamente los primeros veinticinco años de la Escuela de Medicina de la Universidad Austral de Chile.

Reflexionemos sobre las palabras del santo y poeta.

Al atardecer de la vida es el momento en que debemos dar cuenta de nuestros talentos y se juzgarán nuestras obras. El médico debe responder a Dios y los hombres por su actuación frente a la vida.

A nuestra profesión se le ha entregado el maravilloso don de acompañar al ser humano durante su tránsito en esta vida. Desde antes que es concebido, cuando nace, en su niñez, cuando padece y se convierte en nuestro paciente, y hasta que el individuo termina su proceso de vida biológica y se abre a la otra existencia, la de la vida definitiva.

Al médico le corresponde también la noble misión de acompañar el atardecer de la vida de sus semejantes, y debe cumplir a la confianza depositada en él.

Seremos sometidos a un examen, un momento en que es puesta a prueba nuestra idoneidad y suficiencia para el desempeño de nuestro oficio, el de ser buenos médicos.

La asignatura a cuyo examen nos someteremos será el *Amor*, el ánimo con el que nuestra voluntad busca el bien verdadero.

También una Escuela de Medicina, esto es, su conjunto de profesores, alumnos y ex alumnos y el proyecto educacional involucrado, puede ser analizado a la luz de su obra, y sus logros sometidos a una prueba de suficiencia.

En veinticinco años de existencia un significativo número de profesionales son nuestro aporte al desarrollo de nuestra patria, particularmente a la mejoría de la salud en nuestra región sur-austral, ámbito natural de nuestra influencia.

Nuestros egresados han demostrado su capacidad de desempeño. El desarrollo armónico de las tres vertientes de la personalidad del médico (biológica, psicoantropológica y social) les confiere un verdadero sello de garantía.

¡Jóvenes estudiantes de esta Escuela! Os exhortamos a que adquieran el compromiso moral de convertirse en esos médicos integrales, con el perfil de un profesional competente, capaces de desenvolverse idóneamente y de continuar vuestro desarrollo, respondiendo así a la fe pública que la sociedad deposita en la Universidad y en vosotros.

Esta Escuela de Medicina ha tenido éxito en su proyecto educacional. Se han cumplido las metas planteadas, los objetivos definidos y los procesos planificados, para lograr en los estudiantes la maduración conductual que los convierte en médicos. La evaluación del desempeño de los médicos formados en esta Escuela, nos ha servido de valiosa retroalimentación para optimizar progresivamente el proyecto educacional.

En torno a esta Escuela de Medicina se ha creado nuevo conocimiento a través de valiosas investigaciones en biomedicina. También se ha infundido en muchos jóvenes el espíritu de una sana reflexión, de cuestionarse frente a los problemas del hombre, que son los problemas de la vida, y de escudriñar en búsqueda de respuestas a estas interrogantes. Esta Escuela de Medicina tiene una clara conciencia de su inserción en la sociedad y del perfil del médico como agente de cambios. En esto hay dos as-

pectos incluidos: el social propiamente tal, centrado en la familia y la comunidad, y el administrativo, que implica la organización y correcto uso de los recursos en salud.

Destinamos una parte menguada de nuestro producto a salud, pero tenemos indicadores de salud que corresponden a naciones de mayor desarrollo y solvencia económica. Esto no sería posible sin el trabajo esforzado a lo largo de varias décadas de los equipos de salud.

Debemos prepararnos para una radical transformación de la Medicina y de la formación de los médicos. El estilo tradicional merece un profundo análisis. Existen cambios del perfil etario de la población, los servicios de salud se han visto sometidos a modificaciones esenciales y se han renovado los mecanismos de adjudicación de recursos para salud. El médico que nuestra sociedad requiere en el siglo XXI necesita ser redefinido hoy.

Sostenemos que –pese a las profundas innovaciones tecnológicas– el médico debe continuar siendo esencialmente humano. El acto médico es básicamente el de una relación entre dos personas, una que padece y necesita de ayuda, y otra que conoce y es capaz de proporcionar esa ayuda. En este acto de intercomunicación personal en que paciente y médico sufren una recíproca transformación, existe el beneficio mutuo de esta relación. El acto médico reviste un carácter ético.

El estudiante de Medicina aprende de sus profesores, quienes son su modelo. Esta es una enorme responsabilidad. Cuando el profesor deviene en maestro, infunde sentimientos de honda admiración y respeto en sus alumnos. En el juramento de Hipócrates, el nuevo médico –después de invocar a los dioses– promete: "A aquel quien me enseñó este arte, le estimaré lo mismo que a mis padres". Hoy hemos hecho presente nuestro reconocimiento y gratitud a los profesores fundadores de esta obra.

Creemos haber formado médicos integrales, con firmes bases en las ciencias biomédicas y poseedores de las destrezas idóneas de la profesión, interesados en seguir aprendiendo y en enseñar a los demás, con un claro sentido de su inserción en la sociedad y capaces de relacionarse con el otro, respetando a las personas, comprendiendo sus sufrimientos y dispuestos a compartirlos.

¿Qué más podría pretender una Escuela de Medicina?

Pero al atardecer de nuestras vidas, seremos examinados en el *Amor*.

Amor que es la búsqueda del bien verdadero, que es el Dios de la vida.

Quisiera expresar mi esperanza en que esta Escuela de Medicina forma médicos que están al servicio del Dios de la vida, y al servicio del Dios después de la vida, que es la vida definitiva, en la que no habrá necesidad de médicos, pues el sufrimiento será suprimido.

Entonces nuestra tarea como médicos se encuentra en la vida terrenal, aceptando esta misión de ser instrumentos en las manos de Dios.

¡Que los médicos formados en esta Escuela se esfuercen por ser buenos médicos, pero que también sean capaces de amar!



Actividad Clínica - Docente en la Escuela de Medicina de la Universidad Austral de Chile (Hospital de Valdivia). En el centro, el paciente rodeado por el monitor, Dr. Mario Calvo, dos internos y una alumna de Medicina.

# Fundamentos y principios de acción universitaria\*

**Drs. Héctor Croxatto, Ricardo Krebs, Jaime Lavados,  
Humberto Maturana, Bernardino Piñera, Ricardo Reich,  
Igor Saavedra, Juan de Dios Vial C., Juan de Dios Vial L.,  
Heinrich von Baer**

## INTRODUCCION

**L**a formulación de criterios para orientar la actividad universitaria es una tarea importante en cualquier tiempo, pero las condiciones que tienden a prevalecer en nuestras propias universidades, como resultado de

procesos que se han venido desarrollando por espacio de más de dos décadas, la hacen particularmente urgente.

En efecto, hay actitudes que se han ido imponiendo poco a poco, y que han engendrado una serie de malas prácticas que son visibles tanto en el interior de la Universidad como en los organismos que son responsables de decisiones externas que la afectan. Tales comportamientos, cuando ellos son reiterados durante largo tiempo, dejan de ser simples vivencias cotidianas, tienden a ser aceptados como cosas "normales" y, finalmente, a transformarse en

---

\* El señor Reginaldo Zarita Chávez, Profesor de la Universidad de La Frontera, colaboró en la integración y revisión de los diferentes textos originales que constituyeron la base del presente documento.

cultura, tanto para los universitarios como para diversas autoridades y para la opinión pública en general. Cuando esto ocurre, hay un peligro serio para la institución universitaria.

Es así como, de una manera cada vez más generalizada, se confunden fines y medios, principios y procedimientos instrumentales, lo sustantivo de la Universidad con lo que es meramente adjetivo, o aun superfluo. De esta suerte, aunque arrecie el debate sobre el deber ser de la Universidad, hay cada vez menos claridad sobre los puntos esenciales.

Por estas razones nos permitimos presentar este documento, en el que se enumeran principios, valores y prácticas que nos parecen fundamentales para el adecuado y cabal cumplimiento de la misión universitaria. Creemos que él contiene un conjunto de requisitos mínimos que deben ser cumplidos en cualquier tiempo, bajo cualquier sistema de desarrollo o tipo de gobierno, y que obligan por igual a cualquier autoridad, si no se quiere poner en riesgo grave a la institución universitaria.

## TRES CONCEPTOS SOBRE UNIVERSIDAD

### A. Concepción de la Universidad

En la historia de Occidente, la Universidad ha sido y es una de las más altas expresiones de la cultura superior.

En esencia, la Universidad es una comunidad de maestros y discípulos, depositaria del conocimiento ya adquirido por el hombre y con la responsabilidad de contribuir a la generación de nuevo conocimiento. La Universidad reconoce en el conocimiento una dimensión fundamental para el hombre y la sociedad.

La Universidad se realiza como institución cuando sus profesores, en la práctica, viven y amplían su maestría en los dominios de la acción y de la reflexión de lo que enseñan.

La Universidad debe estar abierta y accesible a los más capacitados, y la sociedad debe procurar que esto se cumpla sin discriminaciones sociales ni económicas.

### B. Misión de la Universidad

Esta concepción de Universidad constituye el horizonte propio en el cual se insertan las obligaciones y derechos, tanto de ella como un todo, cuanto de cada uno de sus miembros.

Este horizonte configura para la Universidad dos tareas que concebimos como su misión esencial: la investigación y la docencia. Ambas se necesitan y enriquecen mutuamente. Una institución que carece de una de ellas no es propiamente una Universidad, aunque realice muchas otras actividades, por importantes que puedan ser o parecer.

### *Búsqueda de nuevo conocimiento*

Es misión universitaria fundamental generar nuevo conocimiento mediante la investigación, entendida ésta en su más amplio sentido. La Universidad no se puede limitar a la mera transmisión de un saber consagrado.

La tarea de la Universidad se funda en el supuesto de que el hombre y el mundo constituyen una unidad cuya realidad puede ser conocida. La aproximación a la verdad se realiza a través de las distintas disciplinas, las que en su desarrollo experimentan una creciente especialización. No obstante, el universitario debe estar siempre consciente de que toda ciencia particular forma parte del universo del conocimiento, y que toda formación profesional debe estar al servicio del hombre y de la sociedad.

### *Transmisión del conocimiento*

Es misión universitaria fundamental la transmisión del conocimiento. Como la docencia se realiza a través de la ciencia, ella está indisolublemente unida a la investigación.

La Universidad debe formar graduados y profesionales con inteligencia creadora, mentalidad crítica y sensibilidad social, que puedan cumplir con eficacia y eficiencia actividades en los variados campos de la organización social.

La Universidad debe crear un ambiente adecuadamente informado en torno a las nuevas ideas, de manera que no se produzca un divorcio entre ella y el medio exterior.

### C. Universidad y sociedad

*La Universidad desenvuelve su acción en una sociedad a la que se encuentra ligada por un conjunto de relaciones mutuas de las cuales emanan obligaciones recíprocas.*

La sociedad debe considerar a la Universidad como uno de sus elementos vitales, y mantenerla como un espacio social en el que se genera una forma de convivencia que sea capaz de

ampliar, en el cuerpo social, la conciencia de que las tareas productivas están al servicio de la comunidad y no al revés. Esto implica reconocer la importancia de una institución cuya vida ha de desenvolverse como un sistema abierto a la libre transferencia de conocimientos, y cuya misión es contribuir al desarrollo espiritual, cultural y material del país y de toda la humanidad.

Esta conciencia social se debe manifestar en el respeto al estilo de vida propio de la Universidad, en la promoción y cautela de las formas institucionales que mejor convengan a sus fines, y en el compromiso de la sociedad de proporcionar los recursos económicos necesarios para la vida de la Universidad.

Es oportuno recordar que el adecuado financiamiento exige sumas que son cada vez más ingentes, pero que si se elude la tarea de aportarlas, se sacrifica una parte importante del futuro de la nación. Por otra parte, no debe transformarse a la Universidad en una organización cuya ocupación fundamental sea prestar servicios y que su retribución le permita sobrevivir.

La Universidad, por su parte, debe mantenerse consciente de su obligación de contribuir a la solución de los problemas sociales. Esta participación es especialmente importante en los países en desarrollo, donde ella sigue siendo el principal centro de creatividad e innovación. Si bien la Universidad debe ser lo suficientemente impenetrable para resistir a las estridencias externas, y a las agitaciones que convulsionan la sociedad fuera de sus muros, tampoco es aceptable que permanezca impasible frente a los cambios que aportan los nuevos tiempos.

El mismo ejercicio del quehacer científico y humanista sirve para alertar al espíritu universitario y llevarlo a advertir en el horizonte social los cambios por venir, que están impulsados por el incremento del saber y la técnica, y a valorarlos oportunamente, mucho antes de que los problemas golpeen con su mayor urgencia. Sin perjudicar la esencia de su misión de búsqueda intelectual desinteresada, ni menoscabar su función elevadora del espíritu, ha de estar dispuesta a proponer orientaciones o soluciones a problemas específicos que contribuyan al bienestar del cuerpo social. La Universidad no está orientada sólo a la consideración del presente, sino, y muy especialmente, a la del futuro de la sociedad.

La Universidad es una institución históricamente condicionada y debe encarar tensiones,

desafíos y contradicciones que son propios del sitio y la época en que se desenvuelve su acción. Estas circunstancias deben ser lúcida-mente asumidas y discutidas no sólo en instancias formales sino, y sobre todo, en la diaria convivencia.

## **DIEZ PRINCIPIOS ETICOS DE ACCION UNIVERSITARIA**

Esta concepción de la naturaleza y misión de la Universidad proporciona el patrón fundamental para identificar un conjunto de principios que permiten sustentar y juzgar éticamente el quehacer universitario. Estos principios deben ser respetados tanto por la sociedad como por la propia comunidad universitaria.

A nuestro juicio tienen especial importancia los siguientes:

### *1. Excelencia académica*

*El quehacer de la Universidad debe desarrollarse en el mejor nivel alcanzable, porque cualquier forma de mediocridad la desnaturaliza.*

La calidad debe darse en todas las actividades universitarias, incluidas las de organización y administración. Ella exige preocuparse, principalmente, del nivel de los académicos y de las autoridades universitarias.

En consecuencia, han de establecerse procesos de selección, de evaluación del rendimiento y producción académica y de designación de autoridades que garanticen esta excelencia.

Hay que tener presente que los efectos de la acción universitaria tienen una inercia de muchas décadas, de manera que tanto lo que se hace bien como lo que se hace mal trae consecuencias duraderas.

### *2. Jerarquía*

*La Universidad se constituye como una comunidad en torno al saber y, en consecuencia, es una institución regida por una jerarquía intelectual: la jerarquía establecida por la obra de sus miembros.*

Esta obra merece un respeto irrestricto. Es con arreglo a ella que debe establecerse una carrera académica cuyos patrones de exigencia aseguren la estabilidad de la institución y el desarrollo individual.

Como toda comunidad, la Universidad necesita una estructura de autoridad. Dicha estructura debe concebirse al servicio de los fines propios de la Universidad. Es obligación de quienes ejercen la autoridad hacerlo de modo tal que no se pueda llegar a poner en duda la legitimidad de su mandato.

### 3. Libertad académica

*La libertad es inherente a la idea de Universidad. En la Universidad debe haber libertad para desarrollar y transmitir las ciencias y las artes, de acuerdo con los fines y las leyes que les son inmanentes.*

La Universidad centra su actividad en la búsqueda de la verdad; para conseguirlo revisa críticamente el conocimiento elaborado y avanza en el saber mediante la reformulación de hipótesis y conclusiones. Cualquier fijación arbitraria o ideológica de los objetivos y contenidos de las disciplinas atenta contra la esencia del quehacer científico.

Libertad para la ciencia implica también libertad para quien la cultiva; cada uno ha de respetar la libertad del otro. La Universidad debe garantizar la libre expresión y confrontación de las ideas.

### 4. Autonomía universitaria

*Las universidades deben gozar de autonomía para ser lo que ellas son y lo que deben ser, dentro del marco jurídico de referencia que define a cada una de ellas.*

*La autonomía universitaria implica, en lo académico, el derecho de la Universidad de definir sus fines y objetivos, de elaborar sus planes y programas, de garantizar el libre ejercicio de la investigación, de la docencia y de la extensión y de tener amplio acceso a las fuentes de información que exige el desarrollo del conocimiento. La autonomía implica, en lo administrativo, la potestad para darse su propia organización, redactar sus estatutos y reglamentos, establecer las formas de generar sus autoridades y disponer de sus recursos.*

Es necesario recordar que las formas de autonomía han cambiado en el curso de la historia. Así, por ejemplo, la sociedad medieval otorgaba a la Universidad una serie de privilegios, entre los cuales uno de los más importantes consistía en los derechos jurisdiccionales

que tenía sobre sus integrantes. En el Estado moderno, la Universidad está sometida a la ley común y a los órganos de justicia.

La autonomía es el corolario y la garantía de la libertad que debe reinar en la Universidad.

El Estado debe respetar y garantizar la autonomía universitaria.

### 5. Pluralismo

*El pluralismo académico consiste en aceptar, en la Universidad, la existencia y expresión de todas las manifestaciones y corrientes del pensamiento universal.*

Este principio se sustenta y legitima en la naturaleza misma de la Universidad y de su misión. En tanto comunidad, admite y necesita la diversidad de los seres en el mundo, que es uno de los supuestos de su existencia. Convergen y coexisten, en la Universidad, hombres y mujeres de la más variada procedencia y pensamiento para realizar, con el debido rigor metodológico, la tarea de buscar y transmitir la verdad.

Las verdades científicas, entendidas en su sentido más amplio, son siempre transitorias. La cuestión fundamental, en la Universidad, es la verdad comprendida racionalmente, no la verdad postulada ni la verdad impuesta. De ahí que la vida universitaria deba caracterizarse por su gran apertura de examen, de libertad y de crítica.

La vigencia del principio de pluralismo no se contraponen al hecho de que una Universidad, jurídicamente estructurada sobre una base doctrinal explícita, busque promoverla y fortalecerla.

### 6. Respeto

*La convivencia universitaria debe desenvolverse en el respeto a las personas, a las ideas y a los bienes.*

La naturaleza y la misión de la Universidad exigen respeto a las ideas: las ideas se apoyan y se combaten con ideas y no con actos de violencia física o moral. La naturaleza y misión de la Universidad exigen respeto a las personas: respeto a las autoridades universitarias; respeto a la dignidad, al conocimiento, a la experiencia y a los méritos del profesor; respeto a la dignidad y a las inquietudes del alumno; respeto a la dignidad y a la capacidad del funcionario.

La Universidad exige de una práctica activa de la tolerancia y del respeto. El quehacer universitario requiere que no sólo se acepte la existencia del contradictor, sino que se reconozca que se tiene necesidad de él.

El respeto que debe existir en la Universidad debe hacerse extensivo a los bienes materiales. Las acciones que destruyen el patrimonio de la Universidad son tan antiuniversitarias como la interrupción violenta del diálogo o la paralización arbitraria del trabajo académico.

#### 7. Racionalidad y diálogo

*La Universidad descansa en la idea de que el hombre es, por naturaleza, un ser racional. Tanto el quehacer en la Universidad como las relaciones entre sus integrantes deben regirse por principios de racionalidad.*

La Universidad es una institución crítica que, para generar nuevos conocimientos, pone permanentemente en tela de juicio el objeto de estudio de cada disciplina. Ella examina la realidad con criterios y métodos científicos y desarrolla entre sus miembros la capacidad de discernir racionalmente.

El diálogo excluye de la vida universitaria toda forma de violentismo, sectarismo partidista o imposición arbitraria, como corresponde a una institución formada por seres pensantes que basan su vida y su quehacer en el respeto a la dignidad del prójimo y en la comunicación por medio del diálogo racional.

#### 8. Participación

*Se funda en el hecho de que la vida de la Universidad concierne a todos sus miembros. Por lo mismo, éstos deben contribuir a desarrollarla en la medida de sus capacidades, preparación intelectual y posición en la jerarquía universitaria.*

Uno de los requisitos para que una persona satisfaga su necesidad de pertenencia, esto es, sentirse parte e identificarse con el grupo, es que participe lo más plenamente posible en éste. Asimismo, para el logro de los objetivos grupales, es necesaria la contribución participativa de sus miembros. De este modo, la participación se manifiesta en dos formas: como necesidad individual y como necesidad colectiva.

La participación en la toma de decisiones en la Universidad debe ser cuidadosamente regulada de modo que pesen suficientemente la capacidad y el mérito de las personas.

Para que exista la más amplia participación de todos quienes integran la comunidad universitaria deben garantizarse canales de expresión adecuados. Esto implica que las personas deben ser informadas y consultadas respecto de aquellas materias que las afectan directa y significativamente. Sólo en esta forma puede existir y crecer una verdadera comunidad. En este sentido es necesario crear y fortalecer instancias orgánicas, principalmente colegiadas, así como los mecanismos que generen e incentiven una participación más creativa, plena y madura.

#### 9. Responsabilidad

*La participación constituye no solamente un derecho, sino también un deber. Consecuentemente, sólo es posible con el ejercicio de la responsabilidad, del compromiso y de la dedicación generosa por parte de cada miembro de la comunidad universitaria.*

El estudiante admitido en la Universidad contrae la responsabilidad, ante la comunidad universitaria y nacional, de educarse esmeradamente para responder, a través de sus estudios y de toda su vida profesional, a la confianza puesta a él.

El profesor incorporado a la Universidad asume la responsabilidad, ante la comunidad científica, universitaria y nacional, de desarrollar sus capacidades al máximo, sirviendo a su institución en permanente superación y animado siempre del propósito de lograr la excelencia académica.

#### 10. Acceso de los más capaces

*La excelencia estudiantil se logra con una selección rigurosa, objetiva y justa de las personas intelectualmente más capaces y con una evaluación permanente de su desempeño, tanto ético como intelectual. Esta selección debe hacerse sin discriminaciones arbitrarias.*

La Universidad, para poder cumplir con su misión cultural, debe admitir a los que lo merecen, por su aptitud y capacidad intelectuales, evitando toda forma de masificación.

Todos los estudiantes, una vez admitidos en la Universidad, deben tener las mismas

oportunidades, obligaciones y responsabilidades.

Es justo que todo estudiante que esté en condiciones de hacerlo, pague sus estudios. Para financiar los estudios de los que carecen

de los medios necesarios, y evitar discriminaciones socioeconómicas, deben considerarse sistemas de créditos y de becas.

Santiago, 1988

# La enseñanza del latín en Medicina\*

**Dr. Benedicto Chuaqui J.**

*Estudios médicos y título de Médico-Cirujano en la Universidad de Chile (1960). Estudios de postgrado en la Universidad de Heidelberg, becado por la Fundación A. von Humboldt. Actual Profesor Titular de Patología General y Anatomía Patológica de la P.U.C.H. Miembro Correspondiente de la Academia de Ciencias de Heidelberg y Miembro de Número de la Academia de Medicina del Instituto de Chile.*



Agradezco la distinción de poder participar en los festejos de este aniversario y de hacerlo como miembro del Club Humboldt de Chile. Personalmente veo en esta participación una forma de mostrar mi gratitud al ámbito médico de Valparaíso y a la Fundación Alexander von Humboldt, que han sido de particular significación en mi carrera.

Esos tres años que a poco de recibirme trabajé en Valparaíso bajo la guía del doctor Luis Silva Risopatrón en el Servicio de Anatomía Patológica del Hospital Deformes, fueron decisivos en mi formación, decisivos, tanto por el sello que marcaron las enseñanzas de mi primer maestro de anatomía patológica, el doctor Silva, como por la definición de mis intereses, que se produjo, entonces, por un campo especial de la patología. También me abrió sus puertas la Facultad de Ciencias de ese entonces, en particular el Departamento de Patología General, dirigido por el doctor Bruno

\* Con motivo del XXV aniversario de la Facultad de Medicina de la Universidad de Valparaíso, 22 de junio de 1991.

Günther. Pero, además, pude seguir cultivando mi afición por el latín; en la Universidad Católica de Valparaíso encontré no sólo un notable humanista, Pier Giorgio Tagliolato, sino también una persona que se convertiría, aunque después a gran distancia, en uno de mis grandes amigos. Debo, pues, a esa época grandes adquisiciones, hechas en medio de un intenso trabajo apoyado en ideas y entusiasmo.

Muy grata coincidencia la de hablar ahora, después de treinta años, aquí en Valparaíso, sobre el latín y Medicina.

Y el tema de esta exposición es la enseñanza del latín en Medicina.

Ya este enunciado deja ver un estado de cosas atinente a un país del Nuevo Mundo, en particular deja ver un asunto de nuestro país, en que la enseñanza del latín en los liceos se suprimió hace más de un siglo, problema que ha tratado aquí, en Valparaíso, Adolfo Etchegaray (4).

Ahora planteo suplir ese vacío, ofreciendo la posibilidad de aprender algo de esa lengua durante los estudios médicos. Si la razón fuera la de que el latín pertenece al saber de todo hombre culto de Occidente, con el mismo derecho habría que propiciar la enseñanza supletoria de otras materias, como el cálculo infinitesimal y la teoría de la relatividad, que, sin duda, forman parte de ese sistema de conocimientos a la altura de los tiempos que Ortega llama cultura. Y, por otra parte, habría que fundamentar un concepto de cultura, según el cual casi todos los universitarios de América serían incultos. No estoy en condiciones de adoptar este punto de vista. También dejo de lado por qué nuestra enseñanza preuniversitaria tiene metas tan modestas en comparación con lo que, de hecho, aprenden los liceanos de muchos países de Europa. Yo pretendo mostrar sencillamente que el latín sigue siendo importante en los estudios médicos y que ello justifica ofrecer a los alumnos a lo menos algunos cursos optativos.

Pero creo conveniente comenzar por preguntarse por qué se estudia una lengua, en particular una extranjera. Me parece que el conocimiento de un idioma puede constituir en sí la meta del estudio. Así, esa meta puede estar dada simplemente por el gozo de saber esa lengua, se diría, el idioma tomado como obra de arte. Y la obra de arte, según Nietzsche, tiene por contenido la forma (12). Esto puede ser una razón. Pero como suele suceder con una lengua extranjera, su estudio puede tener metas que están más allá del conocimiento

mismo de esa lengua; el idioma, se diría, tomado como instrumento o medio para alcanzar otros fines. Es claro que estos objetivos no son excluyentes.

La cuestión de la enseñanza del latín se ha enfocado, con buenas razones, principalmente desde este segundo punto de vista, que por supuesto se presta mejor para dar argumentos en favor de su importancia objetiva, de la utilidad mediata de su conocimiento, por ejemplo, como medio para conocer mejor el español. Así lo ha hecho el propio Unamuno (13).

Puesto que es muy difícil, y para mí imposible, fundamentar un juicio sobre el valor estético de las formas de expresión de una lengua, y ya que Marouzeau (11), el gran latinista francés, concluye que eso equivale a emitir juicios de valor sobre una obra de arte, voy a describir brevemente algunos rasgos y medios estilísticos del latín que parecen ser substratos del aspecto estético.

Con Lenz (7) puede concebirse la estilística como las variadas formas de expresión de una lengua que dejan invariable el aspecto puramente racional. Esas formas sirven, pues, para expresar otras cosas: realce, ritmo, rima, suspenso, emoción, etc. ¿Y qué tiene de especial el latín al respecto? Comparado con los idiomas que derivaron de él y con otras lenguas modernas, el latín tiene una gran riqueza de formas gramaticales, es un idioma sintético, necesita menos palabras que otros para expresar una misma idea, por ejemplo: *I will be at home*, cinco palabras, equivalen en latín a *domi ero*, dos palabras. A esa riqueza de formas gramaticales se debe que el orden de las palabras en el discurso sea altamente libre. Así, la rica declinación latina del nombre, al poder indicar por sí sola la función sintáctica del sustantivo y adjetivo, hace que se prescindiera con frecuencia de preposiciones, y, por otra parte, permite ordenarlos casi a entera libertad sin que con ello se pierda precisión. El extremo opuesto es el inglés, en que el sustantivo y atributo tienen un orden fijo y son inseparables. En español, en tanto, junto a la forma más corriente de decir, por ejemplo: *los estudios actuales de latín*, también es posible esta otra: *los estudios de latín actuales*.

El latín carece formalmente de artículo. Esto contribuye a que impresione como una lengua hecha de bloques de palabras, cortante y seca, sobre todo si se la compara con su similar, el griego clásico, que en parte por tener artículo, en parte por su riqueza vocálica, aparece como una lengua fluida y sonora. Ciertamente, esa concisión

sión, cultivada al extremo por los autores de la Epoca de Plata de las letras latinas, es inherente al latín y en ella consiste buena parte de su elegancia.

Volvamos a lo de la estilística latina para considerar el certero juicio de Marouzeau (9, 10) de que el orden de las palabras en latín es libre, pero no indiferente. Esta idea, a saber, de que el orden de las palabras en latín es libre, pero no indiferente, basta para imaginarse la riqueza de formas estilísticas de este idioma, formas que los autores clásicos cultivaron con fina sensibilidad. Veamos un ejemplo de la prosa clásica:

*Serpit enim nescio quo modo per omnium vitas amicitia nec ullam aetatis degendae rationem partitur esse expertem sui. Quin etiam si quis asperitate ea est et inmanitate naturae, congressus ut hominum fugiat atque oderit, qualem fuisse Athenis Timonem nescio quem accepimus, tamen is pati non possit, ut non anquirat aliquem apud quem emovat virus acerbitate suae.* (Cic. Amic. 23, 87).

Serpentea, pues, la amistad no sé de qué modo por las vidas de todos y no consiente que ninguna manera con que haya que vivirse una edad esté privada de ella. Y aun si alguien tiene una aspereza e inhumanidad de la naturaleza tales que rehúye y odia los encuentros con los hombres, cual fue en Atenas, como hemos oído decir, no sé qué Timón, así y todo él no podría soportar no buscar a alguien junto al cual remueva el virus de su dureza.

La primera oración comienza con el verbo y termina con el sujeto, con lo que se recalcan ambos. Así, además, el verbo anuncia y deja en suspenso la explicación que sigue, y al mismo tiempo el sujeto queda próximo a la oración siguiente, que tiene el mismo sujeto, pero Tácito. Con esa posición el sujeto queda destacado en la primera frase y también en la segunda, donde ahora está semitácito. El verbo de la segunda oración se halla al medio, de forma que aparecen destacados la parte que lo precede, el verbo mismo y la última palabra de la parte final: un pronombre referente al sujeto principal, *amicitia*. En la oración que sigue, el demostrativo *ea* se halla realizado por la posposición, con lo que se produce un lazo más estrecho con la frase que sigue y al mismo tiempo ese demostrativo se proyecta en el

substantivo siguiente. Luego aparece un recurso notable: de la oración subordinada se ha sacado una palabra, *congressus*, que, para destacarla, se la ha antepuesto a la propia conjunción. La frase que sigue tiene una estructura imposible de mantener en español. En la traducción que hemos dado, no se nota nada extraño porque se ha usado el subterfugio de traducir *accepimus* en una frase aparte, pero en verdad ese verbo rige toda la oración relativa, algo así como: *cual hemos oído decir haber sido en Atenas Timón no sé cuál*. Sigue una oración con orden habitual y finalmente hay dos oraciones subordinadas con el verbo destacado en posición media.

En este ejemplo también se nota la tendencia del latín clásico a hacer períodos con oraciones subordinadas que nos parecen largos y que en idiomas modernos se resuelven en una serie de oraciones principales simples. Dice Lenz (8) que esa tendencia es propia del lenguaje altamente evolucionado, en el que, pienso, se trata de jerarquizar las distintas relaciones de las ideas dentro de un todo.

Veamos ahora un ejemplo tomado de Tácito, un autor de la Epoca de Plata característico por su concisión. En este pasaje nos describe la vestimenta de los germanos:

*Tegumen omnibus sagum fibula aut, si desit, spina consertum. Cetera intecti totos dies iuxta focum atque ignem agunt. Lo cupletissimi veste distinguuntur, non fluitante, sicut Sarmatae ac Parthi, sed stricta et singulos artus exprimente.* (Tac. Ger. 17, 1).

Como vestuario todos tienen un capote sujeto con una hebilla o, si falta, con una espina. De las restantes partes descubiertos, pasan días enteros junto a la hoguera y al fuego. Los más ricos se distinguen por un vestido no suelto, como los sármatas y partos, sino ceñido y moldeando sendas extremidades.

En la primera frase falta el verbo, lo que la hace más compacta. A ello contribuye el frecuente uso de participios, de los que en estas pocas líneas se cuentan cinco; formas personales del verbo hay sólo tres. Aquí aparece el substantivo *veste* calificado por tres atributos: *fluitante*, *stricta* y *exprimente*, pero no van seguidos: primero, el verbo parece cerrar la frase tras el sustantivo, que después va calificándose paso a paso. Doce palabras separan el sustantivo de su último atributo, con que termina el pasa-

je. Ese atributo es un participio presente, una palabra que es a la vez adjetivo y verbo. El estilo de Tácito es particularmente seco, casi siempre las frases terminan con un verbo o, como se ve en este trozo en la primera y última oraciones, con un participio.

Hasta aquí el aspecto estilístico. Paso ahora a ese segundo punto de vista, a la utilidad mediata del latín. Cito primero algunas palabras de Wilhelm von Humboldt (5):

Si consideramos ahora la reacción de la lengua sobre el espíritu, la verdadera forma gramatical, incluso cuando no dirigimos voluntariamente la atención sobre ella, produce y deja la impresión de una forma, y de este modo favorece el desarrollo del pensamiento abstracto.

Hasta aquí las palabras de Humboldt, probablemente válidas cuando se comparan lenguajes de muy distinto grado de evolución.

Nuestro filólogo Antonio Arbea (2) se pregunta con razón si es verdad la creencia, basada en ideas similares a las de Wilhelm von Humboldt, de que el latín, con su riqueza de formas gramaticales, hace pensar mejor. Planteada la cuestión de este modo, parece no ser así. El latín, como las matemáticas, atrae a los que ya tienen un talento para estas cosas. Un señor de ascendencia inglesa, y amante del tenis, me citó un día un dicho de su país de origen: "Si quiere ser caballero no juegue tenis, porque el tenis no hace caballeros, es para caballeros". Así y todo, estoy convencido de que el estudio del latín, aun en los que no tienen mayor talento, despierta y desarrolla en algún grado la sensibilidad lingüística, sensibilidad que los medios de difusión actuales adormecen día a día, degradando nuestra lengua. Así, por ejemplo, la incapacidad para sentir prefijos ha abierto paso a expresiones como "antecedentes anteriores", "preparación previa", "protagonistas principales" y otras por el estilo. Y un cierto grado de sensibilidad lingüística sí es necesario en la gente de un país dedicada al saber y a la cultura y que se supone que es la encargada de enriquecer nuestro idioma. Después de estos años en que he estado enseñando latín a estudiantes de Medicina puedo dar fe de la sorpresa y gozo de los alumnos ante lo que son las palabras, estos objetos tan delicados y trascendentes. Unamuno, en el ensayo "La enseñanza del latín en España" (13), dice primero:

No conoce ni su propia lengua quien sólo ella conoce. El hombre no reflexiona en lo propio sino al ponerlo en parangón con lo ajeno.

Hasta aquí Unamuno. Pero el latín es y no, ajeno al español. El que aquél sea su lengua de origen constituye para Unamuno la razón principal para estudiarlo y así dominar y enriquecer nuestra lengua. En este mismo sentido Lenz (7) cita a Tobler, un profesor alemán, que a fines del siglo pasado advertía que una nación neolatina que abandonara el estudio del latín, no merecía mejor suerte que la de llegar a ser presa de una cultura extranjera. Sin este conocimiento, nuestro idioma está indefenso para afrontar su ineludible renovación sin alterar su linaje.

Pero lo dicho hasta aquí no constituye una razón para propiciar la enseñanza del latín específicamente en Medicina. Creo ver este motivo en la justa aspiración de que el médico, en alguna medida, tenga también el espíritu de un humanista. Y para iniciar este tema, conozcamos lo que dijo Celso al respecto, el Cicerón de los médicos, el enciclopedista romano que vivió poco antes que Tácito:

*Verumque est ad ipsam curandi rationem nihil plus conferre quam experientiam. Quamquam igitur multa sint ad ipsas artes proprie non pertinentia, tamen eas adiuvant excitando artificis ingenium: itaque ista quoque naturae rerum contemplatio, quamvis non faciat medicum, aptiorem tamen medicinae reddit perfectumque.* (Celsus, *Med. Pro.* 47).

Y es verdad que nada aporta más al método mismo de curar que la práctica. Pues bien, aunque haya muchas cosas que no pertenecen propiamente al arte mismo, sin embargo, lo ayudan estimulando el ingenio del artífice. Y así, también, la contemplación de la naturaleza de las cosas, aunque no forme al médico, sin embargo, lo hace más apto para la Medicina y completo.

El tema, pues, es éste: el latín en su relación con la Medicina y el Humanismo. En lo que sigue me basaré en Antonio Arbea (1, 2), que ha tratado el tema del latín y el Humanismo en su honda proyección.

Este filólogo chileno, en su trabajo "Lenguas clásicas y formación humanística" (2), hace ver que somos antes de cultura y que como tales, con mayor o menor conciencia, depende-

mos del pasado, que late en nosotros principalmente en el idioma. Explica el papel de las lenguas clásicas en el conocimiento de ese pasado y nos dice que el latín es la llave que abre las puertas de nuestra historia.

En otro de sus trabajos, "Humanismo y Filología" (1), nos recuerda primero que el Humanismo en sentido estricto, el Humanismo con mayúscula, como dice Arbea, es ese movimiento espiritual surgido en el siglo XV en Italia, desde donde se extendió a Europa, en el cual se redescubrió el valor del hombre, reconquistando la Antigüedad Clásica. Esa reconquista se hizo fundamentalmente a través del trabajo filológico recuperador de las grandes obras del pasado. De ahí que Arbea diga con razón que la filología es el método del Humanismo.

Como expresión de esa actitud espiritual voy a mostrar dos grabados muy elocuentes. Aquí vemos una disección de un cuerpo humano hecha con el espíritu de la Edad Media: impera la doctrina que rige desde la cátedra del maestro, la disección misma la realiza un práctico sin mayor trascendencia. Las discordancias entre el texto y los hechos de observación se resolvían en favor del texto, porque la doctrina imperante se consideraba verdad inamovible y la disección misma sólo interesaba en cuanto confirmara esa doctrina. Y asimismo sucedía en otras ramas del saber. Ahora vemos el espíritu del Renacimiento encarnado en Vesalio: la disección es hecha por Vesalio, no hay una doctrina que impere por sí misma, el texto lo escribirá él basado en sus observaciones.

Pero el aporte, a juicio más trascendente de Arbea en el último trabajo referido, deriva de la pregunta de si esa época tiene algún valor paradigmático y, si es así, en qué respectos. Pienso que sí lo tiene, desde luego, en cuanto a la aspiración del desarrollo del hombre en plenitud. Pero como dice nuestro filólogo, el valor ejemplar de esa actitud del espíritu está tanto en el remontarse a las fuentes mismas de nuestro quehacer como en el rigor del método con que se indagan. Y con estos rasgos puede delimitarse el humanismo en sentido amplio, el humanismo con minúscula, como dice Arbea, esto es, indagar las fuentes y hacerlo con rigor.

¿Pero habrá tales fuentes que requieran ser investigadas así en Medicina? Sin duda que sí. Desde luego, un grupo de ellas constituye el objeto de estudio de la historia de la Medicina, rama del saber que con razón ha estado en primer plano en la Academia de Medicina y

cuyo estudio hoy propician varias de nuestras Facultades en el país. Yo carezco de talento de historiador; sin embargo, me he dado cuenta de que, cada vez que he creído saber un tema, conocía también su historia, que había aprendido sin habérmelo propuesto. Se pisa en tierra más firme si se avanza de cara al pasado. Pero veamos qué dice al respecto una autoridad en la materia, Pedro Laín Entralgo (6), que escribe lo siguiente acerca de la importancia del estudio de la historia de la Medicina:

"Dignidad, claridad, libertad y opción personal: tal es el balance de la 'utilidad' de la historia de la Medicina, cuando sería y decorosamente se la estudia. El recuerdo, dijo certera y donosamente Ortega y Gasset, es la carretilla que el hombre toma para saltar hacia adelante en la ejecución de sus proyectos. El hombre recuerda el pasado para lanzarse hacia el futuro. Ampliando al orden de la vida colectiva la validez indudable de esta sentencia, bien puede decirse que la historia —el saber histórico— es un recuerdo al servicio de una esperanza. Cuanto más profunda y articulada, cuanto menos gratuita y ligera sea la esperanza, tanto más hondo y pormenorizado habrá de ser el conocimiento del pasado. El hecho de ser médico no constituye una excepción a esta regla áurea de la existencia de los hombres en el tiempo."

Hasta aquí esta cita. Pero Laín Entralgo hace además una observación interesante sobre la importancia, digamos material, que puede tener la indagación histórica; dice:

"Suponiendo que entonces hubiese sido posible la exploración de los manuscritos árabes de El Cairo durante el siglo XV —entre ellos estaba el de Ibn-an-Nafis, que contiene la primera descripción de la circulación menor—, habría permitido adelantarse en cien años, sólo por la vía de la investigación histórica, al descubrimiento que, por el camino de la observación anatómica, hizo más tarde Miguel Servet."

Hasta aquí Laín Entralgo. Cabría pensar, no obstante, que ese estudio de la historia de la Medicina pudiera prescindir del latín, puesto que Unamuno (14) nos dice que de obras de la Antigüedad Clásica hay muy buenas traducciones y también en español. Y aquí tocamos un asunto lingüístico: el de la traducción. El

propio Unamuno afirma que, en rigor, una lengua es intraducible. De una u otra forma, lingüistas y filósofos han destacado que una lengua ordena el mundo de un cierto modo y obliga a ese pueblo a pensar, a sentir e incluso a percibir las cosas según ese cierto orden (12). Es verdad, por ejemplo, que la frase ¿Cómo está usted? puede traducirse sin problemas, así:

*Quemadmodum te habes?*  
*Wie geht es Ihnen?*  
*Comment allez vous?*  
*How do you do?*

Pero a través de ninguna de estas traducciones ni siquiera se llega a sospechar la existencia de nuestro verbo estar. De otra parte, en ellas se ve cuán distinto puede ser el aspecto psicológico que encierran estas expresiones: en latín aparece una forma verbal reflexiva; en alemán, una impersonal, que corresponde bien a nuestro ¿Cómo le va a usted?; en francés se emplea un verbo intransitivo; en inglés, otro verbo usado intransitivamente.

Tomo otro ejemplo. Los adjetivos que en griego y latín designan colores, han sido objeto particular de estudio de los filólogos. Quienquiera que traduzca *purpureus* simplemente por *púrpura*, se sorprenderá al leer en Horacio esta palabra referida al color del cisne (Hor. *Od.* 4: 1, 10: *purpureis... oloribus*). Con ella se denotaba particularmente el brillo unido a ciertos colores. De las primeras clases de lógica simbólica que tuve con el doctor Carlos Grandjot recuerdo la siguiente anécdota: un padre enseñaba a su hijo a reconocer los colores; en las pruebas que hizo para saber si el niño había comprendido, todo anduvo bien hasta que le pidió que mostrara un objeto azul: el niño, para sorpresa del papá, indicó el marco plateado de un retrato. Como ejemplo de un objeto azul, el papá había usado un lápiz, de color azul, pero brillante. Este hecho muestra que no es poco natural el que el brillo de las cosas sea lo más llamativo. Hay también otros elementos de percepción que se esconden en estos adjetivos griegos y latinos, pero que no agregan nada sustancial a lo que quiero decir.

Ese cierto orden que impone una lengua se manifiesta, como hemos visto, tanto en el significado de palabras aisladas como en la estructura de formas de expresión. Y ahora podemos pasar, basándonos en otro trabajo de Arbea (3), a la postura de Ortega y Gasset frente a las traducciones. Lo que se ha consi-

derado una traducción ideal se mueve entre dos extremos, representados por Unamuno y Ortega, respectivamente. Según Unamuno, se trata de recrear la obra en el idioma al que se vierte; para Ortega, en cambio, se trata de llevar, si es necesario al extremo de lo inteligible, las posibilidades de la lengua a la que se traduce para que en ella se reflejen los modos propios de la lengua del original. Ya vimos al comienzo, con el pasaje de Cicerón, cómo podía sonar una traducción según el principio de Ortega; sonaba así:

cual hemos oído decir haber sido en Atenas  
Timón no sé cuál  
*qualem fuisse Athenis Timonem nescio quem  
accepimus.*

Pero aún esta versión fracasa al traducir *fuisse*, que aquí no significa propiamente *haber sido*, sino que representa un infinitivo que no existe en español: el infinitivo de *fue*, no de *ha sido*. Veamos otro ejemplo en que, ni aun forzando al extremo en español, resulta inteligible la forma latina:

*Id solum bonum est quo qui potitur necesse  
est beatus sit.* (Cic. *Fin.* 5, 83)

Sólo eso es bueno de lo que quien haga uso es necesario que sea feliz = Aquello que necesariamente hace feliz a quienquiera que lo use, sólo eso es bueno.

Como se ve, es imposible conservar en la traducción esta estructura sintáctica. Esto se debe a que el primer pronombre relativo en latín es parte de dos oraciones, pero con funciones sintácticas diferentes.

Así, he querido mostrar cuán diferente puede ser leer un original a una buena traducción, y esto suponiendo que siempre habrá una buena traducción de lo que nos interese, sea a la manera de Unamuno o de Ortega. Menos todavía debieran usarse traducciones para fines superiores de estudio, como en el caso de los historiadores de la Medicina, que, por lo demás, según creo, también se ven en la tarea de adentrarse por primera vez en obras de la Antigüedad Clásica.

Me parece, por lo tanto, que en nuestras condiciones se justifica a lo menos ofrecer la posibilidad de iniciarse en el latín, aunque sean sólo unos pocos los que hagan uso de ella. Naturalmente, hay que moderar las pretensiones. Toma años y esfuerzo llegar a saborear el latín. Pero para esto, como para todas las

grandes adquisiciones, valen las palabras de Horacio:

*Nil sine magno vita labore dedit mortalibus.*  
(Hor. Sat. 1: 9, 59)  
Nada dio la vida a los mortales sin gran trabajo.

## REFERENCIAS

1. ARBEA, A. (1983) Humanismo y filología. Rev. Univ. 9: 47-55.
2. ARBEA, A. (1988) Lenguas clásicas y formación humanística. LIMES 1: 130-139.
3. ARBEA, A. Ortega y la filología clásica. Edic. Univ. Cat. Chile.
4. ETCHEGARAY, A. Filología clásica. Literaturas y docencia. Edic. Univ. Cat. Valpo.
5. HUMBOLDT VON, W. Sobre el origen de las formas gramaticales y sobre su influencia en el desarrollo de las ideas. Ed. Anagrama, Barcelona.
6. LAIN ENTRALGO, P. (1966-67) Una página acerca de la importancia del estudio de la historia de la Medicina. Asclepio 18-19: 357-364.
7. LENZ, R. (1912) ¿Para qué estudiamos gramática? Ed. Cervantes, Santiago.
8. LENZ, R. (1944) La oración y sus partes. Nascimento, Santiago.
9. MAROUZEAU, J. (1949) L'ordre des mots dans la phrase latine. Tome III. Belles Lettres, Paris.
10. MAROUZEAU, J. (1953) L'ordre des mots en latin. Vol. complémentaire. Belles Lettres, Paris.
11. MAROUZEAU, J. (1970) Traité de stylistique latine. Belles Lettres, Paris.
12. REINERS, L. (1967) Stilkunst. Ein Lehrbuch deutscher Prosa. CH Beck, München.
13. UNAMUNO, M. La enseñanza del latín en España. Ensayos, Aguilar, Madrid, Tomo I, pág. 141.
14. UNAMUNO, M. La cuestión del latín. Obras completas. Vergara S.A., Barcelona, Tomo VI, pág. 742.

# El embrión, lo humano y lo humanizado

(Publicado en Artes y Letras de "El Mercurio", 22 de septiembre 1991)

**Dr. Armando Roa R.**

*Estudios médicos y título de Médico-Cirujano en la U. de Chile (1939). Profesor Titular de Psiquiatría de las Facultades de Medicina de la U. de Chile y de la P.U.C.H. Director del Centro de Estudios Bioéticos y Humanísticos de la Facultad de Medicina de la U. de Chile. Autor de numerosas publicaciones sobre temas humanísticos, filosóficos, históricos y psiquiátricos. Miembro de Número y Presidente de la Academia de Medicina del Instituto de Chile.*



A lo largo de la historia, y casi hasta los albores del siglo XX, se suponía inenfermable al hombre. Cada una de sus enfermedades provendría de causas extrínsecas al individuo en sí, como lo serían los traumatismos, las heridas, las infecciones, el medio ecológico, las predisposiciones genéticas venidas, como se comprende, de los antepasados, etc. Los trastornos de la mente se atribuían a alteraciones biológicas y éstas, a su vez, a algunos de los factores antes señalados. Como ha dicho el médico inglés Michael Balint, mientras en el resto de los conocimientos pre-

dominaba una mentalidad científica avanzada, en esto del enfermar seguía imperando una mentalidad mágica, en el sentido de que ello no podía deberse sino a influjos maléficos venidos desde el mundo exterior, llámense como en los viejos tiempos: hechicería o demonismo, o llámese como en los nuevos: bacterias, virus, desórdenes genéticos. Sólo desde fines del siglo XIX, y más bien desde el comienzo del presente siglo, se ha pensado con rigor crítico que lo que torna vulnerable al hombre a cualquiera de aquellas causas, es antes que todo el estado ebullente, a veces tormentoso, de su

mundo íntimo subjetivo, donde las esperanzas, los temores, las incertidumbres sumen o en la felicidad o en la angustia. Se sabe, además, del comando ejercido sobre todo esto, por la imaginación que tiende hacia la extremosidad al pintar la dicha o la desdicha, y se sabe por otra parte del no fácil control que debe ejercer constantemente la razón sobre ella. Conocemos hoy el intenso influjo de dicho dinamismo subjetivo sobre la bioquímica cerebral y la fragilidad, como también el vigor, que introducen en el estado de salud del hombre entero. El correcto funcionamiento del ámbito subjetivo, oculto en lo íntimo de cada hombre y que constituye casi un nuevo órgano, paralelo a los otros, es entonces importante para el funcionamiento correcto de todos, así como el buen funcionamiento del hígado o del corazón influyen en el resto del cuerpo. Pero el desempeño expedito de la subjetividad va a depender también del grado de acogida, apoyo y afecto recibido de los demás hombres, y debido a eso, por ejemplo, desde el descubrimiento de la subjetividad como parte integrante fundamental del hombre, la relación entre el médico y el paciente se ha constituido en uno de los objetivos fundamentales de la investigación, pues se trata del encuentro de dos subjetividades, una sana y otra enferma, y la restitución de ésta a la salud desde la subjetividad sana, se supone céntrica para la recuperación de la salud total.

El otro descubrimiento importante del siglo es haber visto que el hombre es un ser biológicamente inacabado, nace con todas las pulsiones de los animales, a comer, a beber, a defenderse de las agresiones, a atacar en caso necesario, a reproducirse como especie, y sin embargo, carece de las pautas de conductas, preestablecidas propias de los animales; así las pulsiones dejan de ser instintos para convertirse en apetencias cuyo modo de satisfacerlas debe aprender cada individuo al nacer y en cierto modo a lo largo de toda su vida a través de la enseñanza y la experiencia. Esto, junto a la antes mencionada subjetividad, hace dura y en consecuencia vulnerable su salud desde la partida, pues introduce en esa subjetividad un fuerte ingrediente de desamparo y una difícil tarea de educarse en el manejo de la existencia. Al no traer pautas innatas de convivencia con su especie y con las otras, lo ahoga la soledad. Como afortunadamente viene provisto de lenguaje puede comunicarse y conquistar la amistad de otros; además, sus necesidades de alimento, abrigo, casa, pareja, sobrepasan sus

fuerzas para satisfacerlas por sí mismo, y le llevan a crear normas de conducta que le permitan vivir de manera confiada, agradable y provechosa con sus semejantes. Tales normas, sustitutivas de las pautas innatas propias de los instintos, constituyen la llamada ética. Entre ellas destacan el respeto absoluto a la vida humana, a la verdad, a la solidaridad, a las reglas que rigen la vida sexual, a la responsabilidad en el cuidado de los hijos. Sin tales normas no podría sobrevivir; debe crearlas y es libre para configurarlas y adecuarlas a las circunstancias sin que pierdan un ápice de su rigor íntimo. En cuanto tales normas propenden a abrirle camino para su continuo desarrollo, se les llama buenas, entendiendo por bien todo lo acrecentador de la existencia; su cumplimiento artero o su no cumplimiento es el reino de lo adverso, de lo malo, o simplemente del mal.

La vigencia de las normas tiene presencia suma dentro de la subjetividad constituyendo su núcleo último, su conciencia moral, piso de supervivencia sobre la cual asientan las otras formas de conciencia. El no cumplimiento de sus normas, lo que la libertad de que goza el hombre se lo permite bajo los más diversos pretextos, trae el sentimiento de culpa y con frecuencia al arrepentimiento. Todo actuar deja sentimiento íntimo de agrado si cumple estos tres requisitos: hacer lo que se debe, lo que se puede y lo que se quiere. Si ellos no se conjugan ni hay intención de que ocurra, disfrazándose esa intención negativa de razones artificiosas, se produce lo llamado inautenticidad, con la consiguiente desazón de la intimidad subjetiva de que hablamos antes, y ello, a juicio de ese notable clínico, que fue Viktor von Weizsaecker, se constituiría por caída de la reciedumbre corpórea debido justo a esa inautenticidad, en el origen de variadas enfermedades, desde el resfrío común hasta el cáncer.

Así, el siglo que termina ha afirmado por primera vez en los dos mil cuatrocientos años que vienen desde Hipócrates, que la más profunda posibilidad humana de enfermar yace en las dos virtudes más notables que lo separan de los animales: la subjetividad reflexiva y la eticidad. Los animales tendrían en cambio enfermedades degenerativas, hereditarias, traumáticas o parasitarias, en todo caso sólo de origen externo, pero no habría en ellos la multitud inacabable de las llamadas enfermedades psicosomáticas: hipertensión arterial, asma bronquial, úlcera gástrica, colon irritable, ja-

quecas, afecciones de la piel de origen emocional, etc.

Ahora la subjetividad tiene trascendencia, porque allí dentro es donde el hombre piensa en su destino perecedero, en las esperanzas y desesperanzas, en el ordenamiento de la vida para cumplir con sus proyectos antes de que lo alcance la muerte, en la responsabilidad para con los otros, en sus culpas y pecados, en el grado de estimación que siente por los demás, y recibe de ellos, es ahí donde experimenta el dolor por la enfermedad, la invalidez o la desaparición de los seres queridos. En suma, en ese fondo está constantemente viviendo y decidiendo su existencia, apoyándose para ello en los sentimientos y en la razón que le permiten conocer la realidad, y en la voluntad libre para aceptarla o transformarla.

Ahora bien, a este ser dotado de individualidad, mundo íntimo, conciencia de su propia existencia, inteligencia y libertad para regirse autónomamente frente a sí y a los demás, lo llamamos persona humana, sujeto fundamental de todos los derechos, empezando por el derecho a la vida digna. Un problema céntrico brota de inmediato: ¿desde qué edad el hombre es persona?, porque lógicamente un niño de dos o tres años no logra discernir la importancia de existir, la breve duración de la existencia, la responsabilidad para con sus semejantes, la lucha dentro del alma entre el bien y el mal; en consecuencia, no podría entregársele el manejo libre y autónomo de su destino. Sin embargo, pese a eso nadie dudaría de que tiene pleno derecho a la vida y a recibir los cuidados necesarios para desarrollarse, pues llegará casi con certeza algún día al pleno goce libre de todo lo que hasta ahora está sólo implícito en su ser. Ello se basa en que percibimos encerrada en ese niño una multitud de potencialidades en pujante y esmerado esfuerzo de desarrollo a fin de llegar a su actualización plena. Lo mismo diríamos de un niño recién nacido y de un feto; en ambos percibimos realidades aún no presentes, pero en germinación continua; son personas potenciales en pujante tránsito hacia su estatuto de personas actuales. En cambio el feto de un mono, tal vez tan inhábil como uno humano, no es persona, por no estar potencialmente en tránsito hacia ninguna edad que lo convierta en persona en acuerdo a la definición de persona ya dada. Esta diferencia entre lo potencial y lo actual, lo uno tendiendo activamente a lo otro, viene ya de Aristóteles y no es más que una expresión particular de esa capacidad primordial humana de vivir el tiempo en

sus tres momentos, pasado, presente y futuro, imbricados íntimamente, pudiendo predecirse en muchos casos qué futuro vendrá si se da tal o cual presente; si el hombre no tuviera esa aptitud no podría hacer ciencia; es eso lo que le permite evitar futuros no deseados, suprimiendo tal o cual presente, pues si así no lo hiciese, ese futuro acabaría por imponerse a su hora como el nuevo presente. De tal modo que cuando se borra intencionadamente algo ahí presente vale la pena preguntarse qué próximo presente por ahora aún futuro es el que se desea aniquilar.

El hombre por venir incompleto debe acabar de realizarse por su cuenta, gracias a su razón y voluntad libre; su tarea mientras está en el mundo es lograr su propio plan de vida a fin de llevar a cabo aquella realización; toda su actividad significativa se orienta a descubrir caminos con dicho fin. En tal sentido, a diferencia del tiempo de la física en que el pasado engendra al presente y éste al futuro, aquí en el caso de la persona es el futuro quien origina al presente para convertirse en seguida en pasado. Lo que nos hemos propuesto llegar a ser algún día, es lo que configura lo que hacemos en este momento y lo que hicimos antes. Todo el cuidado proporcionado al embrión y al feto en el útero, y después al niño, por padres, profesores y la sociedad entera, está movido y organizado por lo esperado que algún día sea esa persona, cuando esté en condiciones de actuar con autonomía responsable y se realice por su propia cuenta; es tal futuro previsible —porque el hombre es el único animal que vive desde el futuro— el condicionante de la obligación de cuidar el embrión desde el primer segundo de su gestación. La obligación viene de las posibilidades razonables de que él llegue a ser algo que aún no es, pues su presente encierra potencialidades suficientes para darle vigencia concreta a ese algo. Si el hombre viviera en una sucesión de meros presentes cada uno de los cuales valiera, no por ser punto de tránsito hacia creaciones nuevas, sino sólo por lo que de hecho estáticamente es en la aparente inmovilidad de ese instante, y a base de ello determinara sus conductas, descendería de inmediato en la escala zoológica al nivel de sus antepasados animales, uno de cuyos rasgos primordiales es desenvolverse en una sucesión de meros presentes, cada uno de los cuales se recibe tal como llega, y no como se quisiera que llegase a base de haberlo trabajado previamente. Una frase fundamental de Heidegger, que ahora viene al caso, dice en pocas palabras:

"Más alto que el ser es el poder ser" y como se sabe en su filosofía, el ser en cuanto tal, es el hombre, pues los demás vivientes y las cosas de la naturaleza, son meros entes, pero nunca seres.

Unidos los dos gametos, el masculino y el femenino, en el proceso de la fecundación se constituye el cigoto, que contiene el código genético entero cuyo esfuerzo se dedicará de inmediato a la constitución de un nuevo hombre, cuyas peculiaridades serán únicas e irrepetibles, pues ningún otro hombre que haya aparecido o aparezca a lo largo de los milenios tendrá idénticos caracteres. Su desaparición, o porque las condiciones naturales para crecer, anidarse y nacer, no se dan, o porque alguien anula artificialmente el proceso, priva a lo existente de algo con características individualísimas, que no podrán de nuevo ser arrancadas a la nada.

Se dice que el embrión para que detente características humanas debe poseer unidad y unicidad, cosa que recién quedaría asegurada a los catorce días, en la época de la anidación cuando aparece la cresta neural. Unidad es la propiedad del embrión de constituir un individuo con su propia y autónoma entidad, y unicidad es el carácter ya señalado de tener propiedades que jamás volverán a darse.

Antes de los catorce días hay la posibilidad de que surjan gemelos o sencillamente quimeras, en consecuencia, según algunos, ese ser no sería ni humano ni humanizado, y no habría impedimentos éticos para eliminarlo o destinarlo a objeto de experimentación, tanto para descubrir nuevas verdades científicas, como para el cultivo de tejidos útiles, al parecer en el tratamiento de ciertas enfermedades, sobre todo del sistema nervioso. Varios autores agregan que en el embrión no hay subjetividad mientras no sea capaz de sentir dolor, lo cual exige cierto desarrollo aunque sea mínimo del tejido nervioso, y mientras no se dé tal posibilidad no cabría hablar de ser humano; eso, se dice, lo dejaría sin derecho alguno a ser respetado en su desarrollo, abriendo de nuevo camino a la posibilidad de convertirlo en mero trozo anónimo de materia viviente susceptible de cualquier uso, o incluso de aniquilación si no se desea su nacimiento.

Dichos argumentos son de difícil defensa. Es un sutil resquicio decir que mientras no se sienta dolor no se es humano a sabiendas de que esos días de posible insensibilidad son una breve etapa necesaria en el activo proceso de desarrollo que está teleonómicamente orien-

tado justo a alcanzar los momentos en que se estará sensible al sufrimiento y a todas las capacidades e ingredientes integradores de la subjetividad. Esta breve etapa muda, por decirlo así, es tan humana como cualquier otra, pues es necesaria para el desarrollo de las que siguen, como el hombre es igualmente hombre en períodos de dormición o de inconsciencia, aun cuando ahí no sea consciente de su humanidad, y ello sólo porque son momentos transitorios en marcha hacia el despertar.

El que en los primeros catorce días no se sepa todavía si de ahí saldrá uno solo o dos o tres embriones gemelos, menos quita lo de humano, pues si potencialmente, en vez de uno, se estuvieran gestando dos o tres seres, la calidad humana de aquello sería mayor y no menor; la unidad de cada uno de esos gemelos estaría ya allí potencialmente en camino hacia su actualización en el momento oportuno.

Si de aquella masa primitiva resultaran quimeras, ellas acabarían por eliminarse solas, y entre la posibilidad de que surja una creatura humana o una quimera —la primera de rango ontológico invaluable—, no habría ninguna conciencia ética que no se decidiese a esperar, pues lo que se pierde es demasiado si lo que viene en camino es una creatura humana y no una quimera.

Debe quedar en claro que el huevo humano fecundado es biológica y antropológicamente ser humano, persona, pues todas sus potencialidades genéticas están destinadas a hacer un hombre y no un gato o un mono. Si se argumentara que el embrión no puede razonar ni obrar libremente, el mismo argumento podría esgrimirse ante un niño de cinco años y quizás a veces frente a un hombre de cualquier edad, pues el proceso de adquisición de la plenitud de la personalidad es probable que dure toda la existencia. Lo que antes era el útero materno, pueden serlo después la familia y la sociedad. Siendo el hombre algo inacabado necesita proteger y ser protegido perpetuamente; como lo expresamos antes, aquí reside la esencia de que sea por naturaleza y en su fondo más profundo, una conciencia ética destinada a amar y velar por lo humano y por la preservación de cualquier ser donde quiera que se dé.

El confundir etapas necesarias y sucesivas de desarrollo como las embrionarias, las fetales, las infantiles, las adolescentes, etc., que forman un *continuum*, pero son diferenciadas y complejas, el confundirlas decimos, con entes separados, que dan un salto para trasladarse de una a otra, que primero no son humanas y de

repente se convierten mágicamente en humanas, fuera de conducir a afirmaciones incomprensibles, para la razón, llevan a extravíos éticos alarmantes como los ya acabados de indicar. Así se abre la posibilidad de tomar fábricas para procesar comercialmente embriones humanos, para congelarlos y usarlos cuando dé la real gana o eliminarlos cuando no se les necesita, o bien para ubicarlos en úteros de mujeres deseosas de embarazarse, sin preocupación alguna, más allá de la transacción comercial, por la calidad psíquica y ética de la adquirente, y así sucesivamente.

En esto de no respetar la sacralidad de lo humano encerrada en el embrión o en el feto, negando su carácter humano en los primeros catorce días, se puede ir ya mucho más lejos a base de nuevos resquicios, pues si se consiente en un vicio lógico y antropológico, no habría argumento para no aceptar otros; de esa manera cabe el aborto eutanásico, si se diagnostican malformaciones, y aun ir más lejos y escuchar declaraciones asombrosas como las hechas por James D. Watson, Premio Nobel:

"Muchas malformaciones y defectos sólo se ven después de nacida la criatura, ya que no toda gestante puede someterse a diagnóstico prenatal. Por ello estoy de acuerdo con mi colega y amigo Francisco H. C. Crick, partidario de no declarar vivos a los recién nacidos hasta tres días después de venir al mundo, dando a los padres la posibilidad durante este plazo de evitar una vida llena de sufrimientos".

Aquí se ve claramente cómo si se acepta un uso arbitrario del concepto de humano y humanizado, ya no hay inconveniente para que dos científicos eminentes como Watson y Crick se permitan, a su vez, usar arbitrariamente los conceptos de vida y muerte para justificar, en el fondo, el asesinato de un niño, y tal vez, no para ahorrarle sufrimientos al niño, sino a sus familiares, vecinos y a la sociedad en general.

Nosotros afirmamos que desde el punto de vista de una razón ética no hay argumento alguno para negar que el hombre es en principio hombre y persona humana desde su gestación. La diferencia entre humano, en el sentido de que pertenecería a la especie humana, pero no humanizado, en el sentido de que aún no tiene unidad ni unicidad y no se inicia la subjetividad, es falsa por las razones ya dadas; el error puede llegar a la caricatura cuando científicos eminentes como Watson y Crick, pueden proponer que lo que otorga realidad a la vida, no sea la evidencia real empírico-racional de

que ahí a la vista hay algo vivo, sino un mero decreto legal.

Como se sabe, hoy muchos preembriones, o sea, huevos fecundados anteriores a los catorce días en que se definiría su individuación definitiva, preembriones obtenidos de la fertilización *in vitro*, son congelados, al no implantarlos en ese momento, a fin de usarlos si fracasa el embarazo esperado. En general, después de la fertilización se les permite desarrollarse hasta el estado de ocho células entre los que se escogen los destinados a la implantación, los otros se congelan.

Pues bien, la revista *Nature* en el año 1989 informa el caso de un juez de Tennessee abocado a decidir si siete embriones humanos congelados son sólo "una propiedad" y pueden ser tratados como cualquier otro bien de la comunidad conyugal en vías de divorcio, o deben ser tratados como "vidas humanas" con derechos propios, porque se da el caso de que entre los bienes de la sociedad conyugal se encuentran siete óvulos fecundados depositados en congelación. Fueron obtenidos de la esposa y fertilizados *in vitro* con espermios del marido. Este, en su petición de divorcio alega que tiene derecho a no convertirse en padre, y solicita que la Corte impida que su esposa se implante los huevos; su abogado dice que los siete embriones no poseen características humanas más allá de contener el material genético humano; para él tienen menos de catorce días desde el momento de la concepción y son sólo un pequeño número de células indiferenciadas; pide que sigan congelados indefinidamente.

El abogado de la esposa sostiene que los embriones son vidas humanas y deberían ser tratados como "niños". La custodia debe entregarse a la madre y permitirle que se los implante para embarazarse.

El caso de Tennessee es el primero en presentar tal problema en un juicio de divorcio. El abogado de la esposa agrega que el centro del asunto es determinar "cuándo comienza la vida" y pide que los embriones sean clasificados dentro del juicio como "niños-prenacidos". El investigador francés Jérôme Lejeune, descubridor de la causa del síndrome de Down, de acuerdo con esta postura, ha dado testimonio de que los preembriones son vida humana, y los llama "pequeños seres humanos". John A. Robertson, profesor de Derecho de la Universidad de Texas, sostiene, en cambio, que el preembrion merece un respeto inicial en su calidad de persona en potencia, pero que no se

le deben conceder los mismos derechos de una persona. Ignoramos el fallo final del juez.

Pero, para ver hasta dónde la gente ha tomado conciencia del problema respecto del carácter personalizado de la vida del embrión y del feto, vale la pena citar este curioso caso relatado por la misma revista *Nature*. En Missouri otro juez está estudiando si la ley le confiere realmente derechos al feto, en cuyo caso deberá ingeniárselas para encontrar forma de dejar en libertad a un feto, cuya inocencia es alegada por una mujer en prisión, argumentando que el feto está ilegalmente prisionero. La legislación de Missouri declara que la "vida comienza con la concepción" y que los niños no nacidos tienen "todos los derechos, privilegios e inmunidades concedidos a otras personas...". En el caso de la mujer que comentamos su abogado sostiene que como la ley le ha otorgado "personería" al feto, éste no puede ser enviado a prisión, salvo si fuera condenado por un crimen.

Volviendo a la materia que nos ocupa y divergiendo de lo afirmado por algunos biólogos, quienes dicen que somos seres culturales y no biológicos, nosotros sostenemos que sólo somos culturales en cuanto biológicamente carecemos de instintos lo que nos obliga a crear personal y comunitariamente aquello que falta y esto es en parte la cultura; por lo tanto, lo correcto sería decir que somos culturales debido a nuestra biología. Por otro lado, a diferencia de los animales que procuran conciliarse con su ambiente, el hombre busca desde las épocas más remotas imponerse al mundo en que vive, transformarlo, haciéndolo a su libre voluntad, ya con medios mágicos o robándole el secreto a los dioses, como en los estadios primitivos, ya por medios racionales y científicos como en la época moderna. Es esa fe, inexistente en el animal, de que puede transformarlo o crearlo todo a voluntad, el eje definitorio de lo llamado cultura. La fe en que puede forjar principios éticos para dar paso efectivo y correcto a sus apetencias, o sea, la fe en que es capaz de dominar y conducir su propia realidad ontogenética, le lleva seguramente a creerse con fuerza para dominar el resto de la realidad; en suma, su biología íntegra es raíz de su ser cultural.

Además, como ya lo dijimos, dada la incompletud del ser humano y la incapacidad de cada uno para completarse por sí mismo, hubo la necesidad de cooperar todos con todos y ello incitó a la creación del lenguaje, tanto para intercambiar información, comunicarse sus

necesidades y hallazgos como para confortarse unos a otros y compartir miedos, alegrías, esperanzas, afectos, emociones y todo lo venido del universo invisible de cada subjetividad. Es la sensación primaria de incompletud, de indefección, de exigencia de vida en común, lo originante perentorio del lenguaje; en consecuencia, lo humano y humanizado no nace con el lenguaje, como también aseguran ciertos biólogos, sino que nace cuando se advierte la situación desmedrada que obliga a crearlo o recibirlo de los otros, para lo cual, lógicamente, la especie viene con las aptitudes facilitadoras. El lenguaje es el medio privilegiado para salir, en la medida de lo posible, de la situación de desventaja. ¿Cómo se formula tal lenguaje, previo al lenguaje a base de palabras, en la vida intrauterina o en el huevo recién fecundado?; no lo sabemos, ni siquiera sabemos si existe; lo que sí puede asegurarse, es que ahí es necesario que estén en marcha todos los dinamismos adecuados para que surja. El se forma de nuevo en cada individuo. Como se comprende, la preparación de algo, en este caso el lenguaje —que no brota bruscamente por milagro—, forma parte ya de la configuración posterior definitiva de ese algo. En consecuencia, no cabe hablar de un antes y un después de la posesión del lenguaje, para determinar desde qué instante una criatura es humana; no cabe asegurar que somos concebidos no humanos y nos volvemos humanos, en el intercambio de palabras del vivir humano.

Las culturas son intentos del plexo social constituido por los hombres por dar luz, transformar y apoderarse de la realidad a fin de adueñarse del propio destino, siendo el lenguaje un integrante ordenador de una inmensa variedad de propiedades que entran en el empeño. La palabra en el hombre es el resultado y tal vez el término de ese esfuerzo y no el comienzo. Todos tenemos la experiencia diaria de la dificultad para encontrar las palabras precisas que expresen una emoción, un deseo, una intuición, tareas todas ya muy humanas.

Los partidarios de esta idea suponen que la culturación del embrión y por tanto su paso a la categoría de humano, ocurre cuando el embarazo es deseado y la madre reconoce plenamente al hijo como algo con entidad propia en el presente y el futuro. Tal hecho, afirman, no es fisiológico sino que psíquico, pues se trata de la vida de relación. Se dice, al respecto, que si no hay esa aceptación en caso de aborto desaparece algo vivo, pero no un ser humano; sólo después de tal aceptación desaparecería

un hijo. Se apela en dichas hipótesis a lo que ocurre en la medicina psicosomática donde los tipos de sentimientos que se tengan influyen fuertemente en el funcionamiento corporal, en las dinámicas de las defensas, etc. En el embarazo ocurriría algo parecido, abriendo a dinámicas estructurales distintas del embrión el desear o el no desear el embarazo.

Tras esas ideas, hay una parte de razón, pero encierran falacias importantes de las cuales cabe a lo menos destacar dos: la primera, es que el embarazo no deseado se ha producido seguramente por un azar, tal como quien pierde en un juego, o se equivoca en una prueba a rendir; sin embargo, forma parte de las reglas de la convivencia cultural asumir los errores propios, hacer de uno la culpa y tratar de remediar los efectos con el esfuerzo personal, pero no destruyendo a quienes ganaron con la pérdida nuestra, como en este caso el embrión al ser concebido. Además la madre al agredir psíquicamente el embrión no lo desposee de su calidad de hijo, pues los dinamismos culturales no dependen de la arbitrariedad de cada persona; aquí la madre comete una grave caída ética, pero el medio cultural del que ella es parte tiene principios más fuertes en defensa del embrión que su mero deseo negativo personal. Por otra parte, el feto no es un órgano como el hígado o el corazón para ser influido psicosomáticamente en sus estructuras o sus funciones por los deseos adversos de la madre; ello es posible en estructuras que pertenecen a idéntico código genético pero no en el embrión que posee uno distinto, ya que una misma emoción o sentimiento afecta de modo radicalmente diverso a cada persona; el embrión tiene la suficiente autonomía individual, de que carecen aquellos órganos, para no quedar inermes y saber defenderse ante agresiones psíquicas. La experiencia médica no muestra, por lo demás, en los hijos no deseados un número significativo de deficiencias al nacer comparados con los deseados. La suerte posterior de los no deseados ya es cosa dependiente del cuidado que se les preste. Los que han sido adoptados

por familias que los querían han tenido en general espléndido desarrollo. En consecuencia, decir que el hijo no deseado queda marginado de la red cultural y, por lo tanto, al provocarse un aborto no se elimina un hijo sino sólo una cosa viva, es algo que contradice la experiencia diaria y que se funda en ideas precipitadas sobre la esencia de la cultura y del lenguaje con un criterio reduccionista que los priva de su riqueza y de su verdadera dinámica.

Fuera de todo lo anterior, nos embargan otros problemas crecientes, como los presentados por la comercialización de embriones humanos, la experimentación con ellos, su uso con fines terapéuticos, el arriendo de úteros, etc. En consecuencia, no es para el médico ninguna lucubración ociosa estudiar a fondo qué se entiende por vida, por humano y humanizado, por persona, y más allá investigar el significado y alcance de los conceptos de potencia y acto, de desarrollo continuo y discontinuo, de subjetivo y objetivo, de temporalidad con tres compartimientos estancos separados en presente, pretérito y futuro, o bien de temporalidad en que todos los momentos sucesivos están íntimamente entrelazados, formando una sola unidad continua, sin que quepa trazar líneas divisorias entre pasado, presente y futuro. Se trata de problemas relacionados para su análisis con los métodos de las ciencias humanas, con el humanismo, con los cuales se están ocupando con rapidez los biólogos, y sin cuyo esclarecimiento, difícilmente podría avanzar la biología a lo menos en sus investigaciones más trascendentes. Justamente V. R. Potter en su obra publicada en 1971 y en cuyo título se usa por primera vez la palabra bioética, trata de mostrar la necesidad en que está hoy lo científico y humanístico de iluminarse recíprocamente si quieren avanzar por el camino de la verdad y la rectitud abriendo horizontes de esperanza; según él, el despreciativo desconocimiento mutuo en que estuvieron en los últimos dos siglos pondría hoy en peligro el destino histórico del hombre y sólo apuntaría a posiciones retrógradas anquilosadas.

# El proceso de envejecer\*

Implicaciones antropológicas

**Prof. Sara López Escalona**

*Licenciada en Filosofía, Magister en Educación y Profesora Titular en la Facultad de Educación de la P.U.C.H. Miembro del Departamento de Filosofía e Historia de la Educación de dicha Universidad. Autora de libros y artículos y numerosos artículos sobre temas antropológicos, que proyectan su humanismo cristiano.*

La afirmación de que la persona es un ser itinerante es algo reconocido en la filosofía actual; ello implica entenderla como proceso, como realidad dinámica que deviene perfectamente en los aspectos biológicos, funcionales y psíquicos para, pasado un tiempo, sufrir una detención y disminución en determinados modos de ser. Este deterioro, también

progresivo, es lo que constituye el proceso de envejecimiento.

Los estudios y atención preferencial a esta etapa de la vida son relativamente recientes. En nuestra cultura ha primado, en relación al tema, la indiferencia y, en ocasiones, un abierto menosprecio; tal vez se deba ello a una visión pragmática de la vida que valora lo utilizable, lo que sirve, y en cambio ve al anciano como un ser improductivo, como una carga.

La connotación de peso o rémora que tiene el anciano abarca a culturas en las cuales la estructura familiar tenía una profunda signifi-

\* Ponencia presentada al Primer Congreso Centroamericano de Geriatría. La Habana, Cuba, 26 de abril de 1992.

cación. Hace un tiempo Japón propuso un plan llamado "marcha blanca". Consistía en acomodar a la gente de mayor edad fuera del país; se había solicitado a España terrenos, en los que se prepararía un entorno confortable para personas mayores. Ello debe motivar una reflexión en la que se analicen motivos y posibles resultados de un plan de esa naturaleza; puede llevar también a un enjuiciamiento valórico de la sociedad que así actúa.

Han existido y existen culturas en las cuales el anciano es altamente valorado y ello no sólo por un sentimiento de gratitud hacia él, sino por reconocer en su persona un cúmulo de sabiduría; así, la cultura griega tenía una visión extremadamente positiva de la vejez; igual cosa puede decirse del pensamiento hebraico.

El presente trabajo es una reflexión que tiene un carácter narrativo-fenomenológico. Versa específicamente sobre la senectud, entendiendo a ésta como etapa terminal de la vida, período que suele ir acompañado de enfermedad. Se trata, pues, de un estudio acerca del anciano enfermo, para lo cual se hará, en la primera parte, una caracterización general de este período de vida, para luego, en una segunda parte, realizar una reflexión sobre la relación del enfermo mayor con la persona de quien depende; en este aspecto quiere ser un aporte para quienes, vinculados afectivamente a un anciano, tienen que acompañar el difícil y doloroso proceso del término vital. Para concluir esta breve explicación metodológica, se informa que lo aquí expuesto es prioritario, aunque no exclusivamente producto de una experiencia personal; es la relación de cómo se ha visto envejecer y las dificultades que el acompañamiento de este proceso ha implicado.

Vamos a intentar dar unas características generales acerca de la persona mayor enferma; nos parece que ella se perfila con una cierta especificidad común que aparece descrita en las siguientes características:

*-Pérdida paulatina del mundo:* el debilitamiento de la percepción —especialmente auditiva y visual— aleja el entorno, haciéndolo, en ocasiones, tan distante que casi podría hablarse de una relativa prescindencia de él. El campo visual del anciano se reduce paulatinamente. El mundo adquiere caracteres difusos y la visión de él es cada vez más dificultosa y errática. Lo mismo puede decirse de la audición; en relación a ella la expresión corriente del anciano es "no entiendo; esta expresión es decidida de un alejamiento de lo real, aleja-

miento que puede evolucionar hacia una prescindencia del entorno. En este sentido el proceso de envejecer conlleva una pérdida progresiva del mundo.

*-Involución afectiva:* al igual que en la infancia el Yo adquiere, en esta etapa de la vida, un papel casi de protagonismo exclusivo. Al reducirse los límites, la mirada se vuelve sobre sí mismo y tiende a llamar la atención sobre su persona. La situación desvalida en que se encuentra hace que reclame atención, necesite preocupación y exija cariño y solicitud de quienes lo rodean. Es típico que el anciano magnifique sus dolencias con el objeto de retener afectivamente a quienes son significativos para él. Esta llamada de atención suele ser incluso dramatizada con la amenaza de la muerte. "Me voy a morir" o "me estoy muriendo", significa "yo me muero si tú no estás conmigo".

*-Vivencia de la interioridad:* en la ancianidad se produce, normalmente, una prioridad de los valores espirituales: oración, ensimismamiento, religiosidad, búsqueda de la trascendencia, etc. Da la impresión de que la cercanía natural de la muerte hiciera cobrar una dimensión distinta a las cosas, y así desaparecen las urgencias, cobrando validez lo verdaderamente importante. El tema religioso es recurrente y lo que, en términos generales, podríamos expresar como bondad es una nota común en la vejez. La vivencia de ese mundo interior se manifiesta, en ocasiones, también como una prescindencia de lo externo. El anciano aparece abstraído, silencioso, viviendo una peculiar realidad.

*-Actitud de tolerancia:* la dilatada experiencia vital le ha enseñado a la persona mayor una especial sabiduría, a saber, que las posturas dicotómicas, por excluyentes, son falsas. Así como en la juventud, irreflexivamente, se afirma y niega en forma dogmática, el anciano matiza y se mueve más en la duda que en la certeza. En esa etapa de la vida se saben menos cosas, pero más esenciales. Se sabe, por ejemplo, que nadie aprende de la experiencia ajena, que hacer sufrir a otro es una forma equivocada de vivir, que el tiempo tiene una función demoledora. El anciano conoce, por experiencia, que la mayoría de las cosas son relativas. Esto lo hace aparecer con un cierto escepticismo ante la vida y, desde luego, alejado del —a veces— iluso idealismo de la juventud.

- *Visión natural de la muerte*: ésta adquiere para él, cuando se trata de la suya, una connotación en que el dramatismo propio de esa realidad parece estar ausente; creemos que ello se debe a un cansancio corporal; no se tolera ya, por más tiempo, la rutina que el joven o el adulto pueden llevar sin dolor. En la senectud el cuerpo se hace sentir y dificulta una vida normal, impidiendo los desplazamientos, recordando que está ahí herido por el cansancio y los sufrimientos. Estos factores favorecen el que la muerte sea vivenciada como un descanso, como algo que ya debe llegar para terminar con las angustias que aquejan la existencia. Es frecuente escuchar decir al anciano que ha cumplido su ciclo vital, que no tiene nada que hacer en este mundo. La sensación de una tarea ya terminada, de la vida hecha, es usual en este período.

- *Miedo a la soledad*: la vida transcurre en medio de numerosas relaciones: de familia, de amistad, laboral, etc., pero ello es natural sólo en algunas etapas de ella. El adulto mayor ha perdido la mayoría de sus relaciones; la de trabajo cesa, con frecuencia, relativamente pronto; sus familiares y amigos han ido desapareciendo. Una de las angustias del anciano es darse cuenta de que sus contemporáneos están muertos; el constatar esa realidad es una forma de ver terminar su mundo. Esto causa una fuerte fijación afectiva hacia aquellos de quienes depende y reclama por ello la presencia protectora de los que están a su cargo.

- *Fijación de temas*: cuando hablábamos de pérdida del mundo, nos referíamos al alejamiento de éste por el debilitamiento de las percepciones; aquí también, aunque en otro sentido, podemos hablar de un alejamiento del mundo. La persona mayor olvida con rapidez; su capacidad de recordación es reducida en tiempo y en temas; el círculo de vinculaciones se ha estrechado; los intereses han disminuido y por ello es frecuente que se produzca una selección temática obsesiva y reiterante. El anciano repite y vuelve sobre ciertos tópicos que suelen relacionarse muchas veces con su estado de salud o situaciones que fueron en su pasado significativas. Es reiterativo no sólo por deficiencia de su memoria, sino porque su mundo se ha reducido y en él han quedado sólo algunos hechos que tienen contornos definidos y son decisivos para su vida. En este sentido todo lo relacionado a su cuerpo adquiere un primer plano: cuenta sus dolencias, enumera

sus males, se fija con obsesión en su funcionamiento fisiológico, describe sus enfermedades, etc.

- *Regresión al mundo infantil*: tal vez, por ser la vejez una etapa de la vida eminentemente dependiente, se produzca este retorno al ámbito de la niñez. Es sorprendente la cantidad de modalidades de regresión que presenta la persona mayor, desde aquellas de orden fisiológico (incontinencia urinaria) hasta formas de alimentación (papillas). A ello se une una expresión afectiva que se caracteriza por frecuentes llantos ante posibles contradicciones, tonos infantiles al hablar, caprichos, afán de llamar la atención, en fin, una variada sintomatología propia de la edad infantil. Es también por esta regresión por la que se muestra ingenuo, regalón, dependiente y caprichoso. No quiere esto aparecer como una descripción peyorativa de su manera de ser, nos parece más bien que con estas características el anciano despierta, en quienes lo quieren, una mayor ternura y más afán de protección.

Descrita esta caracterización general quisiéramos abordar la segunda parte del trabajo, en la cual propondremos ciertas normas para facilitar la relación del anciano con el familiar de quien depende o con la persona a quien lo une una relación afectiva más significativa y que normalmente es con quien vive.

Como decíamos en un comienzo, es frecuente que la persona mayor esté enferma, encontrándose a cargo de un familiar cercano. Entendemos aquí el "estar a cargo" no sólo en un sentido económico, lo cual también se da, sino a la vez en un sentido de vinculación afectiva, por la cual se une intensamente a la persona que lo cuida, estableciendo una forma de relación que si no es llevada con lucidez por ésta, puede producir un daño psicológico que afecte al proceso de acompañamiento.

Quisiéramos proponer algunas normas que facilitan esta convivencia, en muchos sentidos, difícil.

- *Entregar amor*: veamos la situación de indefensión en que se encuentra el anciano, ello unido a una mayor dependencia afectiva que lo lleva a necesitar de gran cariño y atención. En un momento de la vida, en que las situaciones dolorosas van desde la enfermedad a la carencia de vínculos, es necesario que se sienta querido. Implica esto no sólo el cuidado de sus necesidades, sino la manifestación explícita y reiterada de afecto.

El amor tiene en la vida un papel sanativo y aún vital; el afecto, de una misteriosa manera, mantiene la vida. La vinculación amorosa con el otro otorga sentido a la existencia y la hace más tolerable.

– *La difícil antinomia de la distancia y cercanía*: paradójicamente, si queremos tener una relación buena con la persona de edad que de nosotros depende, debemos mantener un cierto distanciamiento de ella el lema podría ser: saber alejarse para poder estar mejor cerca. Ello supone, por parte de quien está a cargo de la persona mayor, un manejo adecuado del tiempo y una función específica que focalice su atención, evitando así que el enfermo esté siempre como motivo único de la existencia; esto es muy difícil de lograr, sobre todo en los casos en que la relación, aparte de ser íntima, ha tenido un desarrollo armónico que resulta, en muchos sentidos, plenificador para las dos personas. Quien está a cargo de una persona mayor enferma debe distanciarse en espacios y tiempos, debe realizar su propia vida, cultivando intereses, proponiéndose metas, concediéndose satisfacciones; sólo de esta manera no reprochará al otro, consciente o inconscientemente, los límites que puso a su vida. Es necesario, aunque costoso, conciliar la entrega con la autorrealización. Una persona que no se realiza, que no está contenta de sí misma y de la vida, no es capaz de entregar amor.

– *Entrar en el mundo del otro*: en anteriores reflexiones nos percatábamos de que la persona mayor tiene un mundo reducido y, en general, poco interesante que gira fundamentalmente en torno a sus intereses: recuerdos, salud, remedios, fijaciones, etc. Los desentendimientos surgen cuando queremos prescindir o no atender suficientemente a esa realidad. Es necesario, en este caso, interesarse en el pequeño mundo del otro y darse cuenta de la significación que para él tiene. El anciano vive pendiente de las promesas y por ello éstas deben ser hechas sólo cuando efectivamente se puedan cumplir; el responder a lo que se le ofrece le entrega un clima de seguridad altamente positivo para su tranquilidad. Como decíamos con anterioridad, la corporeidad adquiere una importancia radical en esta etapa de la vida; el anciano hablará, así, de sus dolores, porque esa es su realidad, magnificará situaciones porque quiere nuestra atención; y como lo que se nos aparece a nosotros como pequeños problemas, son para él cosas de gran importancia

– porque son las únicas que maneja–, es necesario hacerle entender que respecto de ellas tiene nuestra preocupación y afecto. Debemos tener en cuenta que al acercarnos a su mundo entramos muchas veces a un mundo de fantasía, a situaciones alucinantes en que la lógica no tiene lugar; al respecto debemos tener la difícil capacidad de vivirlo con el dinamismo y la tónica emocional que lo hace la persona mayor.

– *No esperar reciprocidad*: al enunciar las características de esta edad hablábamos de un natural egoísmo y de una situación protagónica del Yo. El enfermo mayor quiere hablar de él, lo importante son sus dolencias, sus remedios, sus horarios, sus pequeños intereses; esto exige de quien lo cuida gran donatividad y olvido de sí. Supone oírlo sin esperar ser oído, interesarse en sus asuntos sin pedir reciprocidad. Con el enfermo no podemos hablar de “nuestros derechos”, pues frente a él no los tenemos; en su visión de las cosas nos debemos a él.

Quienes están a cargo de una persona mayor tienen la oportunidad de entregar amor en la forma más desinteresada que es posible imaginar.

– *Dar protección*: el anciano, por su situación vital, requiere de especial protección y la pide reiteradamente; por ello, es de radical importancia hacerle sentir que somos capaces de solucionar sus problemas, que nuestra presencia es garantía de seguridad. Es bueno repetirle ciertas frases que lo tranquilicen como “yo soluciono todo”, “yo puedo arreglar las cosas”, “conmigo nada le pasará”. El sentir que puede descansar porque otro lleva la carga, le produce alivio y bienestar. Puede argumentarse que esto aumenta la dependencia, pero como ella siempre se da y como en último término lo que pretendemos es su felicidad al final de la vida, no hay que temer darles aunque sean falsas seguridades. La literatura nos entrega un hermoso ejemplo de esta abnegación amorosa en el cuento “El salón dorado” de Manuel Mujica Lainez. En él se narran los últimos días de una mujer anciana que ha perdido toda su fortuna, pero que lo ignora y vive un mundo confortable y tranquilo gracias a la generosidad de quien la cuida.

– *Valorar sus opiniones*: es importante mantener, en lo posible, una cierta objetividad sobre el diálogo y por ello es conveniente, en la

medida que las circunstancias lo permitan, hacerles consultas, aun cuando sus opiniones no tengan el peso suficiente para influir en una decisión. Preguntar acerca de sus pareceres implica valorarlos, hacerlos vigentes y darles efectiva presencia en nuestras vidas.

– *Dialogar en sus niveles de intereses:* aun cuando este punto se relaciona íntimamente con lo que denominábamos “entrar al mundo del otro”, tiene aquí un carácter más restrictivo, se refiere concretamente a “conversar” sobre lo que al otro le interesa. No son obviamente nuestras inquietudes, sino aquella pequeña rutina en que se cumple el día del enfermo, comidas, horarios, visitas, remedios. No pretendamos cambiar los temas de sus conversaciones, pues se violentan y sienten que no hay interés por ellos y sus cosas. Aprendamos, con paciencia, a escuchar las mismas anécdotas, quejas o peticiones, sepamos manejarlas en su beneficio, pero sin prescindir de lo que nos dicen.

– *Vincularlo alegremente con el mundo:* la

relación que les procuremos con el mundo no ha de ser violenta, por ejemplo, exigirle que acepte la realidad o mostrarle que su juicio está equivocado. La vinculación con el entorno deberá ser consoladora y alegre y, por ello, con frecuencia puede incluso no corresponder a la realidad externa, si ésta es para él fuente de dolor. Siempre pensando en su felicidad será hasta conveniente ocultarles ciertas noticias que puedan quitarles tranquilidad. La vinculación al mundo, por tanto, está restringida a las zonas o aspectos que sirvan de alegría a su existencia.

El tener la gracia de vivir la senectud de quienes amamos implica una cuota de sacrificio y gran generosidad; significa saber amar sin esperar recompensa, aceptar que una parte del otro ha muerto por deterioro y que realidades tan consoladoras como el diálogo no son posibles. Si con los límites de toda acción humana cumplimos las normas propuestas, tendremos, cuando nuestros seres queridos no estén con nosotros, la paz y el consuelo de haber vivido una experiencia de amor, que es viático para la existencia.

## Comentario del libro “Dos historias de una vida” sobre Joaquín Luco

**Dr. Héctor Croxatto R.**



Queridos amigos:

Es una gran alegría, un deleite para mí y uno de los más finos regalos para el espíritu, leer las páginas del libro “Dos Historias de Una Vida”, de donde emerge la estampa única de una de las vidas más carismáticas, la de un hombre ejemplar con el cual la Ciencia y el quehacer de la Universidad, en la búsqueda de autenticidad y de excelencia, contrajeron una deuda impagable.

Lo escrito por Ana Tironi y Pedro Labarca me ha resultado fascinante por la fidelidad de

sus relatos y porque me han transportado a una época lejana, que vive imborrable en la memoria de los hombres de mi generación que abrazaron la vocación científica. De una época en que embarcarse en la investigación científica era pretender navegar en un mar incierto, con un barco sin recursos, sin velas ni timón.

Los jóvenes que pueblan hoy las aulas Universitarias, en gran parte ignoran que hace sólo un poco más de medio siglo la investigación científica prácticamente no existía en Chile. Si excluimos la reducida actividad de algunos na-

turalistas y profesores extranjeros, que llegaban embebidos del espíritu europeo, sólo pudieron muy pocos llevar a cabo trabajos, en laboratorios muy precarios, donde, descontando algún caso aislado y excepcional, hubo escasa labor creativa. No existió un decidido propósito de formación de discípulos, que vigorizaran una tradición científica capaz de asegurar continuidad. Pues bien, Luco todavía estudiante de Medicina, se sintió llamado por la Ciencia, no por un mero entusiasmo juvenil, volátil, sino como una intransable decisión de satisfacer la única aspiración que podía apagar la sed de las más caras ansias de su espíritu.

El formó parte de esa pequeña legión de egresados de la Universidad que bregó por los fueros de la Ciencia, por su desarrollo en el país. Pero Luco no fue uno entre muchos, sino que se convirtió en la figura paradigmática; valiente y animado con inquebrantable propósito de consagrarse a la investigación científica, no hizo concesiones subalternas en favor de ganancias materiales, ni buscó el vacío encantamiento de una vida regalada o frívola. Basta citar el testimonio que nos trae el libro, el de uno de sus hijos: "En mi casa había cosas muy claras, el ganar mucho dinero no era para enorgullecerse". J. Luco, renunciando al ejercicio de su profesión de médico, decidió aplicar todo el mayor esfuerzo a su propia creatividad en la búsqueda de los "cómo" de los asombrosos procesos vivientes. Era una época en que esa decisión pudo parecer como una extravagancia. Luco se alzó, con un rápido andar de decisiones y de trabajo, como el primer investigador científico chileno, sea como ayudante y después como profesor de una cátedra universitaria, calificable como un trabajador ("full time") de dedicación total. Esto lo decidió, no obstante la magra compensación económica que tenían los profesores universitarios, tan exigua que apenas permitía sostener a una pequeña familia.

Dadas las condiciones de su temperamento, supo poner austeridad en su vida, como también mucha alegría y grandeza en su obra de investigador.

En pocos he visto vibrar tan intensamente las cuerdas de su ser íntimo y experimentar el más vivo asombro cada vez que lograba descubrir una verdad que estaba ignota, oculta hasta entonces, y que por sus ingeniosas manipulaciones surgía a la luz. Sabía contagiar y compartir esa jocundidad con sus colaboradores y alumnos, siempre muy numerosos, que cele-

braban admirados tanto los destellos de su imaginación creadora como la genialidad y oportunidad de su humor.

Es porque tiene el genio, el mismo que Armando Palacio Valdés atribuyó a "aquellos que ven con extraña y asombrosa intensidad una verdad en cosas aparentemente insignificantes o calificadas de carentes de mensaje o que fueron inabordables para muchos otros".

Como pocos supo y sabe refocilarse como un niño maravillado y sentir la belleza emergente de cada nuevo experimento, con el hallazgo de esas pequeñas verdades, que el experimento descubre, esas que otros todavía no han visto, ni tal vez nunca imaginaron.

Ana Tironi y Pedro Labarca aciertan cuando nos recuerdan en palabras sobrias llenas de lucidez, que Luco es esencialmente un espíritu creativo que no conoce el tedio y huye de la rutina, y que su secreto de saber trabajar alegremente está y que siempre debiera estar, tanto en Arte como en Ciencia, en obtener que se vierta de alguna manera el quehacer del hombre en las mallas de la creatividad y que nunca sea ésta ajena a una esencial preocupación estética.

Pero hablando del científico que vive en su alma desde sus años de estudiante, Luco lleva el título indiscutible de ser el auténtico iniciador, fundador de la Neurofisiología en Chile. La enriqueció, la difundió, contribuyendo con aportes que marcan un hito fundamental en el historial científico de Chile y del mundo, cuya influencia se extiende a Latinoamérica, por el apreciable número de discípulos que formó, hoy diseminados en diversos lugares del continente. No es el momento de pormenorizar sus contribuciones, escuetamente analizadas por Labarca, pero que bastan para advertir la capacidad y su talento en investigaciones que tienen un invariable matiz fuertemente marcado por la originalidad, por el sello de su visión personal. Aun cuando Joaquín, con orgullo, se confiesa ser discípulo del gran fisiólogo norteamericano Walter Cannon, por mi parte puedo decir, porque lo veía y muy de cerca seguí su quehacer por muchos lustros, que Luco es mayoritariamente discípulo de sí mismo. Esto, sin desconocer el flujo vital que a su pensamiento le proporcionó Cannon. Aplicó un modo muy personal para abordar la mayor parte de sus trabajos experimentales, especialmente en aquellos más sobresalientes y maduros. Hay un cariz muy novedoso en sus hipótesis que se apartaban de los cánones tradicionales. Sus

trabajos realizados sobre los procesos de neurotransmisión, en los de las zonas sinápticas, los fenómenos eléctricos presinápticos, la actividad de las enzimas que destruyen los neurotransmisores, los efectos de la deservación de los músculos y de la tenotomía, la fatigabilidad, el flujo axonal, la posible intervención de factores tróficos, lo fueron conduciendo cada vez más a investigar procesos que exigen mayor síntesis conceptual, y que lo llevaron a un sitio que lo colocan entre los primeros investigadores del problema de la plasticidad neuronal, del aprendizaje y de la retención nemónica, que culminan en sus celebrados experimentos en el sistema nervioso de las cucarachas.

En su prolífica mente bullen las ideas y confiesa que explorar la función del sistema nervioso, el asombroso funcionamiento del cerebro, es intentar comprender lo más sublime de la Creación. "La vida hecha hombre", y como expresa Labarca en sus comentarios: "Luco quiso llegar al meollo del hombre". Tarea gigantesca, que obliga a una planificación holística que se separa del quehacer tradicional. La misión de búsqueda no sólo es inagotable, es para muchos, y como Luco dice: "no para competir". En este sentido el mismo afirma: "No debe confundirse la búsqueda de algo nuevo con el afán de ser el primero. Vale más la calidad que el tiempo. Sólo hay que competir consigo mismo en busca de excelencia".

Muros invisibles constituyen la "torre de marfil" que defiende a la Universidad de las estridencias externas y hace posible el trabajo de la investigación científica. Pero, para Luco, ese muro le fue en muchos aspectos suficientemente permeable para sentir hondamente con clarividencia no sólo los problemas internos de la Universidad, sino aquellos que la sociedad en su conjunto vive y vivió. Muchas veces con firmeza y coraje expresó su disconformidad de Universidad intervenida, "manoseada", e intentó, cada vez que fue posible, hacer prevalecer una concepción democrática, pluralista, que siempre lo caracterizó. Así, condenó desde distintas trincheras y expresó su oposición al régimen dictatorial, así como también defendió ardorosamente a la Universidad para que ésta no sufriera el contagio político. No sólo le importó la excelencia en su propio quehacer, en su mente estuvo presente la permanente inquietud por el destino y desarrollo de las Ciencias en el país. Así prodigó mucho de su tiempo en tenaces gestio-

nes participando en tareas administrativas dentro de su Universidad, debatiendo proyectos en el seno de la comunidad de científicos y organismos de Gobierno del más alto nivel nacional, que han favorecido considerablemente la promoción y financiamiento de la actividad científica.

Una vida consagrada a un estudio que se torna obsesivo mientras más se avanza, exige gran comprensión en el seno del hogar, de parte de los miembros de la familia. Para su felicidad, su hogar estuvo y está iluminado por Inés, su esposa, que con un espíritu alegre, amante y sensible comprendió la trascendencia de la misión de su marido y siempre supo compartir el sentido del humor y la alegría que aportaba Luco y aceptó con gran dedicación convertir su casa en morada amable y generosa para los innumerables invitados que se movían o se mueven en la órbita de su marido.

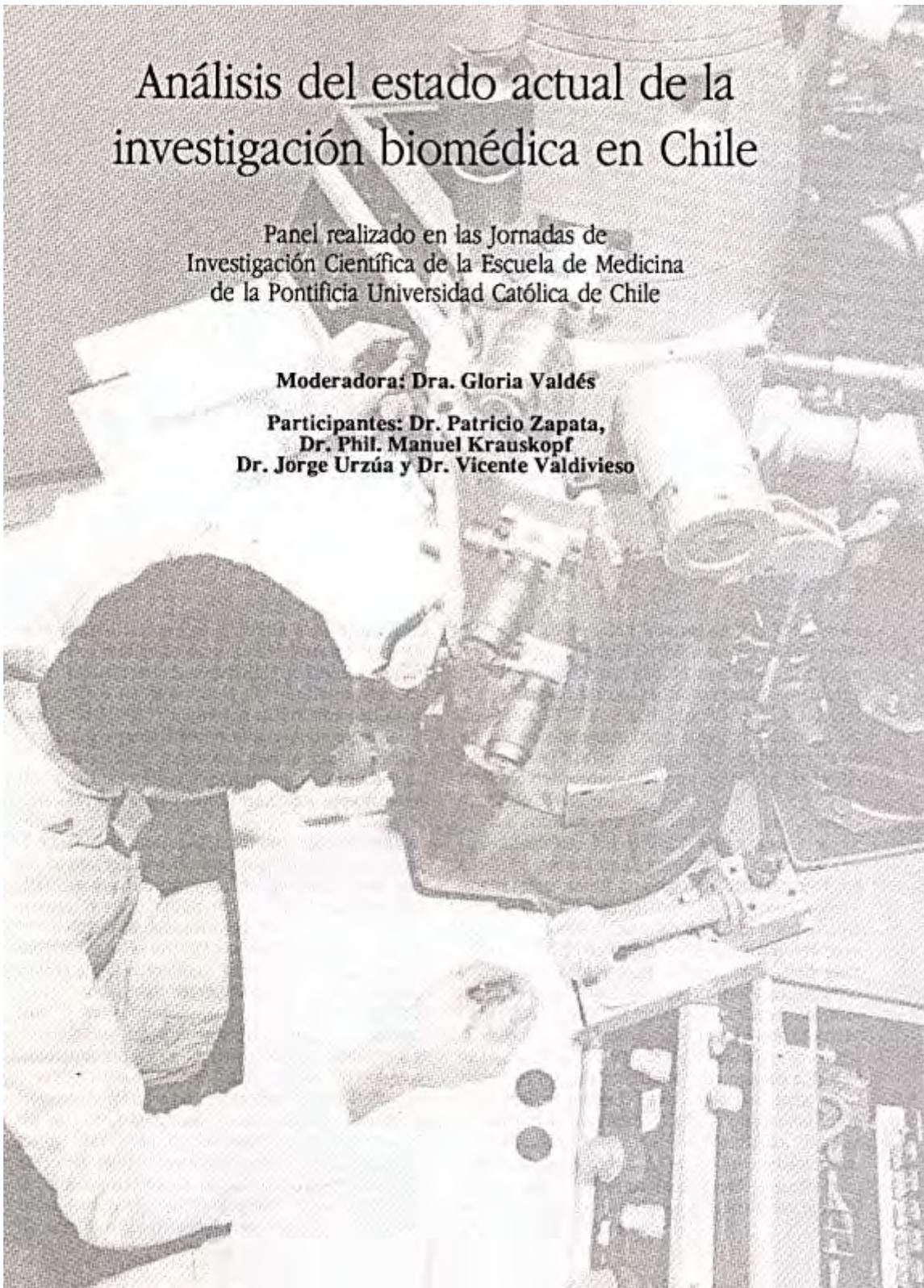
Aprovecho este momento tan extraordinario para rendir una vez más mi testimonio de admiración por J. Luco, un hombre, colega de ruta por más de cincuenta años, cuya vida y obras habrán de servir de preciosos estímulos para jóvenes que se aprestan para enriquecer nuestra cultura científica. También merecen mi reconocimiento Ana Tironi y Pedro Labarca y creo también con seguridad cuentan con la complacencia de toda la comunidad científica, la que aplaudirá el hermoso esfuerzo cumplido por sus editores.

En Ciencia, por muy brillantes que sean los descubrimientos, teorías, y por muy atractivas que aparezcan sus afirmaciones que se entregan a veces como verdades muy sólidas, presentarán, tarde o temprano, por el avance incesante de la búsqueda, un carácter provisorio y conjetural. Suelen ser rápidamente superadas cuando no enmendadas. En general, sólo quedan vigentes por cierto tiempo. Pero me asiste la fe en que el ejemplo del temple, capacidad, calidad humana de Luco no serán olvidados. El libro, que es una fidedigna y amena semblanza de su persona, contribuirá a un conocimiento más difundido de la estatura moral y científica de Luco y a conservar para la posteridad el recuerdo de uno de los científicos más genuinos y prominentes que el país ha tenido. Sus publicaciones científicas podrán ser superadas por trabajos de las nuevas generaciones, pero su legado quedará en la pléyade de sus seguidores, de sus discípulos, los que no dejarán extinguirse la llama viva de la estatura científica y humana de Luco, como ocurre con

todos aquellos grandes y escogidos que la humanidad venera. Sin duda, sus colegas y el público en general acogerán la obra que hoy se entrega con gran interés, recibirán la gratificación en el propio espíritu por el optimismo que

trasciende de ella, por la admiración y profundo deleite de conocer más acerca de un hombre realmente excepcional.

22 de noviembre de 1991.



# Análisis del estado actual de la investigación biomédica en Chile

Panel realizado en las Jornadas de Investigación Científica de la Escuela de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile

**Moderadora: Dra. Gloria Valdés**

**Participantes: Dr. Patricio Zapata,  
Dr. Phil. Manuel Krauskopf  
Dr. Jorge Urzúa y Dr. Vicente Valdivieso**

# Introducción

Dra. Gloria Valdés S.

El análisis que se presenta a continuación fue realizado durante el panel con que se clausuraron las Jornadas de Investigación Científica de la Escuela de Medicina, en octubre de 1988. Ya que los diferentes aspectos analizados permanecen aún vigentes se decidió editar este material, previa una revisión de cada uno de los expositores para modificar aquellos escasos puntos que han experimentado variación.

*Gloria Valdés:* Al finalizar estas Jornadas de Investigación de nuestra Escuela es necesario poner los trabajos de investigación que hemos podido apreciar en estos dos días en el contexto de la investigación biomédica nacional; es sólo en este contexto que podremos aquilatar la magnitud del esfuerzo realizado, evitar la vanidad injustificada que puede derivar de haber conocido un número importante de trabajos sin que hayamos juzgado su real contribución y prepararnos realísticamente para enfrentar los desafíos futuros. Con este objeto hemos invitado a personas que se han destacado por su participación en distintos campos de la investigación biomédica. Ellos son el neurofisiólogo Patricio Zapata, de la Facultad de Ciencias Biológicas de esta Universidad; el bioquímico Manuel Krauskopf, quien, además de ser investigador del Instituto de Bioquímica

de la Universidad Austral de Valdivia, se ha dedicado a cuantificar el número y la repercusión de la investigación nacional; el doctor Jorge Urzúa, investigador y actual presidente de FONDECYT, y al doctor Vicente Valdivieso, quien tiene una larga trayectoria como investigador, a la que se agrega la experiencia de haberse desempeñado como Director de la Escuela de Medicina.

Son muchas las preguntas que uno quisiera plantearles. En primer lugar, saber si en Chile se genera una cantidad suficiente de conocimiento científico original. Otro aspecto que tiene gran relevancia es saber si el desarrollo nacional ha alcanzado un nivel que permita distraer recursos humanos y económicos para dedicarlos a la investigación, actividad para muchos improductiva. Por último, esta relación entre desarrollo nacional e investigación puede mirarse en el sentido inverso, lo que requiere analizar si la investigación científica, y en especial la biomédica, tiene un impacto sobre el desarrollo nacional. Pero antes de entrar en el análisis es fundamental definir qué se entiende por auténtica investigación científica. Esto es especialmente delicado en el área biomédica. Es por esta razón que la primera presentación será el análisis que de esta definición hará el Dr. Patricio Zapata.

# Definición de investigación biomédica

**Dr. Patricio Zapata O.**

*Estudios médicos en la P.U.C.H. Título de Médico-Cirujano de la U. de Chile (1963). Estudios de posgrado de Neurofisiología en la P.U.C.H. y en el Departamento de Fisiología de la Universidad de Utah, U.S.A. Profesor Titular en las Facultades de Medicina y de Ciencias Biológicas. Profesor Jefe del Curso de Fisiología General y Neurofisiología, en la Escuela de Medicina de la P.U.C.H. desde 1971, hasta la fecha.*

Invitado a participar en esta reunión destinada a analizar la *investigación biomédica*, me pareció conveniente empezar buscando una definición de "investigación". El Diccionario de la Real Academia fue primero elusivo: "investigación = acción y efecto de investigar", pero luego se tornó muy parco y preciso: "investigar = hacer diligencias para descubrir una cosa". Esta definición coincidió con la primera acepción del Diccionario Webster: "una búsqueda cuidadosa o diligente", y entre paréntesis precisó: "como la que se hace tras un tesoro escondido". La segunda

acepción de este diccionario inglés contenía ciertas especificaciones que me parecen muy pertinentes a lo que estamos analizando: "búsqueda crítica y exhaustiva... tendiente a descubrir hechos nuevos e interpretarlos correctamente...".

Las definiciones anteriores nos llevan a pensar que la investigación no describe al holgazán que se topa por casualidad con algo nuevo a ras de tierra y se contenta con mencionarlo. La investigación es tarea afanosa ("diligente"), metódica ("crítica") y agotadora ("exhaustiva") en la búsqueda de "tesoros escondidos"

(hechos y conceptos que no están expuestos a la simple vista) y que hay que "descubrir".

Con estos antecedentes, pienso que cada vez que un médico enfrenta a un paciente se hace preguntas, realiza una exploración y trata de interpretar críticamente sus hallazgos, hace investigación en el más genuino sentido de la palabra. Llamaremos a esta actividad la "investigación clínica caso a caso". En este sentido, todo médico debe ser un investigador y todo estudiante de Medicina debe prepararse para serlo. Por eso, pienso que la investigación es un elemento inseparable de la docencia en el quehacer de una Escuela de Medicina. Antes de que se me reproche por no decirlo, debo agregar que el acto médico no sólo es investigación de lo que aqueja al paciente; hay mucho más en la delicada relación médico-paciente.

Hay una segunda expresión de la investigación médica. Esta ya no se da en el quehacer cotidiano y agrega otras exigencias. El médico que ha enfrentado varios pacientes con problemas similares gusta hablar de su "experiencia" y generosamente intenta transmitirla. Pero las experiencias hay que vivirlas; de nada sirven las experiencias prestadas. La "experiencia clínica" necesita ser analizada cuidadosamente, cuantificada objetivamente, evaluada críticamente y expresada en forma precisa y documentada para transformarse en conocimiento transmisible. En suma, el médico debe realizar una "investigación retrospectiva de una serie de casos clínicos" y escribir un artículo riguroso en una revista exigente. La simple comunicación verbal de esta experiencia acumulada en una reunión clínica o su comunicación más formal a una sociedad científica —aunque vaya esta vez acompañada de un resumen escrito— son sólo parte del proceso de estructuración y evaluación. En un medio desarrollado y científicamente maduro, sólo la publicación *in extenso* en una revista científica, en la que se detallen todos los elementos que permitan una evaluación crítica, puede ser considerada como una forma seria de investigación médica y una contribución significativa y perdurable al saber general o particular.

La tercera expresión de la investigación biomédica es aún mucho más exigente, y por eso, más rara. Esta forma de investigación requiere ser extremadamente diligente. La llamaremos "investigación básica", en que el término "básico" significa fundamental, referente a las bases que sustentan un cuerpo del conocimiento. Su requisito esencial no es con-

tar con equipos modernos, abundantes y costosos, sino disponer de tiempo —mucho tiempo— para pensar. El apoyo institucional para que se dé esta forma de investigación es el reconocimiento de su importancia para el avance del saber universal y se expresa en permitir a quienes tienen interés y capacidad para desarrollar esta investigación que le dediquen tiempo a ella, restándole tiempo a otros afanes. Por ello, esta forma de investigación básica se da en pocos sitios y uno de ellos —en nuestro medio quizás el único— es la Universidad. A estos investigadores hay que protegerlos de una excesiva carga asistencial, docente o administrativa; hay que proporcionarles tiempo para estudiar y también una remuneración que les permita una vida digna.

La investigación básica parte de una pregunta, de una hipótesis o de una duda; a partir de ella se elabora un diseño experimental adecuado para resolverla y se procede en forma "afanosa, metódica y exhaustiva" a realizar un largo trabajo. El producto final de este quehacer es la publicación *in extenso* en una revista científica, cuya excelencia y circulación aseguren que el conocimiento nuevo quede al alcance de todos nuestros semejantes. Es un fruto del amor a la verdad y como tal se entrega en forma gratuita y sin reservas.

La investigación básica es una labor angustiosa y exigente. Es metódica, pero no programada, ya que es la búsqueda de lo desconocido. Si yo supiera con exactitud los resultados que voy a obtener en determinado proyecto al cabo de dos años de trabajo, lo abandonaré y me dedicaré a investigar otra cosa. La verdadera investigación básica se resiste a la planificación burocrática, a los programas elaborados por quien quiere vender el quehacer universitario para generar recursos o a los descos del empresario que quiere comprar de la Universidad la mano de obra para evaluar sus productos. La empresa productora moderna necesita hacer investigación aplicada y desarrollar tecnologías apropiadas. Me alegra inmensamente que el empresario chileno acometa dicho desafío, pero creo que debe llevar a cabo dichas tareas bajo sus propios aleros. Lo que el empresario tiene derecho a pedir y a exigir de la Universidad es que los egresados que contrata tengan las capacidades científicas y técnicas que requiere la empresa. Es no sólo legítimo sino también realista que el empresario busque los frutos más probables y rápidos para aquellas empresas en que invierte tiempo y dinero. Los frutos propios de la Universidad son me-

nos inmediatos y rentables, pero más universales y duraderos. Son la preservación y generación del conocimiento, que sólo se consiguen por la formación de estudiosos: estudiosos crónicos (los profesores universitarios) y estudiosos incipientes (los estudiantes universitarios), que aquí estamos congregados.

Quisiera terminar esta presentación mostrando cinco diapositivas.

La figura 1 resume las tres formas de investigación biomédica que he descrito y quienes tienen la responsabilidad de desarrollarlas.

La figura 2 está inspirada en un trabajo de Leary, que propone un marco de referencia para estimar la productividad de los investigadores en el área de las ciencias forestales. Creo que un marco similar permite estimar la dificultad del trabajo involucrado y concebir el impacto potencial de cada investigación científica en el campo de la biomedicina, como en cualquier otra área. Pienso que todo problema puede encasillarse en un sistema definido por coordenadas, en que el eje de las abscisas podría ser el grado de dificultad de la pregunta que se intenta resolver y el eje de las ordenadas podría ser el grado de generalidad de la respuesta que se alcance. La historia de la investigación biomédica suele proceder de la descripción de casos individuales, al análisis de muestras o de series de casos que permitan una predicción y termina preguntando una explicación que tenga valor universal. La investigación básica corresponde justamente al trabajo científico más difícil, que busca dilucidar las causas y mecanismos generales de determinado fenómeno, el que una vez explicado puede ser controlado, lo que en el caso de la medicina clínica significa prevenir o corregir la enfermedad.

En la figura 3 resumí las áreas de los diez avances más importantes de la medicina cardiopulmonar, reconocidos en un estudio realizado por el destacado fisiólogo Julius Comroe, estudio al cual no se le ha prestado toda la atención que merece. El profesor

INVESTIGACION MEDICA	¿ QUIENES ?
CADA CASO	TODOS
SERIES DE CASOS	ALGUNOS
BASICA	POCOS

Figura 1.



Figura 2.

Comroe procedió —a través de una serie de encuestas a médicos destacados en el desarrollo de estos avances— a identificar 137 núcleos de conocimiento esencial que habían hecho posibles estos avances (figura 4). Finalmente, seleccionó 529 artículos claves generadores de estos conocimientos, definiendo como “artículos claves” a aquellos que afectaron la dirección del trabajo subsecuente. He resumido esta información en la cuarta diapositiva, que —en la forma de un edificio— muestra cómo los avances clínicos, tanto diagnósticos como terapéuticos, se construyeron sobre los cimientos de la investigación básica. Como todos podemos apreciar, el 59% de estos artículos tenía una “orientación clínica” expresa y el restante 41% correspondía a artículos sin orientación clínica; algunos de ellos daban cuenta de descubrimientos en áreas notablemente alejadas de su aplicación clínica posterior.

A propósito de la figura 4, quisiera insistir en el concepto de “básico”, como sinónimo de “fundamental”, vale decir, “perteneciente a la base o bases sobre la que se sustenta una cosa”. Esto se aparta totalmente de los términos de ramos básicos y ramos clínicos, en que todavía, y por desgracia, se sigue dividiendo al *curriculum* de pregrado de las Escuelas de Medicina. La investigación básica puede ser tanto clínica —en enfermos y orientada expresamente a dilucidar y resolver el problema de sus

10 AVANCES CLINICOS NOTABLES EN MEDICINA CARDIOPULMONAR
- Cirugía cardíaca y vascular
- Tratamiento médico de hipertensión e insuficiencia coronaria
- Métodos diagnósticos y cuidados intensivos cardiorrespiratorios
- Quimioterapia y prevención de enfermedades infecciosas

Figura 3.

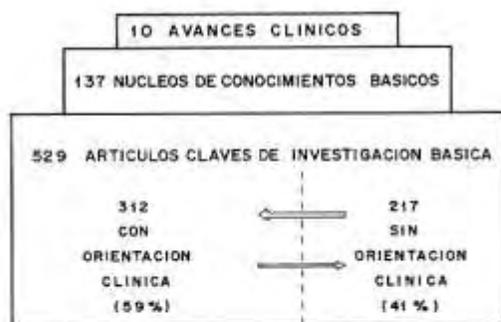


Figura 4.

enfermedades—, como no clínica. Esta última cubre no sólo el campo inmediato de las ciencias biológicas, sino también el de todas aquellas otras disciplinas que pueden contribuir y están contribuyendo al progreso de la Biología y de la Medicina.

La línea vertical que divide la base del edificio reseñado en la figura es expresamente una línea interrumpida, que quiere sugerir la dificultad para delimitar los ambientes clínicos y no clínicos, y el continuo intercambio que se observa entre ellos. Quisiera referir brevemente un ejemplo más reciente a los analizados por Comroe. La computación ha afectado profundamente el quehacer en la investigación biológica y médica, pero a su vez la fisiología sensorial y de la memoria —investigada en humanos y en animales experimentales—, como la investigación de las alteraciones sensoriales y de la memoria —que se observan en pacientes neurológicos y psiquiátricos— han influido sobre la teoría de información en sistemas no biológicos y, en último término, sobre el diseño de los computadores y de los programas de computación.

Todo lo anterior me lleva a insistir en que resulta no sólo difícil sino aventurado afirmar

cuál conocimiento es "útil" para determinado propósito y cuál es "inútil". Las consecuencias a largo plazo suelen desmentir las aseveraciones miopes de quienes sólo alcanzan a ver una aplicación inmediata. En esta perspectiva, adelantar que los resultados de un proyecto de investigación que aún no se lleva a cabo pueden ser "muy útiles" revela una falta de criterio y de modestia. Lo único que puede afirmarse frente a un proyecto es que la pregunta planteada se refiere a un problema importante, que el diseño general propuesto puede resolverla y que el investigador que suscribe el proyecto está capacitado para llevarlo a cabo.

La figura 5 tomada de una caricatura aparecida en el Current Contents, quiere mostrar mi profundo reconocimiento a quienes, haciendo caso omiso de las urgencias del momento —por definición, "momentáneas"— y de los planificadores de su tiempo, se atrevieron a realizar aquellas investigaciones "inútiles" que han permitido el progreso de la humanidad.



Figura 5.

#### AGRADECIMIENTOS

A la Sra. Carolina Larraín, por sus críticas al fondo y forma del presente manuscrito y por la preparación de las ilustraciones.

# Cuantificación de la investigación biomédica chilena\*

**Dr. Manuel Krauskopf**

*Título de Bioquímico en la U. de Concepción.  
Doctor en Ciencias en la U. de Chile. Profesor Titular del  
Instituto de Bioquímica de la U. Austral. Estudios posdoctorado en la  
U. de California, Medical Center, San Francisco y en Roche Institute  
of Molecular Biology, Nutley, N. Jersey. Ex Director de la Escuela de  
Ciencias, de la Comisión de Doctorado, del Instituto de Bioquímica  
y ex Director de Investigación de la U. Austral.  
Ex Presidente de CONICYT.*

**D**eseo expresar mi gratitud a los organizadores de este panel por brindarme la ocasión para compartir reflexiones en torno a un tema de tanto interés como lo es la investigación biomédica en la perspectiva del desarrollo nacional. Aunque en países como el nuestro no se ha reconocido adecuadamente el rol preeminente que tiene la investigación científica en el devenir de toda sociedad, se ha

podido configurar en Chile una pequeña, pero fructífera, comunidad de científicos y tecnólogos. El conocimiento que ellos generan, así como también la búsqueda metódica y sistemática para demostrar la validez de las hipótesis con que cada individuo contribuye a enriquecer nuestra intelección sobre la naturaleza de las cosas, constituye un silencioso legado de cultura y un sustento sólido sobre el cual se está construyendo el progreso económico y el bienestar del país.

En Jornadas como éstas, parece innecesario describir las diversas formas o modos en que

\* La información contenida forma parte del trabajo realizado a través del Proyecto C-17, financiado por Fundación Andes.

el conocimiento generado endógenamente, consolida avances sustantivos que, a su vez, retroalimentan el progreso del país como un todo. Empero, por estas cosas que ocurren en sociedades como las nuestras —mientras la opinión pública no duda de que la investigación que acontece en los países industrializados puede encontrar respuestas para las enfermedades más complejas y solución tecnológica para un desarrollo industrial competitivo—, a mucha gente le cuesta imaginar el valor práctico del saber que se descubre localmente.

Desde algún tiempo se ha establecido lo que algunos denominan *la ciencia de la ciencia*, que busca establecer métodos adecuados para que la investigación se “investigue” rigurosamente a sí misma. Se concibe así un modo de cuantificar y calificar lo muchas veces complejo o intangible en tanto cuanto a conocimiento e impacto. De tal forma, la epistemometría (*scientometrics*) provee aproximaciones técnicas para objetivar la actividad científica en relación a sus resultados cuantitativos y cualitativos, permitiendo, con ello, establecer su dinámica y generando, al mismo tiempo, indicadores que permiten identificar individuos, grupos, centros, productividad, etc., todos aspectos de gran relevancia para el análisis de las políticas públicas y sus efectos en el progreso económico-social que las inspira. En lo principal, la epistemometría intenta proveer indicadores sustentados en lo factual. De hecho, ello implica una restricción metodológica, en tanto cuanto el análisis de la capacidad y productividad científica, como se ha mencionado, demanda afinar percepciones adecuadas para dimensionar aspectos difíciles de medir, pero que son incuestionables constituyentes valóricos de la actividad científica. Con todo, los indicadores factuales predominan, ya que sus beneficios superan con creces sus defectos.

El Institute of Scientific Information de Philadelphia (ISI) registra semanalmente los artículos de varios miles de revistas que representan las principales contribuciones que se publican en ciencia y tecnología. A través de diversos instrumentos, cuyo diseño responde a propósitos distintos, se mantienen bancos de datos que contienen la información más relevante que identifica a cada artículo, entre las que se destaca —aparte del título— el nombre y dirección de los autores, así como también las referencias bibliográficas utilizadas. Por su selectividad, las publicaciones que incluyen estos registros se han denominado *mainstream*, o literatura de corriente principal.

A diferencia de las publicaciones periféricas, la literatura de corriente principal ha estado registrada sistemáticamente en los Science Citation Index, inicialmente impresos y almacenados en cintas magnéticas y últimamente en discos ópticos. La información acumulada ha sido determinante en el desarrollo de la epistemometría y ha prestado un servicio sin par para dimensionar cuantitativa y cualitativamente el quehacer científico de individuos, disciplinas, centros de investigación, países, etc.

La mayoría de los estudios sobre la capacidad científica de América Latina se han sustentado en la información contenida en la literatura de corriente principal. Es de interés visualizar la situación de Chile en el contexto de su propia Región. Roche y Freites analizaron el número de publicaciones por millón de habitantes, encontrando que, en 1980, Chile lideraba al grupo de países de Latinoamérica (Figura 1). No obstante, es necesario considerar que este liderazgo poco significa en el contexto global, en tanto cuanto países tan distintos como Israel, Estados Unidos, Suiza, Canadá y Suecia, entre otros, exhiben una productividad por millón de habitantes un orden de magnitud superior a la de Chile.

Algunos años más tarde un estudio preparado para la National Science Foundation, utilizando un modelo distinto pero también basado en los artículos de la literatura de corriente principal, mostró que en 1985 Chile seguía a la vanguardia de la productividad por habitante en la Región, y que junto a Brasil, Argentina, México y Venezuela constituía la principal fuerza científica detectable en América Latina. No obstante, al igual que en el estudio de Roche y Freites, si los indicadores se comparaban con el resto de los países, se corroboraba una vez más la insuficiente dimensión del producto científico en relación a la población del país.

El cuadro que se muestra en la Figura 2 describe el progreso de la ciencia chilena medido a través del mismo estándar, es decir, considerando sólo las publicaciones de mayor competencia y visibilidad internacional. Hemos logrado obtener información anual confiable sólo a partir de 1970. Lo cierto es que los registros magnéticos se incorporan algunos años después, lo que, a no dudar, contribuye enormemente a la epistemometría. No disponemos de información para el año 1975 y a partir de 1976 se sistematizó el análisis, obteniéndose la información directamente del ISI. Es importante señalar que la cobertura de los diversos instrumentos que provee el ISI varía